MORAZAN Y LA FEDERACION.

POR EL LICENCIADO

JOSE A. BETETA.

GUATEMALA.

IMPRENTA DE SILVA, 5.ª C. P. NUM. 11

1887

PROLOGO.

I.

En realidad, la suerte de los genios es un verdadero sarcasmo, una irrisión del destino.

Las medianías, las vulgaridades, ofuscan el tiempo en que aparecen y le arrancan la celebridad y el aplauso. Pero el genio, esa sublime extracción del cielo, nace condenado al odio y al martirio; trae consigo el pecado original

Es que las grandes figuras de la historia respiran fuera de la atmósfera de sus contemporáneos.

Nacidas en las alturas de la inteligencia, la luz del porvenir que las ilumina y los magníficos resplandores en que se envuelven, deslumbran y ciegan. Por eso Sócrates lanza el último suspiro oyendo resonar la terca vocinglería que le declara corruptor.

Colón que llevaba dibujado un mundo en su mágica retina, muere cargado de cadenas y de insultos en el inmundo légamo de la calumnia.

Napoleón, el hombre-océano, rival del mismo Dios, muere solitario en apartado peñón, devorando el sarcástico desdén del destino; y Vergniaud, el divino Platón de la Gironda, sucumbe en el odioso banquillo de los malvados ¡Extraños absurdos, estúpidos contrasentidos.!

Pero los grandes hombres tienen, por fortuna, un au-

gusto tribunal que los absuelve y á donde no llegan jamás ni la calumnia, ni la rechifla de las pasiones. El tribunal soberano es la posteridad: el juez incorruptible, la Historia.

II.

Morazán pertenece á la estirpe de los héroes; por eso llevó su misma suerte.

Encendida el alma en las devoradoras llamas de la libertad; oculto en el fondo de aquel pecho inmenso, cual sibila misteriosa, el ideal de un pueblo; llevando en las entrañas, cual torrente de abrasadora lava, la divina pasión del heroismo, vésele descender magestuoso desde lo alto de los Andes, la frente inundada en la fulgurante aureola de la predestinación.

Desde esa excelsa cumbre se había avistado con los héroes de la emancipación americana. Sobre la frente del Chimborazo divisó á Bolívar y se hicieron de señas. Allá sobre el Anahuac, estaban Hidalgo y Morelos.

Insignes personalidades que llevaban encendido, en su pecho un haz formidable de meteoros que rasgaría la servidumbre de cien pueblos.

Figuras extraordinarias, que, mas que hombres, encarnan épocas y acontecimientos, mas que ideas parciales, materializan porciones de la humanidad. Por eso no alcanzan á mancharlas las sucias tempestades del odio y la calumnia que en torno de ellos se desatan .

Ese misterioso fluido que las rodea, las deifica, porque es la misma inmortalidad, y la inmortalidad es la serena región en donde mora el espíritu de los genios.

Así, Morazán en el cadalso dista mas de los bandidos, que en el venerando campo de la Trinidad

Morazán en el cadalso se unge en el óleo perfumado de los mártires y se transfigura en hermoso ídolo, digno de figurar como un Dios, en los altares de la Patria

III.

Miradlo en Gualcho! Un puñado de hombres desconocidos, el vivac ardiendo, un rincón sin salida, el héroe paseándose. ¿Que desasosiego mortal hay en el fondo de aquel pecho que se ensancha y se dilata? ¿que acerado torcedor le calcina el alma? ¿qué quiere, qué anhela aquella partida misteriosa que asecha atormentada el alba del siguiente día? No temais, son los protagonistas de un gran poema que el sol va á bendecir; es Morazán, el valiente Morazán, que va á escribir con la punta de su espada la página primera de la Iliada Centro Americana.

Ahora bien. El libro está abierto. El Espíritu Santo, Gualcho, San Antonio, La Trinidad, hacen como de prólogo en la admirable obra. Pedazos de aquella alma, en columnas de granito convertidos; despojos de aquel brazo, en arco triunfal tornados, vosotros atestiguareis ante las generaciones, la grandeza inmortal de la ilustre víctima. Sereis como las pirámides, como el letrero de Simónides

IV.

Morazán escarnecido, Morazán vilipendiado, Morazán ultrajado, bien alcanza la estatura de Washington y de Bolívar.

Tiene el corazón y la magnanimidad de aquel santo varón, el brio y la fiereza del indómito soldado de Junín. Morazán es tan demócrata como Washington, tan guerrero como Bolívar; tiene la serenidad y la constancia del ciudadano del Norte, la intrepidez y la bravura del hijo del medio día.

Voluntad inquebrantable, inteligencia privilegiada, caudal inextinguible de nobles aspiraciones, imperecedero amor á la patria, maravillosa intuición; tales son los elementos inapreciables que entran en la bella composición de esa naturaleza bravía.

Solo que Morazán, á diferencia de Washington y de Bo-

lívar fué cobardemente asesinado.

V.

La obra de Morazán no es ni menos grande, ni menos difícil.

En medio de un pueblo estulto y obcecado; frente á frente de las hordas forajidas del servilismo que pueblan el territorio de Centro-América, como asqueroso enjambre de culebras; del fanatismo que convierte en hediondo estiércol la conciencia y de las estúpidas preocupaciones de la ignorancia; en frente de un verdadero turbión de falsos intereses, encayadas las inteligencias con trescientos años de amarga servidumbre y por la sevicia horripilante de los señores de la autocracia, Morazán despliega su inmortal bandera y asesta atléticos golpes á las dormidas masas que de súbito sacuden el vil letargo. ¿Quién se atreve á acometer tan estupenda empresa?

La conciencia de su destino no le deja ni un punto de reposo, le aguijonea sin cesar; la luz de su mente, le alumbra los abismos; su perfil de águila le pone en cobro: la vestal que atiza el fuego sagrado de su alma, resopla con la furia desencadenadora del huracán y el genio de la guerra Centro-Américana, le brinda flamígera, invencible espada.

Al despuntar la figura de Morazán, tiemblan los vicarios de la tiranía, tiembla el mercader de tonsura, los agiotistas mitrados y la pestilente cloaca de los frailes y de los nobles se destorrenta á sus pies

VI.

Pero aquel hombre, siniestro á los ojos de la canalla, estaba sentenciado ya. Habíase formulado un terrible dilema: ó la muerte del héroe, ó la ruina de los malvados: uno de los dos debía de sucumbir, y como la suerte siempre es adversa al genio, fulminó contra él su estúpida sentencia.

Muere el héroe, y al caer de sus manos la inmortal bandera, se despedaza, menos que en girones, en cinco mugrientos andrajos.

Envolveos en ellos ¡Oh! miserables serviles, ya que el negro manto de vuestras glorias ha de teñirse siempre con la sangre de los mártires.

Gozaos en vuestra obra nefanda; regocijaos con vuestros crímenes; pero sufrid también la tremenda indignación de la Patria que llorará eternamente su desgracia!!!..

. . . . . .

No quiero concluir estos mal pergeñados renglones, sin agregar una palabra al distinguido biógrafo que ha diseñado con tan bellas tintas, la gran figura de la América Central. Artista feliz, pudo desde el fondo de una lóbrega mazmorra, iluminar con el fuego de su brillante imaginación, la fisonomía histórica de tan egregia personalidad. Necesítanse fuerzas superiores para hacer tamaña descripción.

La juventud recibirá con agradecimiento esa magnífica obra, en donde encontrará siempre palpitantes, los sublimes rasgos del malogrado titán, ante cuyo pedestal, vendrán las futuras generaciones á depositar, admiradas, las coronas de la inmortalidad.

Guatemala Agosto de 1887.

Fabián A. Pérez

MORAZAN Y LA FEDERACION.

I.

Francisco Morazan nació en la ciudad de Tegucigalpa en el año de 1799;(1) eran sus padres, un criollo de las Islas Occidentales pertenecientes á Francia y una señora de la mencionada ciudad, hoy Capital de Honduras.

Desde sus primeros años mostró Morazán una inteligencia despejada y un carácter firme y perseverante; pero no recibió otra educación que la que por lo general se daba á los hijos de las provincias Centro-Americanas en aquella época de atraso y oscurantismo, en que la ilustración era patrimonio exclusivo de unos cuantos.

Jamás tuvo maestros que le enseñasen los diversos conocimientos que mostró en su carrera política, y puede asegurarse, que el cultivo de su inteligencia, lo debió á sus propios esfuerzos y á la constancia con que se dedicó al estudio privado de algunas materias útiles.(2).

Su hermosa fisononomía, anunciaba desde luego al hombre superior, no presentando rasgo alguno de vulgaridad sus modales eran distinguidos y prevenían favorablemente al que le hablaba por primera vez; y hasta la impresión poco grata que causaba el timbre un tanto afectado de su voz, desaparecía á los pocos momentos de conversar con él, merced á la facilidad con que se espresaba, acomodando su estilo y su lenguaje á las circunstancias que le rodeaban.

En su carácter se observaba la penetración, la sagacidad y el disimulo del político, pero entre sus amigos era franco y expansivo.

---

(1) Squier dice que Morazán nació en 1799. David Guzman dice en el discurso que pronunció en este año, de 1886 que Morazán nació en 1792. Nosotros no hemos podido encontrar un dato exacto.

(2) Bosquejo Histórico de Marure.

La intrepidéz, la constancia y la actividad, eran en él prendas naturales, que reveló desde temprana edad, presagiando al hombre que más tarde dirigiría los elevados destinos de la patria.

Su primera ocupación no fué la mas propia para el desarrollo de sus facultades singulares.

Al principio estuvo empleado en una casa de comercio, de donde salió para desempeñar una plaza de escribiente en uno de los juzgados de Tegucigalpa.

Después, cuando la provincia de Honduras se erigió en Estado, Morazán era conocido ya como hábil plumista y quizá á esto debió que el Jefe don Dionisio Herrera, le hiciese su Secretario.

En este destino dió á conocer Morazán las bellas cualidades de que le dotara la naturaleza y se granjeó la estimación y confianza de su Jefe, por cuya influencia fué elevado en 1824 al distinguido puesto de Consejero de Estado, donde mostró grande amor por la causa liberal.

Con una afición bastante grande á las escenas marciales, Morazán no podía resignarse á la vida sedentaria del empleado civil, ni la gloria del tribuno podía colmar sus aspiraciones de grandeza. Era, pues, indudable que en la primera oportunidad que se le presentase, cambiaría su puesto en el Consejo, por un lugar en las filas del Ejército.

La revolución de 1827 le deparó esa brillante oportunidad que el supo aprovechar, empuñando la espada en defensa de la causa de los libres.

II.

Era el año de 1827. Al frente del Ejecutivo Federal de Centro-América se encontraba don Manuel José Arce, quien dominado por los serviles que le rodeaban, pretendía sojuzgar á todos los estados, ingiriéndose en los asuntos de su régimen interior.

Esta tendencia produjo, como era natural, la alarma de los mismos estados, que por el golpe que diera el Presidente á las autoridades legítimas de Guatemala, comprendieron cuales eran los males que se les preparaban.

Los principales jefes del partido liberal de Guatemala, se hallaban desterrados y trabajaban por la caída del Presidente, cuyo desprestigio era ya bien notable. Arce, sostenido por los serviles, que hacían de él un instrumento ciego, al cual debían abandonar cuando ya no les fuera necesario, llevó los avances de

su poder, hasta el grado de hacer la guerra al Salvador y á Honduras, con la mira de colocar al frente de estos pueblos, jefes sumisos á su política.

El partido servil, envalentonado con el triunfo de sus armas en el campo de Arrazola, creía muy fácil la realización de aquella empresa.

En Nicaragua alimentaba disensiones políticas entre el Jefe Cerda y vice-jefe Arguello, favoreciendo al primero porque pertenecía al bando servil. (1)

En Honduras se servía del clero (2) y de la aristocracia para suscitar dificultades y promover trastornos, á fin de despojar del mando al Jefe don Dionisio Herrera, ilustre liberal, cuya biografía nos presenta numerosos ejemplos de cívicas virtudes.

En el Salvador agotaba los medios maquiavélicos con el propósito de derrocar al vice-jefe don Mariano Prado, que se hallaba al frente del Gobierno y dirigía la política en sentido liberal.

Pero como quiera que las arterías del servilismo, no bastasen para obtener el fin que Arce deseaba ultimar, pensó este jefe dar un golpe que cambiase completamente la faz de Centro-América y que le cubriese de una gloria que estaba muy lejos de adquirir

Con la mira de hacer la guerra al Salvador, determinó apoderarse de Honduras.

Bajo pretesto de custodiar cantidades de tabaco existentes en los Llanos, el coronel Justo Milla, al frente del batallón federal número 2, invadió el territorio á fines de Marzo de 1827.

Herrera que tenía sobrados motivos para temer tal invasión, reunió algunas tropas y envió un piquete de 40 hombres con el único objeto de observar los movimientos de Milla, quien no tardó en descubrir sus planes, avanzando sobre Comayagua, á cuyas puertas llegó el 4 de Abril, sin encontrar resistencia alguna. (3)

Aunque Herrera contaba con el patriotismo de los Hondureños, carecía de los elementos necesarios para defenderse. Su situación era, pues, bastante crítica.

Buscó algunas personas de su confianza que salieran secretamen-

---

(1) Memorias de Morazán paj. 21, edición de 1870. Marure, Bosquejo Histórico.

(2) El canónigo D. Nicolás Irías era el principal promotor de discordias

(3) Memorias de Morazán páj. 27.

te de Comayagua para reunir lgunas tropas que acudiesen en auxilio de la Capital y Morazán, que como hemos dicho, era Consejero, se presto voluntariamente para desempeñar esa comisión.

Morazán se puso en marcha con los coroneles Díaz, Gutiérrez y Márquez.

Ya habían reunido 200 hombres, cuando los sorprendió una división federal al mando del Teniente Coronel Hernández, y aunque este fué rechazado, Morazán no pudo evitar que sus tropas se disolvieran en la hacienda de Maradiaga.

Dirigióse entónces al encuentro de una fuerza auxiliar que Prado enviara del Salvador; pero cuando esta llegó á Tegucigalpa, el comandante de Comayagua, haciendo traición á su Gobierno, había firmado el convenio que puso á merced de Milla la Capital, sin garantías para sus habitantes y ménos para Herrera que fué reducido á prisión. (1)

Morazán no podía ver con indiferencia los excesos cometidos por las tropas federales en Comayagua; los principales edificios de esta ciudad convertidos en cenizas, las casas de comercio saqueadas, sus habitantes reducidos á la miseria; los desafectos á Arce presos, y al Jefe legítimo de Honduras, próximo á ser conducido á Guatemala, para que se le juzgase como criminal por haber cumplido la sagrada obligación de defender á su patria.

Pero Morazán carecía de elementos para arrojar al invasor y no le quedó otro partido que dirigirse á Nicaragua. En unión de los coroneles mencionados, llegó hasta Choluteca, protegido siempre por los restos de la falange salvadoreña; pero el asesinato que cometieron algunos soldados sin disciplina en la persona de un comerciante, sin otro objeto que el de robarle, indignó de tal manera á los pundonorosos jefes, que se resolvieron á separarse de ellos y á permanecer en Honduras.

Solicitaron del coronel Milla les diese las seguridades necesarias, y este Jefe les otorgó un pasaporte. Márquez, Gutiérrez y Díaz, por una desconfianza que los hechos justifican, no quisieron hacer uso del salvoconducto y se separaron de Morazán, quien se dirigió al pueblo de Ojojona con el objeto de reunirse á su familia.

Diez horas después de su llegada, Morazán fué preso y conducido á Tegucigalpa, donde se le encerró en una cárcel de

(1) Memorias de Morazán paj. 27. "Bosquejo Histórico".

órden del comandante local de aquella plaza. (1) En vano presentó su pasaporte, en vano escribió á Milla haciéndole ver os abusos de que era víctima; este jefe le hizo conocer por sus contestaciones, que le había tendido un lazo; conducta que obligó á Morazán á arrepentirse de haber confiado en la palabra de un militar, que no tenía escrúpulo en faltar á los principios del derecho de la guerra y á las leyes sagradas del honor.

Al cabo de 23 dias de prisión, pudo burlar la vigilancia de sus carceleros, y huyó al Salvador, con el propósito de pasar á Nicaragua, en busca de recursos para volver sobre Honduras. (2)

Durante su permanencia en el puerto de la Unión, entabló relaciones con don José Mariano Vidaurre, enviado de Prado, para procurar un avenimiento, entre el jefe y vice-jefe de Nicaragua.

Vidaurre le ofreció interesarse para que se le auxiliase en aquel Estado con algunos elementos de guerra.

Morazán aceptó con reconocimiento las ofertas de Vidaurre y se embarcó en su compañía.

En estos dias tuvo lugar la caida de Argüello y la elevación al poder del Coronel Ordóñez.

Vidaurre cumplió su promesa, y Ordóñez, acogiendo con agrado la idea de Morazán, puso á su disposición algunos recursos.

Ciento treinta y cinco leoneses componían toda la fuerza que Morazán pudo reunir en Nicaragua, pero Prado le remitió una considerable división que fué á reunírsele en Choluteca. (3)

Organizado así su pequeño ejército, Morazán se dirige á Comayagua: Milla sale de esta ciudad, encuéntranse los dos ejércitos en el campo de la Trinidad el 10 de Noviembre de 1827, y librase la célebre batalla que dió por resultado la derrota de los opresores de Honduras.

Esta gloriosa jornada, fué, por decirlo así, el principio de una serie de triunfos no interrumpidos durante trece años, contra el partido aristocrático.

Morazán entra en Comayagua en medio de las aclamaciones del pueblo, que olvidó aquel día sus infortunios para festejar al patriota que acababa de romper sus cadenas.

En el acto reorganiza el Estado: reune el Consejo, y este alto cuerpo le encarga del Ejecutivo por falta de jefe y de vice-jefe.

---

(1) Morazán, Memorias; pág 31.

(2) Morazán, Memorias.

(3) S. Salvador no abandonó jamás á su hermana Honduras en aquella situación desesperada.

Los serviles no podían permanecer tranquilos después de la derrota de Milla, tan funesta para sus planes.

Apenas el Presidente Arce tuvo noticia de este fracaso, hizo marchar contra Honduras al coronel Domínguez.

Morazán hace un llamamiento á sus tropas, situando su cuartel general en Texiguat. Domínguez, no atreviéndose á atacarle, recorrió ligeramente la costa y ocupó San Miguel.

Ambos jefes entablaron una correspondencia con miras conciliatorias; pero el fusilamiento del General Merino, verificado por Domínguez en aquellos días, hizo comprender á Morazán la suerte que le esperaba si caía en manos de sus enemigos, y se decidió á cortar toda correspondencia con los agentes de Arce. (1)

Resuelto á atacar á Domínguez, se sitúa en un pueblo llamado Lolotique, esperando la llegada de una fuerza auxiliar que Prado le había remitido al mando del coronel Santiago Ramírez.

Este refuerzo era indispensable para reponer las bajas que diariamente sufría el ejército, á causa del rigor del clima y la abundacia de las lluvias. (2)

El coronel Domínguez con todas sus tropas, se estaciona á una legua de distancia de Lolotique, y deseoso de conocer el número de las de Morazán, procura forzar las avanzadas.

Al fin ve desplegarse el pequeño ejército de Morazán, y conociendo que apénas sería una tercera parte del suyo, adquiere una confianza ciega.

Trascurrieron, sin embargo, once días, sin que entre ambos ejércitos ocurriese algo notable; pero al cabo de este tiempo, Morazán tuvo noticia de que la fuerza auxiliar, tan esperada, debía pasar el Lempa, río caudaloso y difícil de vadear en la estacion lluviosa.

Con el objeto de protegerla, en caso de que fuese descubierta, salió Morazán de Lolotique á las 12 de una noche borrascosa, viéndose obligado, por la lluvia, á detenerse en la hacienda de Gualcho.

Enterado Domínguez del movimiento de su contrario, le siguió por su izquierda; pero fué detenido por los mismos obstáculos y se detuvo á una legua de distancia de aquel punto.

Poco después de la madrugada del siguiente día, una partida de observación dió parte á Morazán de que el enemigo se hallaba

(1) "Reseña Histórica" Merino fué extraído de un buque extranjero contra todo respeto de las leyes Internacionales, cuando se embarcaba para su patria y fusilado en la plaza de San Miguel, sin forma de juicio: Merino fué asesinado como Pierson, Velasquez y otros.

[2] Morazán, Memorias.

á tiro de cañón de las compañías de cazadores que había mandado colocar en una altura que domina la referida hacienda.

Morazán se hallaba en una situación muy difícil descrita en sus Memorias, en los términos siguientes:

"No podía ya retroceder en estas circunstancias, porque una retirada con tropas que no son veteranas, tiene peores consecuencias que una derrota, sin la gloria de haber peleado con honor. No era ya posible continuar mi marcha por una inmensa llanura y á presencia misma de los contrarios, menos podía defenderme en la hacienda, colocada bajo una altura de más de doscientos piés, que en forma de semicírculo domina á tiro de pistola el principal edificio, cortado por el extremo opuesto con un río inaccesible que le sirve de foso. Fué, pues, necesario aceptar la batalla con todas las ventajas que había alcanzado el enemigo, colocado ya en actitud de batirse á tiro de fusil de nuestros cazadores."

La posición de Morazán no podía ser mas desventajosa. Si su pequeño ejército no lograba salvar la altura que lo separaba del campo, sería acribillado en una especie de holla sin salida y sin defensa .Era necesario pues, detener el movimiento de Domínguez, á cuyo efecto, hizo avanzar Morazán á los cazadores, que en número de 175, resistieron los primeros ataques, sin perder un solo palmo de terreno, mientras tanto que el grueso de la división, ascendía á la llanura por un sendero pendiente y estrecho.

Los valientes cazadores logran mantener á raya á su enemigo por espacio de un cuarto de hora, quedando el campo que ocupaban cubierto de cadáveres. La división hondureña logró salvar la altura, y llena de entusiasmo, á la vista de tanto heroísmo, entró á su vez en acción. Bien pronto se generaliza el combate, y el ala derecha del ejército de Morazán se vé obligada á retroceder; pero aquel caudillo se pone al frente de la reserva y cargando con singular denuedo, recobra en poco tiempo la línea; se apodera de la artillería que había sido ocupada, y arrollando parte del centro y todo el flanco izquierdo, le arroja sobre el resto del ejército, que se pone en precipitada fuga.

El ejército de Domínguez, completamente desorganizado, se dispersó en la llanura, donde fué perseguido por los salvadoreños que llegaron á tiempo de presenciar la derrota, pues al oír el fuego, apresuraron su marcha.

Grande fué el número de muertos, heridos y prisioneros que Domínguez dejó sobre el campo; entre los últimos, se encontraban muchos que habían ocurrido como simples espectadores, por el placer de presenciar la derrota de Morazán, cuyo triunfo estaban

muy lejos de imaginarse, pues tenían completa confianza en la habilidad de Domínguez y en el número y disciplina de los federales, que en mas de una ocasión habían sido vencedores. La mayor parte de esos curiosos era de San Miguel, lo que prueba que la causa de Morazán, no gozaba en este pueblo de mucho prestigio. Pero este jefe, lejos de enojarse, les puso en libertad, haciéndose, por su clemencia, más digno aún de elogios que por su pericia militar.

La batalla de Gualcho, célebre en los fastos de nuestra historia, ejerció gran influencia en los acontecimientos posteriores. Ella salvó á Honduras de la opresión de los serviles: evitó el derramamiento de sangre y todos los horrores que Domínguez, victorioso, habría cometido en el Estado. Facilitó la rendición de Montúfar en Mexicanos, por haber dividido éste su ejército, al tener noticia de la pérdida de Domínguez. En fin, cubrió de gloria y de prestigio á Morazán, preparando de esta manera los triunfos que dieron por resultado la caída de los serviles, y el restablecimiento de las autoridades depuestas por aquellos en 1826.

Entre los enemigos de Morazán, no ha faltado quien atribuya á la casualidad esta gloriosa victoria; sin duda por que parece extraordinario, que con un corto número de soldados visoños, haya vencido á un ejército de línea numeroso y acostumbrado á las fatigas de la guerra. Empero, no se ha tenido en cuenta, que no siempre es el número de las tropas, ni su disciplina, la que decide del éxito de una acción de armas; sino otras muchas causas que influyen más poderosamente, entre ellas, el amor patrio, que siempre y en todos los pueblos, ha realizado verdaderos prodigios de valor y de heroísmo. Basta observar que el soldado que hace la guerra en tierra extraña, sin comprender siquiera el objeto de esa guerra, no puede tener el valor, el arrojo y la abnegación del que defiende su familia y sus hogares. Recuérdese los actos de heroísmo de que dió muestras el pueblo guatemalteco en las jornadas de Arrazola y Chalchuapa en 1826 y 27, y no se extrañará que Morazán haya triunfado en Gualcho con reclutas, pero reclutas inspirados por iguales sentimientos de patriotismo que aquellos, y dirigidos por un jefe hábil, que con la intuisión misteriosa del genio, sabía combinar y realizar un plan, extrayendo elementos y poder, de donde otro cualquiera, no habría visto más que obstáculos, peligros y dificultades.

De Gualcho, se dirigió Morazán á San Miguel, donde restableció el órden, asegurando las propiedades de sus enemigos, que se hallaban amenazados: conducta muy diferente de la que obser-

vara Milla en Comayagua. Verdad es que á Morazán no lo dirigía ningún cura como Irías, sino su amor á la libertad y á la patria.

El ejército vencedor se hallaba completamente destrozado, y tan luego como llegó á San Miguel, comenzó á reclamar el pago de sus sueldos; los nicaragüenses, que servían voluntariamente, pidieron su retiro, y no fué posible negárselo, pues con muestras ostensibles manifestaron deseo de regresar á su país

Morazán carecía absolutamente de recursos pecuniarios, su ejército había sufrido mil privaciones, y hasta los alimentos eran suministrados por los pueblos del tránsito gratuitamente: si no acudía con prontitud á satisfacer las perentorias necesidades de sus tropas, estas se disolverían. Se vió, pues, en la necesidad de levantar un empréstito de $16,000, prévia autorización del Gobierno salvadoreño.

Esta suma fué repartida íntegramente á sus tropas, en presencia de los mismos contribuyentes.

Mientras tenían lugar los sucesos referidos, el coronel Montúfar, llevando adelante el plan de Arce, asediaba la capital del Salvador, que no obstante estar sitiada por numerosas fuerzas, hacía heróicos sacrificios para defenderse.

Al tener noticia Montúfar del fracaso de Domínguez, envió á San Miguel al General Arzú para batir á Morazán y evitar que este acudiese en defensa de los sitiados.

El ejército hondureño se había reducido notablemente por causa de la retirada de los leoneses, de que ya se ha hablado. Por lo que no podía Morazán empeñar una acción contra un enemigo cuatro veces más numeroso, y con tropas tan trabajadas por los anteriores sacrificios.

Con objeto de reorganizarlas, se retiró de San Miguel, dirigiéndose á Honduras: llegó á Tegucigalpa, engrosó las filas de su ejército y volvió sobre San Miguel, cuya ciudad había ocupado Arzú durante su ausencia.

Este último jefe, por razones que no entra en nuestro propósito analisar, no se atrevió á empeñar una acción con Morazán, ni quiso acudir al cuartel general de Mejicanos, donde Montúfar se hallaba en situación bastante crítica. (1)

Arzú se retiró por la villa de Usulután, con intención de pasar al Departamento de Gracias y huir por la sierra á Guatemala: pero Morazán comprendiendo el objeto de aquel movimiento, le

(1) Véanse las Memorias del General Don Miguel G. Granados página 223.

cortó la retirada.

Arzú dejó en aquellos días el mando de sus fuerzas, tomándolo el Coronel Antonio Aycinena.

Cuando la vanguardia del ejército federal llegaba á ocupar la márgen de un arroyo profundo, Morazán salió á su encuentro arrollándola y haciendo que se arrojase en el llano donde se encontraba la retaguardia.

Aycinena quiso impedir á Morazán el paso á la hacienda de San Antonio, donde comienza á elevarse la sierra por la que se pensaba retirar; pero el vencedor de Gualcho, más hábil y denodado que aquel jefe, ocupó la mencionada hacienda, merced á la maniobra referida. Aycinena deliberó toda la noche, y al amanecer del siguiente día, propuso á Morazán una capitulación, ofreciéndole entregarle todas las armas y quedar preso, con sus principales jefes y oficiales, á disposición del Gobierno de Honduras. Morazán aceptó estas bases y la capitulación fué firmada.

Pero si Morazán era grande en el campo de batalla, si en medio del combate se le veía sereno y arrojado arrostrar los mayores peligros, era mucho más grande cuando el triunfo coronaba sus esfuerzos y acudía personalmente á socorrer á los heridos y á consolar á los prisioneros. Aycinena tuvo ocasión de reconocer esta verdad.

Cuando creía que se encontraba preso y que iba á ser conducido á Honduras, como lo fuera Herrera a Guatemala, el propio Morazán le dió la noticia de que le dejaba libre con todas sus tropas; pero la sorpresa del Sr. Aycinena debe haberse convertido en admiración, cuando el caudillo liberal le suministró el dinero suficiente para que pagase á sus soldados el sueldo que se les debía, concediéndoles, además, por una gracia, lo que cada uno pidiera.

Esta era la conducta que el General Morazán observaba con sus prisioneros de guerra: conducta tanto más digna de encómio, si se recuerda cómo fué tratado él por Milla, en circuntancias enteramente distintas y mucho más desfavorables para el militar que faltara á su palabra, haciendo prender al mismo á quien otorgaba pasaporte diez días ántes.

Aycinena correspondió muy mal á aquel acto de generosidad, pues en el deseo de llegar pronto á Guatemala, se adelantó con sus jefes y oficiales más adictos, abandonando sus tropas á su propia suerte, las cuales cometieron en los pueblos por donde pasaron, toda clase de excesos y hasta un asesinato. (1)

---

(1) Memorias de Morazán.—Reseña de Montúfar.

Aun ántes de que Morazán venciera á Aycinena en San Antonio, Montúfar capitulaba en Mejicanos, el 20 de Setiembre de 1828 Este jefe, de sitiador se convirtió en sitiado, y de vencedor en vencido, gracias á la abnegación y patriotismo de los salvadoreños, que sin armas, sin pan y sin agua, sostuvieron el sitio alentados y mantenidos por sus mujeres, esas valientes hijas del pueblo que en más de una ocasión han imitado la conducta heróica de las mujeres de la antigua Grecia. (1).

Morazán se cubrió de gloria con el triunfo de San Antonio, al cual se debió en gran parte el desenlace de la guerra, siendo al entrar á S. Salvador, objeto de verdadero entusiasmo y simpatía por parte del partido liberal, que lo vió desde entonces como al libertador de la patria.

Barrundia, el Presbítero Delgado, Molina, Gálvez, etc., etc. se pusieron en relación con él y le aclamaron como el único llamado á salvar a Guatemala de la opresión en que la tenía sumergida la teocracia.

III.

Apénas vencedores los Estados del Salvador y Honduras, los ánimos comenzaron á exaltarse, temiendo una nueva invasión de parte del Gobierno de Guatemala.

Arce, que en 1826 despojara del mando de aquel Estado al jefe don Juan Barrundia, reclamaba en vano la presidencia de la República, que le había usurpado el vice-presidente Beltranena al terminar la campaña.

Don Mariano Aycinena, que á las bayonetas del propio Arce, y no al voto espontáneo de los pueblos, debió su elevación al puesto que ocupara Barrundia, le pagaba con la ingratitud y el desprecio. ¡Cosas de los serviles! ¡Así expió el inconsecuente Arce sus crímenes políticos!

Aycinena que habia dominado al Presidente, no podía menos que dominar á Beltranena, con quién estaba emparentado. De esta manera la autoridad federal y la de Guatemala, se hallaban en las mismas manos, y el círculo aristocrático que tanto trabajara por la anexión al Imperio de Iturbide, dirigía á su antojo

(1) Las causas que influyeron en la rendición de Mejicanos, no amenguan la gloria de los salvadoreños por su patriotismo en esta ocación.

la política (1)

Bajo el régimen absolutista de los nobles, la situación de Guatemala era en extremo deplorable. ¡La dictadura encubierta con el velo de la Constitución! En consecuencia, muertas las libertades públicas: la prensa oprimida por una rígida censura, toda asociación prohibida, la más cruel intolerancia religiosa, los actos de la vida pública y privada fiscalizados por el clero; todas las obras científicas que pudieran ilustrar reducidas á ceniza; un cuerpo organizado de espías pagados en contínua actividad,el pueblo en la más degradante ignorancia practicando aquel probervio de los persas que dice: "Besa la mano que no puedes cortar;" pero maldiciendo desde el fondo de su corazón á sus opresores espera con ansia el momento oportuno de romper sus cadenas. Tal era el cuadro tristísimo que en esos días presentaba la patria guatemalteca.

Mientras tanto, el círculo aristocrático dominante, en estrecha unión con el clero, atesoraba las riquezas que pudieran emplearse en bien general de la Nación. Y para ahogar el descontento de las masas contra un Gobierno completamente desprestigiado, acudía á los milagros, al púlpito, al confesonario y procuraba distraerlas con ridículas ceremonias y procesiones. (2)

Pero el estado efervescente de los ánimos se manifestó el 22 de Enero de1829, con el pronunciamiento de los antigüeños contra el Gobierno de Aycinena.

A ese movimiento contribuyeron algunos liberales que no habían sido desterrados, entre ellos, el Dr. Dn. Mariano Gálvez, que se encontraba á la sazón, reconcentrado en dicha ciudad(3)

Esta era la situación cuando el vencedor de Gualcho, autorizado por los Gobiernos de Honduras, el Salvador y Nicaragua, comenzó á levantar el ejército que debía marchar contra Guatemala.

Morazán organizó una fuerza de 2,000 hombres, y se puso en

---

(1) Don Juan José Aycinena, primo hermano de don Mariano y aun éste, fueron los principales autores de la anexión á México. Véase la Biografía del primero por don José Milla, publicada en La Gaceta.

(2) Para dar á conocer los medios de que Aycinena se valía para levantar sus ejércitos, publicamos bajo el número 1; una carta suya, dada á luz en San Salvador, desde 1828.

(3) "Don Mariano Galvez, uno de los principales jefes del partido *jiebre*, y talvez el más activo y diestro entre ellos, fué el alma de ese movimiento revolucionario que tuvo lugar el 22 de enero, etc....." Memorias de G. Granados, pág. 247.

marcha, llegando en pocos días hasta Corral de Piedra.

¡Cual no fué la inquietud de los serviles al tener noticia de que Morazán se hallaba á pocas leguas de la capital!

El Gobierno hizo inútiles llamamientos á las armas, bajo severas penas, expidió proclamas presentando á Morazán como á un hombre lleno de ambición y de envidia por Guatemala; dijo que el localismo impulsaba á este ilustre patriota, y colmó de injurias y de amenazas á los liberales que auxiliaran sus operaciones.

El clero, por su parte, empleaba todos los ardides y pronósticos que desde el fondo de los cláustros, salían, en otra época, de los labios de la madre Teresa, para seducir á las masas ignorantes y obligarlas á defender á un Gobierno odioso.

Este decretó empréstitos que algunos de los mismos nobles rechazaron con energía, y en fuerza de amenazas, logró reunir un ejército como de 2,000 hombres más dispuestos á la deserción que á la lucha. (1)

No había entre los jefes serviles uno solo que inspirase confianza y amor á sus soldados. Cáscara estaba completamente desprestigiado; y además, los serviles no tenían confianza en el. Arzú había dado muestras en la campaña del Salvador y Honduras de no ser capaz de enfrentarse con Morazán: Domínguez y Aycinena habían sufrido vergonzosas derrotas y Montúfar se hallaba preso en San Salvador. ¿Quién sería, pues, el jefe que condujera las huestes conservadoras al campo de batalla? No quedaban más que Aycinena, Prado, Pacheco, Domínguez y otros hombres por el estilo. El terror de los serviles llegó á su colmo, y la mayor parte de ellos se refugió en el interior de los conventos. (2)

La capital fué fortificada apresuradamente por tres líneas de defensa construidas á manera de barricadas.

El ejército de Morazán que había recibido la denominación de "Ejército aliado protector de la ley," llegó, como hemos dicho, á Corral de Piedra, donde se le unieron varios patriotas, entre ellos el General Raoul y un batallón antigüeño al mando del General Isidoro Saget.

Al mismo tiempo fué ocupada la hacienda de Azcituno por una columna salvadoreña de 1000 hombres, al mando del coronel Terrelonge, la cual había sido enviada con anterioridad para operar por ese rumbo.

El General Nicolás Raoul, ocupó el puesto de mayor General

(1) Memorias del Gral. García Granados, pág. 245.

(2) Memorias citadas.

del ejército. Morazán obró con acierto al emplearlo, pues aquel ílustre militar le fué de grande utilidad. (1)

Morazán se situó en Pinula y envió una división al mando del coronel Cerda á tomar el pueblo de Mixco, con el objeto de cortar esta salida á los serviles y de evitar la introducción del agua á la capital.

Al mismo tiempo se dirigió con una parte de sus fuerzas á la Antigua, donde estableció un Gobierno provisorio compuesto de algunas de las autoridades depuestas por Arce el año de 26.

Durante la permanencia de Morazán en dicha ciudad, Cerda fué batido y derrotado por una división guatemalteca, al mando del coronel Pacheco, el cual se apoderó de Mixco el 18 de Febrero de 1829. Morazán atribuye á ineptitud y cobardía de Cerda el triunfo de los serviles. (2)

En el acto que el General en jefe tuvo noticia de la derrota de Cerda, volvió á su cuartel general de Pinula, donde permaneció algún tiempo, y deseoso de llamar la atención del enemigo, por diversos puntos, y al mismo tiempo en la necesidad de pedir recursos é instrucciones al Gobierno provisorio, marchó de nuevo á la repetida ciudad de la Antigua.

Estando allí el dia 6 de Marzo subsiguiente, supo que Pacheco había salido de sus fortificaciones de Mixco para batirlo. Marchó á su encuentro, pero habiéndole asegurado los espías que el enemigo llevaba otro camino, regresó, dejando al coronel Terrelonge al frente de una división.

Las fuerzas de Terrelonge y las de Pacheco se encontraron en el pueblo llamado San Miguelito; rompióse el fuego inmediatamente y después de un combate sangriento, fué derrotado este último. El buen éxito de esta acción se debió en gran parte al arrojo y denuedo del teniente coronel Corzo, (3) comandante de un escuadrón de caballería, quien en los momentos en que Terrelonge se consideraba perdido, cargó contra el enemigo, destrozándolo por completo; y á la falta de un jefe hábil que dirijiese la batalla, pues Pacheco ni siquiera la presenció. (4)

Morazán, que había tenido noticia de que Terrelonge se estaba batiendo, hizo cuantos esfuerzos pudo por tomar parte en el combate, pero él mismo dice "que solo llegó á tiempo de premiar el

---

(1) Morazán, haciendo realzar su modestia, confiesa en sus Memorias los méritos de Raul y los servicios que le prestó. pág. 46.

(2) Memorias de Morazán, páh. 46.

(3) Corzo era quezalteco, Morazán lo elogia en la pág. 47.

(4) Memorias del Gral. G. Granados, pág. 251 y 252.

valor, socorrer á los heridos y proteger á los prisioneros." Persiguió á Pacheco hasta Sumpango y al día siguiente ocupó el pueblo de Mixco que aquel había evacuado.

Las tropas de Pacheco entraron derrotadas á la capital, y el Gobierno de Aycinena, comprendiendo lo crítico de su situación, mandó proponer á Morazán se celebrase una conferencia con la mediación del cónsul general de las Países Bajos, para tratar de la paz.

Los encargados de Aycinena conferenciaron con Morazán en la hacienda de Castañaza; pero nada pudo arreglarse para terminar la guerra, continuando las hostilidades.

Morazán envió una división al mando del coronel Jonama á los Departamentos de los Altos, donde obraba don Antonio José de Irizarri, con fuerzas de Aycinena, y partió para el cuartel general.

Al pasar por las Charcas, el 15 del propio mes de Marzo, observó que una fuerza guatemalteca considerable, marchaba á atacarlo, aprovechando la ocasion en que la suya se había disminuido.

Dn. Agustín Prado, Mayor general de Aycinena, mandaba al ejército guatemalteco, el cual era tres veces más numeroso que el que Morazán tenía en esos momentos á sus órdenes.

Pero el entusiasmo del ejército aliado, que en esos días se aumentara con el triunfo de San Miguelito, no existía en las filas del de Prado.

Este contaba con tropas forzadas, deseosas de verse libres de un Gobierno completamente desprestigiado: ninguno de sus jefes le inspiraba confianza y ardimiento; entre tanto que Morazán con solo su presencia animaba á las suyas y las hacía marchar serenas al combate. De no ser así, los guatemaltecos habrían perecido antes que rendirse. Pero ¿de qué no creían capaz al que había vencido en la Trinidad, Gualcho, San Antonio y San Miguelito?

¿Como no habían de temer al que abatiera las armas de los jefes más afamados del partido de la aristocracia?

Prado hizo abanzar 500 hombres de infantería contra Morazán, mientras tanto que el grueso del ejército y toda la caballería, aumentada por un gran número de espectadores, quedaba formada en el Valle.

Los Guatemaltecos rompieron el fuego á medio tiro de fusil, el cual fué contestado á pie firme por los salvadoreños. "Cansado de aguardar que se aproximase el resto de la infantería," (dice Morazán en sus Memorias,) "y toda la caballería enemiga que continuaba guardando la distancia en que se había colocado al principio, hice marchar dos compañías de cazadores por el flanco dere

cho y tirar algunas bombas. Estas causaron muchos estragos en la caballería y á las primeras descargas que aquellos hicieron, avanzando siempre sobre el enemigo que peleaba, éste huyó y el resto siguió su ejemplo sin hacer un solo tiro. La caballería lo imitó volviendo caras, y la nuestra, aunque en pequeño número, cargó sobre esta confusa masa de hombres que huían sin motivo, haciendo un terrible estrago en todo el valle y centenares de prisioneros. Los que no lo fueron, entraron en la plaza en gran desórden y no hice un esfuerzo por ocuparla aquel día por esperar que se incorporara la división que obraba en los Altos."

No podía desearse un triunfo más completo; así fué que para conmemorarlo, el batallón que lo obtuvo recibió el nombre de "Batallón Charcas."

Morazán se dirigió al día siguiente á Azeituno donde permaneció algunos dias.

Allí tuvo noticia de la división que había enviado á los Altos. Su comandante, Jonama, le escribió diciéndole que los pueblos exasperados por el excesivo rigor de Irizarri, se habían levantado contra él, entregándole prisionero con sus jefes principales.

A esta noticia tan favorable, acompañaba otras alarmantes. Decía que con motivo de dar muy buen trato á los presos políticos, en virtud de las órdenes de Morazán, un oficial había sublevado parte de la división, pretextando que él, (Jonama) se hallaba en connivencia con los enemigos; aseguraba además que la viruela había cundido entre las tropas, por lo que se dirigía con ellas á la Antigua.

Morazán temió que esta epidemia contaminara á todo el ejército y que este se disolviese.

Tomó las medidas necesarias para evitar la propagación de aquella enfermedad; pero no quedó satisfecho por no haber encontrado la vacuna.

Pensó entónces en dar un término honroso á la guerra, y solicitó del Consul general de los Paises Bajos, que mediase para celebrar otra conferencia.

Los tres Estados beligerantes nombraron sus comisionados y la conferencia tuvo lugar en el sitio llamado Ballesteros.

Morazán representaba á Honduras y Nicaragua, el General Espinosa al Salvador, el señor Arbeu al vice-Presidente de la República, y don Manuel J. Pavón á Ayciuena. Este último apoyado por el mediador, General Wever, pretendía que Morazán retirase su ejército á la Villa de Ahuachapán. Por supuesto que esta proposición no fue aceptada.

Pero los temores fundados que Morazán abrigaba de que se disolviese el ejército, le decidieron, á los pocos días, á insistir en otra conferencia, á la cual concurrieron las mismas personas. Además, cedía á un sentimiento generoso: él quería evitar la efusión de sangre y todos los desastres consiguientes á la toma de la plaza por medio de las armas.

Los serviles vieron talvez, en la conducta del héroe de Gualcho, una muestra de debilidad y rechazaron las bases propuestas por él y por Espinosa.

"Estas bases están concebidas en el sentido siguiente:

1.° Establecer un Gobierno provisorio en Guatemala, compuesto del mismo jefe C. Mariano Aycinena, C. Mariano Prado y General Francisco Morazán.

2.° Los dos Ejércitos debían reducirse al número de mil hombres, y componerse en iguales partes de guatemaltecos y salvadoreños.

3.° El Gobierno Provisorio debía instalarse en Pinula y entrar despues á Guatemala con aquella fuerza, destinada á dar respetabilidad al mismo Gobierno y á mantener el órden en el Estado.

4.° Un olvido general por lo pasado."

Se comprende por estas bases cual era la intención de Morazán, y ellas, léjos de revelar debilidad, ó falta de energía, ponen de manifiesto la generosidad del que no dudando, por los triunfos obtenidos en San Miguelito y las Charcas, el estado de ánimo en los jefes y soldados que defendían la plaza, esperaba que el fin de la campaña le sería favorable.

Si Aycinena hubiera aceptado este arreglo, Morazán habría ocupado la Capital, restablecido el órden y organizado un Gobierno liberal por medio del voto espontáneo de los pueblos.

Desde luego que el partido servil habría quedado vencido, puesto que se hallaba completamente desprestigiado, y los pueblos no le hubieran favorecido con sus sufragios; pero se habrían ahorrado dos cosas: la humillación de rendirse por una capitulación que acusa falta de valor y de energía, como se verá más adelante, y los desastres y el derramamiento de sangre de los dias 8, 9, y 10 de Abril. Ellos, además, hubieran quedado en completa libertad, puesto que en el artículo 4.° se estipulaba *Un olvido general por lo pasado.*

Cuando el Comandante de una plaza cuenta con los elementos necesarios para defenderla, cuando el entusiasmo y decisión de sus tropas están prediciendo la resistencia que opondrán al enemigo, es natural, muy natural rechazar proposiciones como

las de Morazán: pero cuando el ejército ha manifestado su descontento yendo forzado al combate; cuando los jefes principales han sido vencidos casi sin esfuerzo, como lo fuera el mayor general Prado; cuando los pueblos han hecho ver con demostraciones evidentes que desean la caída del gobierno que los rige, como sucediera con el pronunciamiento de la Antigua y la revolución de los Altos que se lanzaron sobre Irisarri: la obstinación en no aceptar arreglos tan honrosos como el que Morazan proponía, demuestra que se trata de defender á toda costa una causa puramente personal, y que para sostenerla, no se vacila en acarrear al país todas las calamidades de la guerra.

Pero aun en este caso, si Aycinena hubiera luchado hasta el último momento, si hubiera muerto al pie de las trincheras como un valiente general, la historia le culparía por sus errores políticos, pero le concedería al ménos, la gloria del que se sacrifica y muere con honor.

No fué asi; Aycinena rechazó las proposiciones de Morazán para solicitar diez dias mas tarde, con ahinco, una capitalación dictada por el temor.

Pesa pues, sobre el Sr. Aycinena y su partido, la responsabilidad por la sangre derramada en nuestras calles, sangre que el vencedor de Gualcho trató de ahorrar por cuantos medios estuvieron á su alcance.

Al fin llegó de los Altos la 1.ª división, reorganizándose en la Antigua, donde se preparó para marchar sobre la Capital, con la correspondiente artillería.

Don Miguel G. Granados dice en sus memorias, con referencia á las líneas de defenza que guarecían la Capital:

"La primera ó esterior comprendía por el Sur, lo que era conocido con el nombre de Buena Vista, estendiéndose por el Oeste hasta la Barranca del Incienso y por el Este hasta mas allá de la Barranquilla. Del lado del Norte, la línea se trajo sobre las garitas del Golfo y de Chinautla, formando así un perímetro de Nor-Nor deste á Sur-Sur Oeste y de tres cuartos de legua de Este á Oeste. En cuanto á las dos líneas interiores, de las cuales solo la cercana á la plaza quedó concluida, consistía en un cordón de barricadas y parapetos llamados aquí impropiamente trincheras"

Raoul concibió un plan para tomar la Capital sin derramamiento de sangre. Este plan consistía en hacer creer á Aycinena, por medio de espías, que iba á partir para el Salvador una fuerza de 1,000 hombres, con el objeto de sofocar una revolución supuesta: llamar al mismo tiempo la atención de los sitiados por el lado de Buena Vista y el Incienso; y en el momento en que el enemigo

creyese que se le iba á arrollar por su derecha, y aglomerase la mayor parte de sus fuerzas hácia el rumbo indicado, penetrar por el potrero de Rubio á Santo Domingo y ocupar durante la noche la Ciudad sin disparar un tiro.

Morazán aceptó este plan, y el dia siete de Abril, comenzó á ponerse en ejecución.

Raoul con toda la caballería y dos compañías de infantes, fué á esplorar el campo que se halla al frente de Buena Vista, llamando hácia aquel punto la atención de los sitiados y haciéndoles creer que iban á ser atacados, lo que produjo en ellos la alarma que se suponía.

Al día siguiente, (8 de Abril) Raoul volvió con tres divisiones de infantería y toda la caballería y artillería, y desfilando al frente de las fortificaciones enemigas, se dirigió por el camino del Guarda Viejo hácia Mixco, dejando parte de estas fuerzas en San Pedro las Huertas. Esta maniobra tenía por objeto hacer creer al enemigo en la supuesta marcha á San Salvador, de 1.000 hombres.

Por la noche, Raoul regresó á San Pedro, dejando frente á la garita de Buena Vista 50 caballos, 30 infantes y una banda, para mantener el error del enemigo, de que iba á ser volteado por su derecha, por medio de una série de falsos ataques.

Raoul tenía órden de ocupar la misma noche, con la mayor parte del ejército, la chacra de Santo Domingo y con este fin mandó á las doce al Ingeniero en Jefe, á que practicase las operaciones necesarias para facilitar la marcha.

Raoul envió además, el escuadrón Charcas, á las 10 á reunirse en Azcituno con la división que ocupaba dicha hacienda y que se hallaba al mando del Coronel Gutiérrez, á quien se dió órden de que obrase esa misma noche por el lado de la garita de Chinautla

Extraviado el Ingeniero por los guías, en vez de ocupar el potrero de Rubio, se dirigió á otro de un señor Conde, y despertando las avanzadas enemigas, anunció su presencia en aquel punto.

Si no hubiera sido este incidente, que no se sabe á qué atribuirlo, si á traición ó error de los guías, Morazán hubiera tenido la gloria de ocupar aquella misma noche la ciudad, sin derramar una gota de sangre; pero llegó el amanecer del día nueve sin que el plan de Raoul hubiese podido llevarse á cabo.

Sin embargo, las operaciones y el ardid practicado, hicieron que el enemigo retirase la mayor parte de sus fuerzas, que tenía del lado de Chinautla y el Golfo y las aglomerase en la Barranquilla, Buena Vista é Incienso, facilitándose asi la entrada á la ciudad por aquellos puntos.

Frustrado el plan de Raoul, en cuanto á la ocupación de la ciudad, Morazán tomó una resolución imprevista, suponiendo que Gutiérrez se hallaba empeñado ya en un combate por el lado de la garita de Chinautla.

En el acto dispuso atacar la Barranquilla, y mandó replegar sus fuerzas sobre San Pedro las Huertas, mientras la artillería ocupaba una posición elevada y ventajosa.

Raoul recibía sus órdenes sobre las circunstancias y las comunicaba al ejército con actividad y exactitud.

Morazán dió á Raoul la órden de hacer avanzar sobre la línea de operación varias guerrillas, al mismo tiempo que la artillería disparaba. Esta operación fué verificada en el acto.

El enemigo se concentró en el punto atacado y parecía estar dispuesto á la resistencia; pero Morazán dió órden de tomar las fortificaciones, cualquiera que fuese el obstáculo que se opusiera.

Mientras tanto, el coronel Gutiérrez, que durante la noche había salido de Azeituno, llegó al frente de la garita de Chinautla, pasando por el "Molino de la Merced", situado á la derecha del camino viejo del mencionado pueblo, y despues de un combate en que murieron 14 hombres, se apoderó de ella.

En seguida mandó una parte de su división al mando del teniente coronel Peña, á tomar la garita del Golfo, cuya ocupación fué obtenida sin muchos esfuerzos. Hizo avanzar la caballería por la calle de San José y con el resto de la división, atacó el cerro del Carmen, que se hallaba fortificado y defendido por fuerzas de Aycinena. Luego que fué tomado este punto de apoyo, por el propio coronel Gutiérrez, dejó en él con un batallón al teniente coronel Villaseñor y se dirigió hacia el convento de la Merced que ocupó despues de algunos fuegos. De aquí marchó Gutierrez á la plaza vieja, donde hoy se encuentra nuestro Teatro del Coliceo, habiéndosele reunido el coronel Peña, que dejaba ocupado por parte de sus fuerzas el Golfo, y el valiente coronel Corzo, jefe del escuadrón de caballería, de quien se ha hablado, el mismo á cuyo denuedo sedebiera en gran parte el triunfo de San Miguelito. De allí mandó Gutiérrez á ocupar Santo Domingo y Capuchinas, precisamente en los momentos en que Morazán atacaba la garita de la Barranquilla: de suerte que el enemigo se vío batido por vanguardia y retaguardia y al apercibirse de esto, comenzó á desorganizarse, desocupando bien pronto la línea de operación, sobre la cual se arrojó el batallón número 7 al mando del coronel Hueso, de órden de Morazán.

Desde ese momento la resistencia fué muy débil por parte de

los sitiados, que abandonaron hasta la 2.ª línea, entrando en la plaza en completa confusión y desórden.

Morazán dió órden á su ayudante de campo, Pedro Molina, de hacer avanzar la caballería en línea recta contra el enemigo; pero Molina desfiló al frente de las fortificaciones con dirección á Buena Vista. Así fué como los sitiados pudieron escapar libremente hasta la 3.ª línea.

Luego que Morazán entró en la ciudad, mandó ocupar San Francisco y la Universidad, en cuyo asalto murió gloriosamente el teniente coronel Villacorta.

La 4.ª división ocupó todas las boca-calles al frente de las fortificaciones enemigas.

Morazán había dado órden de que no se hiciese fuego, sino en caso de mucha necesidad; pero el propio Raoul dice en su parte circunstanciado que dirigió al Gobierno del Salvador: "el arrojo no pudo someterse á las reglas de la prudencia, y en este combate, contrario á las disposiciones del General, que fué sin fin como sin resultado, hemos tenido 4 muertos y 18 heridos, entre los últimos el teniente coronel Hueso y el capitan Joaquín Guzmán con otros oficiales.

Quedaban pues, en poder del "Ejército aliado," la Parroquia, Candelaria, el Cerro, Sto. Domingo, Universidad, Capuchinas, Barranquilla, San Francisco etc., y las fuerzas de Ayeinena reducidas al estrecho círculo de la Plaza.

La posición de Morazán no podía ser mas ventajosa; pero su inquietud era grande á causa de que una 4.ª parte del ejército se hallaba en la imposibilidad de obrar, por carecer de piedras de chispa, que se habían destruido.

Esta circunstancia le obligó á operar con mas lentitud de la que deseaba. Ordenó que las fuerzas ocupasen sus cuarteles y que no hiciesen fuego sino en caso de mucha necesidad; pero al dia siguiente (diez de Abril) los comandantes de división hicieron ocupar las boca-calles por sus avanzadas, y se rompió de nuevo el fuego, sosteniéndose tenazmente por ambos ejércitos.

Advertido Morazán, temió que las piedras que se hallaban en buen estado se destruyesen y se decidió, por una de aquellas resoluciones que sabía poner en práctica con rapidez, á dar ese mismo dia un ataque decisivo.

Al efecto, ordenó en el acto á Raoul que mandase tomar todas las manzanas que se hallaban entre los puntos de apoyo ocupados por el ejército, y la plaza del Sagrario, á fin de dar un asalto decisivo á la plaza mayor.

Mientras Raoul dirigía aquellas operaciones, las fuerzas de

Aycinena atacaron San Francisco, con intención de abrirse un paso; pero Morazán estaba allí para dirigir la defenza de aquel importante punto de apoyo. Cuatrocientos infantes y sesenta caballos, componían las fuerzas que por las cuatro calles convergentes á la iglesia de San Francisco, desembocaron rompiendo el fuego con denuedo; pero las tropas de Morazán lo contestaron con no ménos energía.

El General, situado en una trinchera que se había mandado construir, daba sus órdenes con la sangre fría con que acostumbraba hacerlo en tales momentos.

Las fuerzas de Morazán, colocadas sobre las iglesias de San Francisco, Santa Clara y Tercera Orden, hoy Administración de Correos, hacían fuego nutrido, deteniendo el ardor del enemigo. Al fin este se vió obligado á abandonar la temeraria empresa de apoderarse de aquellos puntos de apoyo, en los que, puede asegurarse, que diez hombres se defenderían contra ciento, y volvió á ocupar su tercera línea de operaciones, abandonando al vencedor gran número de prisioneros y una pieza de artillería, con la que habían causado algun extrago á los aliados.

Este combate, que Rauol califica de temerario y disparatado, y en el que obrara el enemigo sin plan, sin tino y sin acierto, no sirvió á Aycinena sinó para poner de manifiesto lo difícil y apurado de su situación.

Entónces debe haberse arrepentido el jefe de los serviles de no haber aceptado el arreglo que Morazán le propusiera en la conferencia de Ballesteros. Entónces debe haber comprendido que una mala causa no puede sostenerse por mucho tiempo; y temiendo sin duda que fuese llegado el momento de expiar sus errores políticos y los males que esos errores habían causado á Centro-América, se decidió á capitular.

Morazán había pensado ocupar ese mismo día la plaza; pero los trabajos para tomar todas las manzanas se habían retrasado, y dispuso dar aquel golpe hasta el siguiente día. Además, los triunfos contínuos que habían alcanzado en tan poco tiempo, le hacían ver cual era el estado de desmoralización en que se hallaban las fuerzas de Aycinena, que á todas luces, deseaban la pronta caída de este Jefe. Esperaba pues, que la palza se le rnidiese sin necesidad de nuevas víctimas.

Efectivamente, por la mañana del día 12 de Abril, recibió una municación de Aycinena cocenbida en estos términos:

"Al C. General Francisco Morazán, General en Jefe de los ejércitos de Honduras y el Salvador.

Señor Jeneral.—Creo haber llenado mis deberes defendiendo

el Estado y la capital hasta donde me ha parecido razonable.

"Ahora, propongo á Ud se suspendan las hostilidades, ínterin se arregla una capitulación para la que estoy dispuesto, y espero se sirva Ud. decirme el punto á que deben concurrir los jefes que anunciaré al efecto.

"Tengo el honor de ofrecer á Ud. mis respetos y consideración. —D. U. L.—Guatemala, 11 de Abril de 1829. Mariano Aycinena.

Obsérvese de paso cual es la conducta de los serviles y compárese con la del partido liberal en los momentos del peligro.

En 1823, Filísola al frente de 2.000 soldados mejicanos, puso sitio á la ciudad de San Salvador, pero los hijos de aquel pueblo vigoroso, que defendían los más sagrados intereses de la patria, resistieron de una manera heróica la invación mejicana, y si bien fueron vencidos por un concurso de poderosas circunstancias y de adversos elementos, no dieron una muestra de cobardía como la que encierra la nota anterior de Aycinena.

En 1828, Comayagua fué sitiada por Milla, pero el Presidente Herrera no solo no quiso rendirse, sino que fué necesaria la traición del comandante Fernández, de que se ha hablado, para que la plaza fuese ocupada.

En el mismo año fué sitiada la de San Salvador por el coronel Montúfar; pero los salvadoreños no solo no capitularon, sino que, merced al valor y energía con que rechazaron cuantas proposiciones les hicieran, obtuvieron sobre Montúfar, el más glorioso y completo triunfo. (1)

Mas tarde, el partido servil vuelve á encender la guerra en aquel Estado. Morazán ataca la capital con 800 hombres; y los jefes serviles que la defendían se rinden vergonzosamente ante el héroe de Gualcho.

En 1863, la misma plaza fué sitiada por Carrera; pero el General Jerardo Barrios, no solo rechazó vigorosamente las humillantes propuestas que Carrera le hizo en las diversas conferencias que celebraron, sino que manteniéndose firme en su puesto, solo lo abandonó despues de veintiseis días de desastroso fuego, cuando la mayor parte de sus tropas había muerto ya, y eran las mujeres y los niños quienes defendían los restos de sus hogares incendiados. Aquel héroe pagó bien pronto su *crimen*: Un fraile, digno hijo de Loyola, le inmola traidoramente en aras del fanatismo y por saciar la venganza de Carrera. Como él murieron, muchos de

---

(1) Los tratados hechos en casa de Esquivel fueron desaprobados generalmente; el pueblo evitó que se ratificasen, debiéndose á esto, en parte, el triunfo.

sus más leales y adictos partidarios, entre ellos los guatemaltecos Irungaray, Luna y Oyarsun.

Se ve pues, que el partido servil no ha vencido en el campo de batalla, ni luchado por sus opiniones, con el denuedo, el valor, y la lealtad que siempre ha disdinguido á los liberales

¿Cómo ha logrado dominar tanto tiempo en Centro-América? ¿De qué misterioso y terrible poder se ha servido para manf ner á los pueblos uncidos al carro de la barbarie? ¡Ah! el fanat smo la intriga, la cábala, la ignorancia de las masas, he ahí sus armas, las más fuertes si bien las más cobardes! Si, los serviles luchan con la tenasidad la constancia, la hipocresía y la negra perfidia de los sectarios de Loyola. Cuando son vencidos, parecen resignarse: aceptan con aparente agrado las reformas que ántes han combatido; se fingen los más ardientes defensores de las instituciones que han llamado absurdas y desmoralizadoras; abandonan hasta sus costumbres y sus prácticas religiosas, rodean al mandatario y lo colman de elojios, aplauden sus errores y medidas que causan más descontento á la Nación: y entre tanto trabajan sordamente, conspiran á la sombra del misterio, y cuando fracasan sus siniestros proyectos, señalan á los amigos del mandatario como á los autores de las revoluciones que ellos solos han tramado. Así es como logran la división del partido liberal, y cuando ya lo juzgan débil, lo minan, lo atacan y lo vencen para que el pueblo, ese pueblo crédulo y desgraciado, caiga de nuevo entre la garra feroz del despotismo.

Y así es como han triunfado siempre, así es como luchan aún. ¿Cuando será el día en que podamos asegurar que ha terminado para siempre esa lucha implacable entre el partido de las sombras y el partido de la luz, lucha que ha dividido y despedazado esta patria tan débil, tan pequeña y tan desgraciada?.....

Morazán temió que Aycinena tuviese por objeto ganar tiempo para llevar á cabo algún plan y contestó en éstos termidos:

"Al ciudadano Mariano Aycinena, General de las fuerzas que existen en la plaza mayor de esta ciudad.

"Señor General: acabo de recibir la estimable nota de Ud. en la que, al manifestarme haber cumplido hasta hoy defendiendo este Estado y su capital, me propone suspensión de hostilidades para arreglar una capitulación, á cuyo efecto vendrían dos jefes por su parte al punto que señala. La posición en que me hallo, no me permite perder un momento, ni convenir en otra cosa que no sea la rendición de la plaza, ofreciendo que se garantizarán las vidas y propiedades de cuantos existen en ella.

"Creo, señor General, que está en los intereses de Ud. y de cuantos se hallan á sus órdenes el adoptar esta proposición, pues

estoy seguro de que los nuevos esfuerzos no harán más que multiplicar víctimas y desmejorar su situación.

"Tengo la honra de ofrecer á Ud. mis respetos y consideración.— D. U. L. feha. ut supra.—Francisco Morazán."

Como se vé, Morazán no reconocía á Aycinena como Jefe del Estado de Guatemala y la razón es muy obvia.

Don Juan Barrundia aun no había cumplido su período constitucional, cuando fué separado de hecho por el Presidente Arce, quien no tenía por la Constitución, como no podía tener, derecho alguno para ingerirse en los asuntos particulares de los estados. Y si bien Aycinena, fué electo jefe de Guatemala, esta elección no solo era contraria á la Carta Constitutiva, por no hallarse en la oportunidad ó casos designados por ella, sino que se hizo bajo la presión de las armas, no pudiendo los pueblos dar expontáneamente su voto.

Morazán tenía pues, razón para no considerar á Aycinena sino como General de las fuerzas que existían en la plaza.

Aycinena escribió de nuevo á Morazán en estos términos:

"Señor General: Al exitar á Ud. para una conferencia en que pudiesen fijarse las bases bajo las cuales pudiera ser ocupada esta plaza, no he tenido otro objeto que evitar la efusión de sangre y ahorrar víctimas á nuestra patria.

"Veo con sentimiento que desecha este medio para arreglar puntos demasiado interesantes á ambas partes, y me queda la satisfacción de haber agotado mis recursos á fin de impedir los males consiguientes á la guerra. Aun es tiempo, ciudadano General, de poner término á estos desastres, cuya responsabilidad no puede ya pesar sobre el Gobierno que es á mi cargo.

La conferencia sería indispensable, aun cuando la plaza se hallase en el caso de una rendición, y no veo los inconvenientes que pudieran impedirla, así como tampoco que ésta llegue á verificarse sin una suspención momentánea de hostilidades por ambas partes. —Tengo el honor etc.—Mariano Aycinena."

Para aumentar el desconsierto de los serviles, las tropas de Morazán habían penetrado hasta la plaza del sagrario, (hoy mercado Nacional.) preparándose una mina, bajo la casa del Vice-Presidente Beltranena.

En una de las tiendas se encontraron 3.000 piedras de chispa, que como hemos dicho, hacían mucha falta al "Ejército aliado."

Desde la noche anterior habían comenzado á desertarse las tropas de la plaza, y el extrago que allí causaban las bombas arrojadas por los gran-guardias de Morazán, que ocupaban las bocacalles, aumentaba el terror de los sitiados.

Morazán contestó la nota anterior en estos términos:

"Cuando Ud. se sirva decirme que conviene en lo que le he propuesto en mi nota de hoy, estaré pronto á admitir los comisionados que deban arreglar la capitulación y entonces se suspenderán las hostilidades por el tiempo que sea necesario."

"Señor General: los males de la guerra que afligen á Centro-América, pesarán sobre los autores de ellos y nunca sobre los que la han hecho por defenderse, y por sostener los derechos del pueblo."

Aycinena envió entonces un oficial con bandera blanca, y otra comunicación, manifestando que aceptaba las bases propuestas por Morazán: es decir, la rendición de la plaza, garantizando este las vidas y propiedades; y sin esperar la respuesta, hizo marchar al General don Manuel Arzú y á don Manuel Francisco Pavón, ampliamente facultados para arreglar la entrega de la plaza.

Ese mismo día se firmó la capitulación, cuyos artículos principales dicen: que el ejército sitiador ocuparía la plaza á las diez de la mañana del día siguiente, suspendiéndose mientras tanto las hostilidades y conservando ambos ejércitos los puntos hasta entonces ocupados.

Todas las armas y demás elementos de guerra, serían entregados á las personas que Morazán encargara para recibirlos, dos horas ántes de su entrada

Morazán garantizaba las vidas y propiedades únicamente y daría pasaporte á los que quisiesen salir a cualquier punto de la República ó fuera de ella, *siempre que él lo tuviera por conveniente.*

¡Cuanto debió arrepentirse Aycinena de no haber aceptado las proposiciones hechas por Morazán en el sitio de Ballesteros!

Algunos comerciantes españoles, enemigos de los liberales, temiendo que sus tiendas fuesen saqueadas por los salvadoreños, comenzaron á repartir algunas mercaderías entre las tropas de la plaza; esto produjo desórdenes, de los cuales se valió Aycinena para pedir á Morazán que ocupase aquella misma noche la plaza, con la mira de que se rompiese así uno de los artículos de la capitulación. Morazán accedió despues de repetidas instancias, enviando una pequeña fuerza al mando del coronel Gregorio Villaseñor, para que poniéndose a las órdenes de Aycinena, reprimiese cualquier atentado.

Aycinena no quiso dictar órden alguna, y Raoul se hizo cargo de la fuerza de Villaseñor. Los serviles en medio del desórden que reinaba, lograron esconder aquella misma noche parte del armamento, que según el artículo 5.° de la capitulación, debía

ser depositado y entregado el dia siguiente á las 8, á los que comisionase el General Morazán.

Al dia siguiente, (13 de Abril de 1829) Morazán ocupó la plaza, alojándose en el Palacio del Ejecutivo.

¡He aquí al hijo del pueblo de Tegucigalpa, vencedor de la soberbia aristocracia centro-americana y dueño de los destinos de la República!

La República no sería por entonces dividida, ni repartidos entre los nobles sus despojos.

El 13 de Abril de 1829 es una fecha memorable en nuestra historia. Los serviles la recordarán siempre con amargura, porque ella les trae a la memoria uno de los dias mas gloriosos del partido liberal, y el nombre ilustre del salvador de la patria Centro-americana.

V.

Morazán solo habia garantizado la vida y propiedades de los que se hallaban en la plaza y su situación le exijía proceder con prudencia.

Una de sus primeras medidas fué, pues, mandar reducir a prision al vice-Presidente Beltranena, al General Aycinena que se titulara Jefe del Estado, á Arce y á sus ministros de Hacienda y de Relaciones.

Morazán no era más que un mandatario de los Gobiernos de los estados y éstos le habian ordenado tal procedimiento. Esta medida, era necesaria para dejar en incapacidad de obrar á los serviles.

Cuando se verificó la entrega de los elementos de guerra, se observó que faltaba una considerable cantidad de fusiles.

Morazán la reclamó por medio de Pavón y este no dió una respuesta franca y satisfactoria.

El General no creía sin embargo que se obrase de mala fe: pero bien pronto tuvo el sentimiento de convencerse de lo contrario.

La prueba evidente de que Aycinena había faltado al artículo 5.° de la capitulación, llegó á sus manos.

El jefe de Estado Mayor, autorizó una órden en que se permitía salir a los soldados de la plaza, no obstante que por el artículo 3.° de la capitulación, dichos soldados debían permanecer acuartelados, á fin de que pudiese llevarse á efecto la entrega total del

armamento. En virtud de esa órden, muchos salieron fuera de la capital, llevando sus fusiles y cometiendo grandes excesos en algunos pueblos. (1)

"Esto produjo sérios temores de una reacción en el ánimo de los cobardes, y dió un nuevo y fundado motivo para creer lo poco que respetaban los vencidos sus compromisos." (2)

La capitulación había sido violada por parte de Aycinena y no podía ya tener efecto.

Morazán expidió el 20 de abril un decreto manifestandolo así, y declarando nula dicha capitulación; pero aun después de ser derogada, el caudillo liberal la cumplió estrictamente, no fusilando á nadie ni exigiendo contribución alguna. "La obligación," (dice en sus Memorias,) cedió entonces su lugar á la generosidad y no tuvo de qué arrepentirse. Y no se diga que faltaba sangre que vengar, agravios que castigar y reparaciones que exigir. Entre otras muchas víctimas sacrificadas, los generales Pierzon y Merino fusilados, el uno, sin ninguna forma judicial, y arrancado el otro de un buque extrangero para asesinarlo en la ciudad de San Miguel, pedían entonces venganza, así como los incendios y saqueos de los pueblos del Salvador y Honduras, demandaban una justa reparación." (3)

Morazán era, como ya lo hemos dicho, generoso y magnánimo principalmente en los momentos del triunfo, y no abrigaba contra sus enemigos políticos, ni rencor ni deseo de venganza; pero los temores fundados de que el partido servil operase una reacción, las órdenes que le dieran los representantes de los estados y las exposiciones de varias Municipalidades, entre ellas la de la capital, que pedían el castigo de los culpables de aquella gerra sangrienta y fatricida, le obligaron á obrar con prontitud y energía dictando órden de prisión contra las principales personas que habían figurado en el Gobierno intruzo, que tantos males cansara á la República.

Los serviles culpan á Morazán por haber desterrado de la República á las personas que fueron reducidas á prisión; pero esa medida, que en otras circunstancias habría pecado de cevera, fué

(1) Memorias de Morazán.— Montúfar Reseña Histórica.

2) Memorias de Morazán.— Montúfar, Reseña Histórica.

(3) No solo estas víctimas demandaban justicia; tambien la pedían Flores, el Vice-Jefe asesinado por los sectarios de los serviles y del clero: Velásquez mandado ejecutar por Aycinena, sin motivo justificable y todos los huérfanos, viudas y deudos de los centenares de muertos por causa de las guerras que los serviles hicieran contra sus hermanos, sin más objeto que satisfacer una ambición de mando que no se justifica.

necesaria y por lo mismo se justifica. Efectivamente, los Gobiernos de los Estados, los pueblos, el Ejército, la prensa toda de Centro-América, pedían que Morazán dictase providencias aun más rigurosas. ¿Cómo haría este jefe para obrar con más lenidad y satisfacer al mismo tiempo las exigencias de los Estados y pueblos que habían depositado en él su confianza, otorgándole sus poderes para llevar á cabo la guerra?

El Ejército principalmente, á quien no se puede reducir á una verdadera moderación, en ciertas circunstancias, ¿habría quedado satisfecho si Morazán no hubiera obrado con esa energía?

Si la división de los Altos se sublevó contra su Comandante Jonama, por el buen trato que este diera á los prisioneros Irisarri y sus oficiales, ¿qué habría hecho el ejército aliado, cuál hubiera sido su proceder? Indudablemente la revelión, el desórden y la anarquía; y en medio de este cúmulo de males se habría levantado el mónstruo que acababa de caer anodado bajo las armas del vencedor de Gualcho.

Entónces la historia culparía á Morazán léjos de elogiarle, y no merecería de los centro-americanos la gratitud eterna á que sus hechos le hicieron acreedor!

La Ciudad de Guatemala debe estar aun más agradecida á Morazán, pues en los días en que el ejército aliado la ocupó, si es verdad que se cometieron algunos saqueos de poca importancia, contra la voluntad y las órdenes de aquel, sus habitantes no tuvieron que lamentar ni los robos, ni los incendios, ni los asesinatos cometidos en Comayagua, y en el Salvador, y los que diez años despues llevó Carrera á cabo en nuestra Capital y en Quezaltenango, que todavía se extremecen de terror al recordarlo.

En el Salvador el número de casas y edificios incendiados, en varios pueblos, por las tropas de los serviles, asciende á *mil doscientos sesenta y ocho*: número considerable si se atiende al estado de población de aquella época. En Guatemala no hubo una sola casa reducida á cenizas y sus habitantes quedaron tranquilos despues del 19 de Abril.

Los Jefes serviles en sus triunfos no dieron cuartel á nadie: Carrera llevó á cabo asesinatos, robos, estupros, y violaciones, que los historiadores nos pintan con vivísimos colores. (3)

Los liberales jamás tomaron parte en semejantes crímenes. Los nombres de MORAZÁN, BARRUNDIA, MOLINA, GALVEZ etc., no tienen esa mancha; sin embargo, ellos han sido calumniados por el partido servil, y Morazán calificado con los mas amargos adjeti-

(3) Véase el «Boletin Oficial de Guatemala, del año de 1838.

vos. ¿Mas qué importa? el tiempo ha pasado, la Historia se ha escrito y el error y la calumnia desaparesen ante la lógica invencible de los hechos. Esa historia contiene páginas llenas de luz y cualquier centro-americano que la lea, sin dejarse cegar por el espíritu de partido, tributará gratitud sincera y una profunda admiración por aquel hombre extraordinario.

VI.

Desde el momento en que Morazán ocupó la plaza de Guatemala, reasumió el mando de todas las autoridades: pero en seguida hizo que el Gobierno del año de 26, reinstalado en la Antigua, se trasladase á la Capital. En el acto convocó el Congreso y el Senado disueltos por Arce en la citada época.

Barrundia llegó de su destierro y por un Decreto de la Asamblea, se hizo cargo de la Jefatura del Estado.

El prestigio del héroe del 13 de Abril se había aumentado de una manera prodigiosa, los pueblos por medio de sus Municipalidades acudían á felicitarlo, y la República entera le aclamaba como á su salvador.

El 30 de Abril del mismo año la Asamblea dictó un Decreto declarándolo *Benemérito de la Patria*; le condecora con una medalla de oro y manda que se haga un retrato suyo de cuerpo entero para colocarlo en la Sala de Sesiones.

Los presos políticos permanecían aún en la Capital.

La Asamblea de Guatemala dictó un Decreto en que se confirma la nulidad de la capitulación celebrada con Morazán, y declara que los prisioneros quedan sujetos á las penas establecidas para los delitos que hubiesen cometido.

Muchos de ellos, según esas mismas leyes debían ser condenados á muerte, prévio el juicio correspondiente. (1)

Algunos debían ser desterrados de la República temporal ó perpétuamente, según los casos.

La Asamblea del Salvador dictó otro Decreto y en uno de sus

---

[1] "Todo el que intente en el Estado alterar la Constitución de la República, conspirando contra el sistema de Gobierno adoptado por ella, se hará digno de la execración pública y acreedor á la pena de muerte." Decreto de la Asamblea C de Guatemala, dado en la Antigua á 20 de Enero de 1825. Arce, Aycinena, y todos los serviles que le rodeaban, habían intentado establecer el centralismo: conspiraban, pues, contra el sistema de Gobierno, y eran por lo mismo acreedores á pena de muerte.

artículos declara: "que los presos son verdaderos prisioneros de guerra de los Estados aliados, y por lo mismo sujetos á la jurisdicción militar de dichos Estados."

Las autoridades hondureñas dirigieron exposiciones al Congreso Federal y á las del Estado de Guatemala, pidiendo el castigo de los prisioneros.

Se ve, pues, por estas manifestaciones, cuán lejos estuvo Morazán de obrar por crueldad y venganza, al dictar la prisión de los que habían tomado parte en la política nefanda del servilismo.

El 22 de Junio del propio año se instaló el Congreso y nombró como Senador más antiguo para desempeñar el Ejecutivo Federal, á don José Francisco Barrundia, uno de los próceres ilustrss de la Independencia.

Esta elección fué muy útil á la República, pues Barrundia y Morazán caminaron siempre de acuerdo, en áquellos días en que la paz no estaba aun asegurada.

Barrundia con sus luces y Morazán con su prestigio militar, debían mantener el costoso triunfo alcanzado por el partido liberal: empresa tan difícil, que necesitaba para llevarse á cabo de la unidad de acción que ellos supieron mantener.

Los principales Jefes del partido recalsitrante, ó servil, se hallaban presos: pero un nuevo motivo de inquietud turbó los ánimos.

El odio que inspiraban los vencidos al pueblo, y principalmente al ejército, sujirió á algunos enemigos del órden, la idea de tramar una conspiración que tenía por objeto asesinar á los principales presos y saquear sus casas y las de algunos españoles que se habían mesclado en favor del Gobierno de Aycinena. Esta idea, alhagadora de las pasiones más innobles, de algunos malvados que nunca faltan en el seno de toda sociedad, se puso en práctica á la sombra del misterio, y cuando tan odioso plan iba á realizarse, Morazán tuvo noticia de él.

El General en Jefe dió parte inmediatamente al Gobierno del Estado, dictando con la mayor prudencia las medidas necesarias para que no se llevase á efecto aquella trama.

El Jefe de Guatemala, en tales circunstancias, manifestó lo ocurrido á la Asamblea y este Alto Cuerpo le otorgó, por un acuerdo, facultades extraordinarias, á fin de restablecer el órden y de proceder contra sus consitadores, autorizándolo para delegar estas facultades en persona de su confianza.

La Asamblea quería, á no dudarlo, que Morazán se encargara de pacificar el Estado. ¿Y quién si no él podía soportar el enorme peso de esa carga?.

Véase pues, cuán necesario fué el caudillo liberal á la República, y cuán grandes son los sevicios que le prestó en esta ocación sin arredrarse.

El Jefe del Estado delegó en Morazán sus facultades extraordinarias.

Veamos cuál fué el uso que hizo de ellas.

Las exposiciones de los Gobiernos de los Estados, las de los pueblos y las del ejército, estaban manifestando la necesidad de tomar con respeto de los prisioneros políticos, una medida pronta y enérgica.

Morazán dió órden para qee fuesen conducidos á Sonsonate. "El día 9 de Julio"—dice el Doctor Montúfar,—"salieron bajo la custodia de Raoul la mayor parte de los presos. Arce y Aycinena quedaron en Guatemala. Aquellos fueron conducidos á Sonsonate y embarcados en el puerto de Acajutla el 28 de Agosto, en el Bergantín Mejicano "General Hidalgo" que se dirigía á Panamá. Con ellos salieron los guatemaltecos que se hallaban en San Salvador desde la rendición de Mejicanos, escepto Irisarri que obtuvo permiso para quedarse en aquella Ciudad, de donde se fugó á Chile."

Los frailes, que fomentando el fanatismo habían opuesto una constante rémora al progreso, que apartándose de los deberes de su ministerio habían contribuido poderosamente á la guerra. Los frailes que tanto auxiliaran á los serviles, lanzando anatemas y excomuniones contra todo el que alimentase cualquier idea liberal y democrática, no podían quedar impune y tranquilamente en Guatemala despues del triunfo de Morazán. (1)

Pero el Gobierno que comprediera los desórdenes y motines que en las masas fanatizadas, podía sucitar la extinción de los conventos, trató de preparar el Decreto que expidió la Asamblea el 28 de Agosto, aboliendo tales comunidades.

Morazán fué encargado de llevar á cabo lo que el Ejecutivo había ya dispuesto y dictó algunas medidas secretas con el objeto de extraer á los frailes de sus guaridas.

"La noche del 10 al 11 de Julio fueron sorprendidos el Arzobispo Casaus en su Palacio y los frailes de Santo Domingo, San Francisco y la Recolección, y todos fueron por la vía de Gualán conducidos á Omoa, donde se embarcaron." (Montufar.)

(1) Recuérdese que el asesinato de Flores fué motivado por ellos, que Irías había hecho la revolución con Milla contra Herrera, y que según la carta de Aycinena publicada al fin de este trabajo, tomó el Arzobispo una parte muy activa en todas las maquinacjones contra los liberales desde el año de 26.

Los que hemos comenzado á palpar las ventajas de la extinción de los conventos, llevada á cabo por el General Barrios, no podemos ménos de elogiar la conducta enérjica del Ejecutivo y de la Asamblea del año 1829, y más aún la de Morazán, sin cuya valiosa cooperación, aquellas medidas necesarias pero peligrosas, por el estado de fanatismo en que el pueblo se encontraba, habrían causado grandes y talvéz irreparables males.

Es, pues, á la actividad, al valor y á la energía de Morazán á quien debió el país verse libre por entonces, de los principales promotores de su desdicha y más fuertes obstáculos á su engrandecimiento y civilización.

Esta conducta del Benemérito General Morazán; conducta que por sí sola bastaría á cubrir su nombre de imperecedera gloria, mereció grandes elogios de los pueblos, y solo se le culpó entre el círculo recalcitrante, al cual está siempre unido estrechamente el clero, en lo general, concitador del órden y propagandista de absurdos.

El Jefe don Juan Barrundia en el Mensage que leyó ante la nueva Asamblea, el 6 de Agosto, dice estas palabras: "Afortunadamente el Gobierno ha obrado de acuerdo en todo con el General Morazán, tanto en conformidad de principios, como por la deferencia que le es debida al Libertador de Centro América.

El Estado de Guatemala no le será ménos agradecido por el restablecimiento del órden y reposición de sus autoridades, que por haberles desembarazado de los obstáculos que se oponían á su réjimen y á su engrandecimiento; y el Gobierno recomienda á la Asamblea este nuevo título que tiene para una expresa manifestación de gratitud."

La Asamblea aprobó todos los actos verificados por el Jefe Barrundia y por Morazán y decretó la exclaustración de los frailes.

La tranquilidad pública quedó restablecida; pero Centro-América estaba destinada á no tener paz duradera.

Ocho años hacía ya que el pueblo centro-americano había dado el grito de Independencia; y sin embargo España aun abrigaba esperanzas de reconquista.

Estas esperanzas se fundaban en las divisiones políticas de la República y en la creencia de que el partido monárquico, que tanto amara el efímero imperio de Iturvide, cooperaría al triunfo de la Península.

Se armó contra Méjico una expedición y se proyectó levantar

en la Habana un Ejército de dos ó tres mil hombres para introducirse en Centro-América por Omoa, con el objeto de dominar este país y facilitar la invasion á Méjico.

El General Mantilla, uno de los libertadores de Venezuela, dirigió una comunicacion al Jefe del Estado de Nicaragua, poniendo en su conocimiento las noticias que tenía de aquel proyecto.

Guatemala recibió en Setiembre de 829 copia de la nota de Mantilla, quien aseguraba que en Enero del mismo año debía salir la expedición de la Habana. Esta nota estaba datada en Cartajena á 8 de Enero del propio año.

El General en Jefe del Ejército, Francisco Morazán, comprendió que no había un momento que perder, y dió órdenes eficaces para organizar las milicias y para fortificar los puertos de Omoa y de Trujillo.

Hizo marchar fuerzas de Honduras para los puertos referidos y se preparó para la guerra.

Al mismo tiempo el Presidente de la República, don J. Francisco Barrundia, expidió una proclama llena de ardor y de entusiasmo, en la que invoca el patriotismo de los centro-americanos y los llama á que tomen las armas en defensa de la Patria común.

El Congreso por su parte, dictó enérgicas resoluciones, entre las cuales se hallan los Decretos de 3 de Octubre y el de 25 de Noviembre.

Mientras tanto que estos sucecos ponían en alarma los ánimos de los republicanos, el partido de la aristacracia alimentaba risueñas esperanzas de reconquistar sus antiguos fueros por medio de España.

Ya creían ver ondear en nuestras playas el pabellon español, cuando se tuvo noticia del fracaso sufrido en Méjico por el General Barradas, jefe de los conquistadores. Así terminó esa intentona que mas tuvo de ridículo que de serio.

Pero el servilismo, que no descansa nunca ni triunfante ni vencido, levantó en Honduras la revolucion.

La Asamblea de aquel Estado había emitido un Decreto de expulsión, en armonía con el de Guatemala. Algunos de los emigrados se retiraron á Belice, desde donde hicieron circular publicaciones incendiarias.

Además de estos medios, enviaron emisarios á Honduras y sublevaron el Departamento de Olancho.

Morazán no se hallaba al frente por entonces del Estado, por vi-

vir en Guatemala, sino el Vice-Jefe don Diego Vijil.

Este hizo cuanto pudo por reducir al órden á los sublevados, dictando medidas benignas y accediendo á sus pretenciones; pero todo fué inútil. La facción continuó, encabezada por el Presbítero Antonio Rivas, quien por medio de una traición capturó al Comandante de Opoteca y se apoderó de sus armas.

El Coronel Terrelonge, que había sido enviado por Morazán con motivo de los sucesos de España contra Centro-América, recibió instrucciones de Vijil para obrar militarmente contra los facciosos.

Morazán que tampoco descansaba un momento para mantener la paz y unidad de la República, marchó al frente de una División federal contra el Departamento de Olancho.

El Presidente Barrundia que obraba en todo de acuerdo con el General en Jefe, obtuvo de la Asamblea del Estado de Guatemala, que se le enviasen a este los recursos necesarios para sostener la campaña, no obstante la oposición del Jefe don Pedro Molina. (1)

Morazán alcanzó un nuevo triunfo sobre el partido servil, batiendo á los olanchanos en el sitio llamado "La vuelta del Ocote," y derrotándolos completamente.

"El 21 de Enero,—dice el Dr. Montúfar,—se ajustó una convención en la cual se comprometieron los olanchanos á reconocer y prestar obediencia al Gobierno de Honduras."

En seguida, marchó el General contra los de Opoteca y batiéndolos el 19 de Febrero, los derrotó igualmente.

El padre Rivas con 40 de sus adeptos fué preso en la acción y condenado por el Gobierno á cinco años de servicio militar en el Fuerte de San Felipe del Golfo. (2)

El Coronel don Vicente Domínguez, á quien Morazán derrotara en Gualcho, como recordarán nuestros lectores, era uno de los cabecillas de los insurrectos de Honduras.

Acompañábale don Fermín Pavón y una pequeña fuerza, con la cual insurreccionaron los pueblos de Jano y Laguat; pero Morazán envió contra ellos al Capitán Concepción Cardona y capturado Pavón, el Coronel Domínguez huyó á las montañas abandonando su equipaje y 14 fusiles.

Al mismo tiempo que Morazán se esforzaba en pacificar el Estado de Honduras, pensaba en Nicaragua cuyas disenciones po-

(1) Molina quería mandar él mismo las fuerzas, sin tener para ello las aptitudes indispensables.—"R. H."

(2) "Reseña Histórica."

líticas se oponían al progreso de la América Central y á la consolidación del sistema federativo.

La funesta rivalidad que existía entre León y Granada, hacía surgir continuamente dificultades para la marcha de aquel país.

El órden y la tranquilidad pública se veían alterados y Morazán pensaba marchar personalmente para restablecerlos, si la diplomacia no bastaba para alcanzar tal propósito.

Morazán envió, con tan laudable objeto, al señor don Dionicio Herrera, de quien ya hemos hablado anteriormente.

Este personaje cumplió dignamente su misión, se captó la voluntad y simpatías del Estado y fué popularmente electo Jefe de él.

El señor Herrera, ilustre ciudadano, promovió durante su administración la felicidad y la paz de Nicaragua, sirviendo de apoyo á las instituciones liberales.

Fué tal la influencia benéfica que ejerció su permanencia en Nicaragua, que al tomar posesión de la Jefatura del Estado, se restableció el órden y cesaron las hostilidades de las dos poblaciones disidentes.

Mientras tanto que Morazán trabajaba por consolidar la paz, se verificaban en toda la República las elecciones de las autoridades federales.

El Congreso se instaló el 27 de Marzo de 1830. Hechas las elecciones de Presidente de la República, obtuvieron votos el General Morazán, don J. Francisco Barrundia, don José del Valle, don Antonio Rivera Cabezas y don Pedro Molina.

Se hizo en Junio el escrutinio, y entonces se vió que los votos populares estaban divididos entre Morazán y Valle; pero el primero obtuvo mayor número.

Se suscitó una cuestión en la cual las opiniones no estaban de acuerdo.

Para que hubiese ó no elección popular, debía declararse cual era el número de sufrajios que serviría de base: si el de los emitidos ó el de los que podía emitir la República. El Congreso opinó en el primer sentido y declaró popularmente electo á Morazán.

Esta elección fué de provechosos resultados para Centro-América.

Efectivamente, ni Barrundia, ni Valle, ni Molina, ni Rivera Cabezas, habrían podido mantener la unión de los Estados, sin un hombre que tuviese el prestigio militar del vencedor de Gualcho.

En países organizados, donde las ideas republicanas se hallan

bien cimentadas, donde se usa de la libertad con las limitaciones que le impone el derecho, donde la paz es constante y los pueblos todos caminan hacia un solo fin, su engrandecimiento y prosperidad, fácil es gobernar á un patriota ilustre como Barrundia, ó á un sabio como Valle; pero aquí, donde se comenzaban á dar los primeros y vacilantes pasos en la vida republicana, en tiempos de anarquía y de transición, cuando surgían de la misma carta constitutiva contínuas dificultades y transtornos, por falta de convencimiento y de amor al sistema federal, que parece tan complicado á los que no han hecho de él un estudio práctico y detenido; era necesario para salvar la República, un hombre que como el General Morazán, reuniese á sus virtudes y capacidades, cierta energía militar y un gran prestigio entre las masas.

Barrundia, patriota sincero y apasionado por la causa del partido liberal, lo comprendió así y trabajó porque Morazán ocupase la presidencia.

"Morazán,—dice el Dr. Montúfar,—se presentaba con los laureles de la victoria. Era ya no solo el héroe de la Trinidad, de Gualcho, de San Antonio, de San Miguelito y de las Charcas, sino de Olancho y Opoteca, y el pacificador de Nicaragua. Su aureola en la pequeñez de nuestro suelo, era la que rodeaba en grande escala á Bonaparte al volver de Ejipto."

Bien se ve que ninguno tenía más títulos que Morazán para regir los destino de Centro-América.

El había salido de una oficina oscura para dar libertad á Honduras, al Salvador, á Guatemala, á Nicaragua. ¿En quién podían estos Estados tener mayor confianza? Los pueblos, pues, pagaron á Morazán una deuda de gratitud, honrándole con encomendarle su suerte.

El nuevo Presidente fué llamado por el Congreso, é hizo su entrada triunfal en Guatemala, el 14 de Setiembre de 1830.

En medio de los regocijos públicos con que se celebraba el IX aniversario de la Independencia, entregó Barrundia el mando al General Morazán.

Todos los Estados le felicitaron, y la Asamblea de Guatemala, por medio de su orador don Alejandro Marure, le dirigió el discurso que insertamos á continuación.

Hélo aquí:

"Ciudadano Presidente: La Asamblea Legislativa de este Estado felicita á Ud. por su elevación á la silla del poder Supremo Nacional. Siente el más vivo placer al contemplar al hijo de la victoria, sosteniendo con la autoridad legítima y constitucional, los derechos y libertades de un pueblo que reconquistó Ud. con triunfos su-

gulares. Este Estado es reconocido á tanto beneficio: su representación hoy nos honra confiándonos la comisión de hacerlo así presente ante Ud. y también de manifestarle la expontánea voluntad que tiene de hacer en adelante los mismos servicios que actualmente ha prestado al Supremo Gobierno, de mantenerse firme y contínuamente unida á él y de probar en todo tiempo su amor decidido por la ley. Nosotros á la vez, ofrecemos á Ud. nuestro respetuoso afecto hácia la persona de Ud."

Morazán contestó estas sencillas y literales palabras:

"El sistema federativo, solo puede sostenerse por la íntima y estrecha unión de los Entre sí, y con el Gobierno Nacional; por lo mismo me es muy grata la actual demostración de la Legislatura de este Estado, con la cual deseo vivamente mantener la mayor armonía, sin perdonar para ello medio ni sacrificio alguno."

Morazán cumplió fielmente su propósito y luchó como un atleta infatigable por el mantenimiento de esa unión, sin la cual Centro-América no podía consolidar su sistema político; pero no fué imitado por todos, como veremos más adelate.

Luego que el General ocupó la Presidencia, los principales políticos de Centro-América fijaron en él su atención, confiando la causa de la libertad á sus talentos y cívicas virtudes.

La tranquilidad renació en los corazones y se auguró una época de verdadera paz.

Aun los países extranjeros creyeron que las luchas sangrientas de Centro-América habían terminado para siempre y que la República iba á marchar á pasos agigantados por la senda del progreso.

¡Bien proto fué desvanecida esa esperanza por el partido servil, que renaciendo como el fénix de los antiguos, volvió á encender la tea de la discordia!

VII.

El congreso Federal, que obraba bajo las inspiraciones de Morazán, se ocupó durante la paz en dictar algunas leyes importantes.

En Julio de 1831, expidió un Decreto, declarando que el patronato eclesiástico corresponde á la Nación, y que debe ser ejercido por el Presidente de la República.

Este fué un golpe mortal contra el clero y principalmente contra Fray Ramon Casaus, que desde su destierro en la Habana conspiraba contra los liberales de Centro-América.

En el ramo de Hacienda se dictaron grandes reformas, variándose el plan establecido en 1825. Se dió una ley que establece la manera de proceder contra los Ministros y Cónsules de la República: se reglamentó la administración del ramo de tabacos: se creó en favor del Tesoro Nacional, una contribución de dos pesos por cada pasaporte que se expidiera. Se declaró libre la elaboración de pólvora y salitre y el comercio de estos productos.

Guatemala, sobre todo, progresaba rápidamente. Los Jefes Rivera Cabezas, Márquez y Gálvez, dictaron medidas de verdadera utilidad. Este último, con la cooperación del Dr. Molina y de otros ilustres ciudadanos, reformó completamente el sistema de instrucción pública, creando la célebre Academia de Estudios, de donde salieron ciudadanos notables por su ilustración. Galvez estimuló las ciencias y la literatura, protegió las artes y la industria, se empeñó en llevar á cabo progresos materiales, como la creación de un Mercado, un Hospital, un Teatro etc, etc. y organizó una milicia disciplinada, con todos los elementos necesarios para mantener la paz interior del Estado. Honduras, El Salvador y Nicaragua adelantaban tambien, aunque no con la celeridad que era de desearse.

La República Centro-Americana se hallaba, pues, en una situación bonancible, debida en mucha parte al General Morazán.

Pero esta situación debía variar muy pronto.

Los serviles vencidos en 1829, conspiraban sordamente. El Arzobispo Casaus, desde la Habana, atizaba esa conspiración por medio de pastorales y de emisarios.

Un Decreto del Congreso le declaró fuera de la ley y traidor á la patria. El Jefe del Salvador, don Juan Cornejo, sostenía relaciones con el Arzobispo, con Arce y con otros serviles, y se negó á reconocer el Decreto. (1)

Arce se preparaba en México para invadir Guatemala por el lado de Soconuzco. Domínguez, no escarmentado con las derrotas que sufriera en Honduras, levantaba de nuevo el estandarte de la revolución en este Estado.

La reacción servil tenía ramificaciones por todas partes. Era, pues, llegado el momento de que Morazán emprendiese nueva lucha, para ahogar tanto elemento de discordia. Con la mira de obrar activamente contra la facción de Honduras, se dirigió el Presidente á San Salvador. Pidió á Nicaragua una fuerza auxiliar de 800 hombres y envió al mando del Coronel Terrelonge, cerca de

(1) "Reseña histórica."

1,000, para combatir las facciones de Honduras. La revolución se había hecho normal en este país.

Morazán y Cornejo no marchaban de acuerdo, pues este último, como hemos dicho, sostenía relaciones secretas, pero íntimas, con los reacionarios. Sin embargo, Morazán marchó á San Salvador de acuerdo con él, no llevando más que una simple guardia.

Al mismo tiempo el Dr. Gálvez, Jefe de Guatemala, envió al General Espinosa, con el objeto de que mediase en cualquier desavenencia que ocurriera entre el Presidente de la República y Cornejo.

Antes de llegar Espinoza á Santa Ana, supo que se había dado órdenes para prenderlo y se volvió á Guatemala.

Morazán llegó a aquella Ciudad, y el 6 de Enero de 1832, Cornejo le intimó la órden de evacuarla, amenazándole con atacarle si no lo hacía, y moviendo algunas fuerzas contra él. El Presidente no contaba más que con una pequeña guardia y se retiró. A este acto de insubordinación, del que hasta entonces no se había dado ejemplo en Centro-América, hizo Cornejo llevar á cabo otro, logrando que se decretase que el Estado del Salvador se sustraía del pacto federativo.

Este golpe fué fatal para la República y puso en alarma á todos los Estados. La hidra del servilismo asomaba sus ávidas cabezas por todas partes. El Coronel Raoul, al frente de las fuerzas del estadode Guatemala, marchó á la frontera de México para repeler á Arce, al mismo tiempo que una fuerza de observacion, al mando del Coronel Prem, se situaba en la línea divisoria de Santa Ana.

El Congreso facultó extraordinariamente al General Morazán, para que dictase todas las medidas necesarias á la salvación de la República.

El Jefe de Nicaragua, Don Dionicio Herrera, se apresto á enviar á Morazán los recursos solicitados, y la Asamblea expidió un Decreto en que se declaran ilegítimas las autoridades salvadoreñas y nulos todos su actos: pone fuera de la protección de la ley á los expulsos de Nicaragua que presten sus servicios á las autoridades desconocidas, y establece pena de muerte contra los que tengan correspondencia con los enemigos de la República.
Costa-Rica ofreció también los auxilios que se le pidiesen.

La indignación contra Cornejo era general.

Este tomó entonces por pretesto, la necesidad de una reforma al pacto federativo. Esta reforma, si bien era necesaria, servía de motivo á los partidos para turbar la paz: y en las circunstancias

en que el país se encontraba, era imposible que se llevase á cabo.

Los comisionados de Cornejo se reunieron con los de Gálvez para conferenciar; pero aquellos se retiraron alegando fútiles pretestos. La fuerza de las armas era la única que podía desenlazar el drama político.

Morazán encabezaba el Ejército que debia operar en el Salvador; Raoul, el de la frontera de México, y Terrelonge, el de Honduras.

De esta manera dividió el General en Jefe las fuerzas de la República, para combatir la reacción por los tres puntos amenazados.

La fuerza del Presidente se componía de tropas federales, del Salvador, de Honduras y de Guatemala.

Cornejo se hallaba en el pueblo del Jocorro, con 600 hombres. Morazán avanzó á marchas forzadas contra él.

El día 14 de Marzo á las 12 de la noche, la descubierta se avistó con algunas avanzadas de Cornejo y hubo un tiroteo.

Morazán esperaba que amaneciese para atacar; pero á las tres y media, el enemigo, cuya retaguardia había cubierto el propio Morazán con 400 hombres, rompió el fuego por la derecha.

Este cesó después de una hora, volviendo á comenzarse á las cinco; pero al poco tiempo las tropas de Cornejo empezaron á retroceder, declarándose luego la derrota de este Jefe, que perdió entre muertos, heridos y prisioneros, como 500 hombres.(1)

Cornejo fué perseguido hasta el Portillo; pero allí se vió obligado Morazán á suspender su marcha, para que descansaran sus fuerzas en extremo maltratadas.

El 16 de Marzo, la Villa de Metapán se pronunció contra Cornejo.

Chalatenango imitó esta conducta, y el pueblo dispersó las fuerzas que allí se encontraban del Gobierno, apoderándose de 80 fusiles y reuniendo 300 hombres pronunciados

La opinión pública era contraria al jefe reaccionario.

El 18 se adhirió á ese pronunciamiento Sonsonate, poniéndose á dispocición de Morazán los elementos y dinero con que contaba.

El mismo día, el Coronel don Carlos Salazar, al mando de una parte de las fuerzas de Prem, ocupó Santa Ana, cuyo vecindario le había manifestado que lo hiciera.

Morazán se dirigió á San Miguel, donde tuvo noticias favorables del Ejército de Terrelonge y recibió nuevas muestras de afecto, y recursos para continuar la guerra.

Dió las órdenes correspondientes á Prem, para atacar simultá-

(1) Montúfar "R. H."

neamente la capital del Salvador, y se puso en marcha.

El plan del General consistía en atacar por Soyapango, San Estéban y Milingo, llamando la atención del enemigo por otros puntos.

El día 27 de Marzo, ocupó Morazán el primero de dichos pueblos, á donde había llegado la vanguardia, al mando del Teniente Coronel Narciso Benites, quien sorprendió y capturó la avanzada que allí estaba colocada.

A las nueve y media de la mañana del 28 de Marzo, salió Morazán de Soyapango, por el camino intermedio, entre este pueblo y San Estéban, con una fuerza como de 400 hombres, para llamar la atención del enemigo, á fin de atacarlo por este último punto y por Milingo: mas al llegar sin obstáculo al frente de las fortificaciones, á tiro de fusil, observó que se hallaban descuidadas, hasta el grado de carecer de fosos, y que eran por consiguiente de fácil acceso. Entonces resolvió tomarlas en el acto, á cuyo efecto dió órden al Coronel Benites, de marchar al frente de los reductos de la izquierda, colocados en una pequeña altura; y al Coronel A. Domínguez, le mandó tomar una pequeña trinchera que se hallaba á la derecha, con un cañón de *á cuatro*, al mismo tiempo que él debía atacar el centro. El ataque se verificó con éxito muy feliz y las fortificaciones de los flancos fueron tomadas simultáneamente, mientras Morazán desalojaba al enemigo, rechazándolo vigorosamente hasta hacerlo internarse á la Ciudad. Entonces mandó suspender el movimiento; pero los fuegos de las tropas de Benites le hicieron comprender que este había avanzado hacia la plaza, batiendo al enemigo con energía, por lo cual dispuso marchar á protejerlo, dando órden para que el resto de las fuerzas ocupara la garita de San Sebastián, órden que fué tardía, pues el Comandante Valladares con el Batallón de Nicaragua, lo había hecho ya.

Reforzado Benites por Morazán, el ataque continuó muy vivo sobre la trinchera de San Francisco, que fué tomada con grandes esfuerzos, pues el enemigo se resistía con valor. En uno de estos combates, Morazán perdió su caballo; pero tomó otro y continuó peleando por más de una hora, hasta que tomada por el Comandante Lacayo la trinchera situada á la izquierda de Catedral, las tropas de Cornejo huyeron en precipitada fuga, decidiéndose el combate en favor del General Morazán, quien ocupó en el acto la plaza.

Tomada la Ciudad, Morazán reasumió el mando del Estado, reduciendo á prisión al Jefe insurrecto y á algunos miembros de la

Asamblea, para que el Congreso los juzgase por el escandaloso atentado contra la Constitución.

Entre tanto que Morazán vencía á los reaccionarios en San Salvador, el Coronel Martínez, y Raoul, triunfaban de Arce en Escuintla de Soconuzco, después de una série de acciones gloriosas para las armas guatemaltecas, que destruyeron por aquel punto al enemigo que nos amenazaba.

El Coronel Gutiérrez, que tanto influyera en 1829 en la ocupación de Guatemala, vencía á Domínguez en Jaitique, muriendo gloriosamente en el campo de batalla, despues de saborear por algunos minutos el triunfo, adquirido á precio de su propia existencia.

Terrelonge, que había marchado á Omoa, donde Ramón Guzmán hizo tremolar el pabellón de España, declarándose súbdito del Rey, mantenía un sitio largo y penoso, con fuerzas guatemaltecas, hondurences y salvadoreñas.

Al fin la guarnición del Castillo, después de una resistencia de más de seis meses, contra mil hombres, (1) se rindió, entregando al cabecilla Ramón Guzmán, contra quien se había sublevado. Este fué fusilado de órden del Comandante en Jefe, Coronel Agustín Guzmán, quien fungía por enfermedad de Terrelonge.

Domínguez, aprehendido también, fué condenado á muerte, expiando sus delitos el 14 de Setiembre de 1832, en la plaza de Comayagua.

Así terminó la gran conspiración servil ramificada por todas partes.

Las tropas vencedoras entraron á Guatemala el 26 de Diciembre, en donde fueron recibidas con arcos triunfales y Morazán fué objeto de los mayores elogios y muestras de entusiasmo.

La República quedó tranquila, y el Salvador eligió para su Jefatura á don Mariano Prado; pero hubo una revuelta que dió por resultado la caída de aquel y la elevación al poder de don Joaquín San Martín. Este permaneció algún tiempo en armonía con Morazán; pero no tardó en unirse al partido Cornejista, dando motivo á nuevos trastornos, como veremos adelante.

"Morazán,—dice el Dr. Montúfar,—ni en Gualcho, ni en ninguno de los campos en que la victoria ciñó su frente, fué mas grande que al triunfar sobre Cornejo, Arce y Domínguez, haciendo tremolar la bandera de los libres sobre toda la extención de Centro-América."

---

(1) Véase el Estado que publica el Dr. Montufar en la "Reseña," página 380 tomo 1.°

VIII.

"El sistema federativo solo puede mantenerse por la íntima y estrecha unión de los Estados entre sí y con el Gobierno Nacional."

Esta verdad, expresada por Morazán en contestación al discurso del señor Marure, fué muy pronto desatendida por los propios liberales.

El Dr. Gálvez, que tanto se empeñara en la guerra que debía librar á Centro-América de Arce, Cornejo y Domínguez, comienza á oponer dificultades á Morazán, y trabaja hábilmente para disminuir su prestigio. ¿Cuál era el propósito de Gálvez? Sería difícil acertar á conocerlo, pues su política no está muy bien definida.

Por una parte, se le ve unirse á Morazán estrechamente, seguir todas las miras y tendencias de este caudillo, luchar con él infatigablemente por el triunfo del partido y de las ideas liberales; y cuando parece que una aurora de paz y bienandanza va á iluminar el horizonte de la patria, comienza á trabajar contra el Presidente, se une á San Martín para derrocar á Prado, con la mira de disminuir la influencia de Morazán en el Salvador y hasta celebra con el Jefe de este Estado, un convenio que tiende á nulificar al Ejecutivo federal. Pero en los momentos en que se anuncia otra invasión de Arce, Gálvez influye en la Asamblea para que ese convenio celebrado por él mismo, no se ratifique. Vuelve a unirse estrechamente con Morazán y contribuye á la caida de San Martín. ¿De dónde nace esta vacilación? Nosotros creemos que el pensamiento de Gálvez era disminuir el poder de Morazán, para que hubiese entre éste y los Gobiernos de los Estados, cierto equilibrio que le impidiera sojuzgarlos, como lo había hecho Arce.

La idea de Gálvez pudiera parecer política: porque si el primer Magistrado de la República dominaba en Nicaragua, por medio de Herrera, en el Salvador por medio de Prado, y en Honduras porque era su país natal y se le quería más que en otra parte, ¿qué obstáculo podría presentársele para gobernar á su capricho la situación y erigirse en árbitro de los destinos de la República, nulificando si quería á los Jefes de los Estados y ahogando la autonomía de éstos?

Arce había entrado en pugna con don Juan Barrundia, y por medio de las armas, le arrebató la Jefatura de Guatemala: ¿no po-

día Morazán hacer otro tanto con Gálvez en caso de desacuerdo?

Don Francisco Barrundia había encontrado dificultades opuestas por Molina, y por medios más diplomáticos que los empleados por Arce, Molina se vió separado de la Jefatura. Había, pues, algunos motivos aparentes para que Gálvez mantuviese una contínua zozobra, y sería disculpable su conducta, si Morazán no hubiese demostrado siempre su falta de ambición, su respeto á la ley y su imperecedero amor á Centro-América.

Por otra parte, Gálvez debió comprender, que si era un peligro para los Estados la suma preponderancia del Presidente, más lo era aún destruir la unidad de acción, tan necesaria como Morazán lo había expresado, para el sostenimiento del sistema federativo.

Gálvez talvéz sin quererlo, caminaba de esta manera á la separación de los Estados, y sin conocerlo, á su propia ruina.(1)

Morazán conocía las aspiraciones, los fines y la política del Jefe de Guatemala; veía la unión de este con San Martin, comprendía que se preparaba contra él un golpe y sin embargo se esforzaba en un avenimiento pacífico, no dando á entender que le eran conocidos los planes de aquellos Jefes, con el fin de evitar un rompimiento que podía producir fatales consecuencias.

Cuando San Martin, colocado en la Jefatura del Salvador por las masas amotinadas, convocó una nueva Asamblea, el Congreso Nacional declaró ilegítima su autoridad.

Morazán presentó un plan de pasificacion que no tuvo efecto.

Se situó en la Villa de Aguachapán, con el fin de llevar á cabo ese plan, y allí le sorprendió la noticia del ataque de los salvadoreños contra Benites y la derrota de este, que había sido llamado por los habitantes de San Miguel para defenderlos contra las invasiones del foragido Aquino.(2)

Predominaba en el Salvador el partido de Cornejo, y se hacían increpaciones á Morazán por los sucesos de Marzo de 1832.

Morazán se limitó á poner en noticia del Gobierno Nacional todo lo ocurrido, indicando algunos medios para pacificar el Estado.

Luego se dirigió á Santa Ana, donde podía obtener algunos recursos federales de que carecía.

Manifestó su proyecto de pacificación al Gobierno del Estado, y marchó á Chalchuapa, donde los habitantes y autoridades le felicitaron por sus buenas intenciones.

---

[1] Reseña histórica.

(2) Aquino era hombre de tal condición, que para castigar á los que caían en sus manos, mandaba reunir sus tropas y les decía: ¿Se afusila este? si ellas contestaban "que se afusile," mandaba á ejecutarlo en el acto. R. H.

Allí recibió una nota de San Martin, en que le pedia á los Jefes militares Benites, Angulo y Menéndez, para juzgarlos por algunos excesos que se les atribuían, amenazándole con que si no los entregaba, daria motivo para que las fuerzas salvadoreñas le atacasen.

Morazán era consecuente con los jefes que servían la causa que encabezaba, él tenia una consideración sin límites por los que derramaran su sangre en las luchas contra la aristocracia y no podía entregarlos á merced de los que se hallaban dominados por el espíritu de venganza.

El General, en esta, como en todas ocaciones, fué leal á sus amigos y á sus jefes. Jamás cometió un acto de deslealtad contra ellos, nunca les abandonó, y por eso se hallaron siempre dispuestos á derramar por él toda su sangre.

Morazán no entregó ni á Benites, ni á Angulo, ni á Menndez. A poco tuvo noticia de que marchaban 300 hombres á atacarlo.

¿Qué valian 300 reclutas encabezados por san Martin, para Morazán que tenía en esos momentos un número de tropas poco menor, pero compuesto de veteranos, con Jefes acreditados en los diversos combates y familiarizados con la victoria? El General que desde 1827 no había sufrido una sola derrota, habría vencido á San Martin, marchado contra San Salvador, cuyas fortificaciones se hallaban abandonadas, y ocupado la Ciudad en ménos tiempo que en 1832.

Pero el Presidente estaba resuelto á mantener la paz, pues comprendía que una nueva entrada á San Salvador, sería el gérmen de más funestas luchas.

El mismo Morazán, en un manifiesto que dió, lo expresa en estos términos:

"La entrada á San Salvador, me hubiera puesto en la precisión de reponer á las autoridades legítimas, y esta habría sido la señal de una nueva alarma y el origen de otra revolución. El partido que iba á sucumbir, hubiera ampliado sus esfuerzos para deponerlas, porque eran el objeto de su odio. El que las sostenía, habría sucumbido nuevamente por su apatía ó debilidad; y unas autoridades sin prestigio, acechadas por un partido más poderoso ó más activo, hubieran abandonado sus asientos bien pronto segunda vez. La revolución habría seguido con mas encarnizamiento: y la opinión pública que debe ser nuestra guía, no hubiera podido fijarse entre tantos acontecimientos complicados, resultado necesario de un trastorno semejante. Por otra parte, mi misión era de paz; los verdaderos motivos de ella los había manifestado al público; mi palabra se hallaba empeñada del modo mas solemne, y el honor del

Gobierno federal comprometido. La Nación observaba mis pasos y mis enemigos buscaban pretextos para desacreditarme. Y es por esto que mas bien quise retirarme, usando de una delicadeza que mis amigos graduarán de excesiva, antes que dar la mas leve sospecha á mis contrarios para que me supusiesen miras de querer encender la guerra civil."

La política de Morazán es muy digna de encómio.

El quería por medio de la paz, afianzar los lazos de unión de los Estados, cimentar las instituciones liberales, llevar á cabo los progresos iniciados, y las grandes mejoras emprendidas; pero todos sus esfuerzos tenían que ser vanos: la República no contaba con una constitución practicable, tenía esta graves inconvenientes y omiciones que era necesario subsanar por medio de una reforma, y esta reforma no podía dictarse, porque era el pretexto, el arma de que los serviles se valían siempre para perturbar continuamente el órden, para no dar un momento de tregua al pobre pueblo, que agotaba sus recursos y sus elementos, y que estaba próximo á lanzarse en la espantosa lucha de la anarquía, para caer al fin exánime y sin fuerzas en una vida estacionaria y apática, semejante al sueño precursor de la muerte.

Morazán veía este abismo y trataba de salvarlo.

Había dirigido una exposición á Gálvez, al saber el movimiento de San Martín, pidiéndole 500 hombres, no con el objeto de atacar á este Jefe, sino de dar respetabilidad al Gobierno federal. Pero la Asamblea guatemalteca lo negó. Entonces el Presidente se retiró de Chalchuapa á las orillas de la laguna de Guija.

San Martín se envalentonó con la actitud prudente de Morazán, creyendo que esa actitud nacía de debilidad y no del deseo de mantener la paz.

Gálvez, que talvéz influyera en el ánimo de la Asamblea, para que se negase al Presidente el auxilio de los 500 hombres, quiso demostrar que deseaba un arreglo pacífico y provechoso entre aquel alto funcionario y el Jefe del Salvador, enviando un comisionado para que conferenciase con el representante de San Martín y el que nombrara el Presidente.

El General Espinoza, con el carácter de mediador, por parte de Gálvez; Máximo Orellana por la de Morazán, y San Martín personalmente, tuvieron algunas conferencias.

Orellana pedía que inmediatamente que se reuniese la Asamblea del Salvador, decretase una amnistía. San Martín y Espinoza se opusieron tenazmente á ello, lo que pone en evidencia que entre el Jefe de Guatemala y el del Salvador, existía una liga que tenía por objeto exasperar á Morazán y precipitar su caída. No

era posible que Morazán cediese, cuando comprendía que se trataba de que sus Jefes militares quedasen en manos de San Martín sin garantía alguna.

El Presidente demostró en esta ocasión, que por muy penosas que fuesen sus circunstancias, no era capaz de olvidar la consecuencia con que era justo corresponder á los que le servían lealmente.

Amenazó á San Martín con que partiría á Guatemala á prepararse para emplear las armas, haciéndole cargos por los resultados de la guerra.

San Martín cedió entonces á la proposición de Orellana y se celebró un convenio.

En este convenio Morazán se compromete á retirarse á Guatemala y disolver las fuerzas salvadoreñas que Benitez, Menendez y Angulo habían puesto á sus órdenes, devolviendo las armas á un comisionado del Salvador.

San Martín se obliga á que la Asamblea se reuna en la Villa de Metapán con el único objeto de expedir el Decreto de convocatoria, para la renovación de las autoridades del Salvador.

En los demás artículos del convenio se ve la tendencia de San Martín á asegurarse contra una invasión de Morazán en el Salvador.

Aquel Jefe se había opuesto al Presidente de una manera ostensible y le temía; pero Morazán era incapaz de un hecho semejante al que Arce cometiera contra don Juan Barrundia.

El último artículo del tratado dice: "Se reserva á la nueva Legislatura el Decreto de amnistía; mientras tanto el Gobierno se compromete á no perseguir á los militares y particulares que hayan tomado parte directa ó indirectamente en los actuales trastornos, quedando en libertad de reclamar las personas de los Coroneles Benitez, Menéndez y Angulo, y de no permitirles que pisen el territorio del Estado."

Morazán ratificó este convenio en 14 de Abril de 1833. Era cuanto podía hacer en beneficio de la paz.

El Congreso lo aprobó, y San Martín, en cumplimiento de uno de los artículos, convocó la Asamblea.

Viendo Morazán que la situación se había calmado, pidió lisencia temporal para retirarse de la Presidencia y se dirigió á Comayagua, como simple particular.

Este viaje dió motivo á que los partidarios de Gálvez dijesen que Morazán se proponía reclutar tropas en Honduras, para volver sobre el Salvador.

Se le atribuyeron miras ambiciosas y hasta se dijo que pretendía anular las autoridades de los Estados y hacerse un Dictador, "encubierto bajo el velo de la Nacionalidad." ¡Cuán poco conocían al salvador de la República, que despues rehusó la dictadura que le ofrecieran los serviles, mostrando que no ansiaba otra cosa que sostener los pricipios republicanos!

San Martín, sin esperar que la Asamblea se reuniese, convocó á elecciones de Jefe directamente, infringiendo así uno de los artículos del tratado que reserva la convocatoria á la propia Asamblea. Bajo la influencia de San Martín, las elecciones de diputados recayeron en sus partidarios.

La Asamblea se reunió, declarando electo popularmente á San Martín para desempeñar la Jefatura del Estado, y al cerrar sus sesiones publicó un manifiesto en el cual atribuye á Morazán las miras y tendencias de que hemos hablado.

Además, la Asamblea había llamado á desempeñar los destinos públicos á hombres pertenecientes al partido de Cornejo y de Arce. Morazán no podía guardar silencio cuando la calumnia pretendía manchar su frente: no podía tampoco permanecer tranquilo conociendo cuan rápidamente volvía á enseñorearse en el Salvador el partido que tantos sacrificios le costara vencer.

Con fecha 9 de Julio publicó en Comayagua un manifiesto, en que se defiende de las miras que le suponen, hace ver que el objeto de su viaje no era el de reclutar tropas y dá á conocer las inconsecuencias de San Martín.

Este manifiesto fué contestado en San Salvador en términos enojosos para Morazán.

La situación volvió pues, á ponerse grave, y el horizonte de Centro-América se nubló de nuevo.

Las armas iban á decidir el drama político, la patria iba á ser ensangrentada: pero Morazán había salvado su responsabilidad, y San Martín y acaso Gálvez serían responsables de los desastres de la guerra.

Estos dos últimos celebraron á nombre de sus Gobiernos un tratado de paz y amistad, por el cual se nulificaba á la autoridad federal; tratado que parece hecho por dos Naciones independientes y no por dos Estados de una sola República. El Dr. Montúfar en la "Reseña" le califica de monstruoso.

El partido servil que está siempre á la espectativa para aprovechar la más pequeña oportunidad, á fin de operar una reacción, invocaba la necesidad de las reformas en Nicaragua, al mismo tiempo que Gálvez y San Martín las pedían, aunque con diversas miras.

La tea de la revolución volvió á inflamarse en Nicaragua, y esto complicó más la situación de Centro-América.

IX.

Morazán estaba de choque, aunque no lo pareciera, con Gálvez y San Martín; pero en cambio, contaba con un gran partido en el Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala.

El Congreso Nacional se componía en su mayor parte de partidarios del Presidente.

Barrundia, que comprendía perfectamente la situación y que marchaba de acuerdo con Morazán, minaba con su luminosa pluma el Gobierno de San Martín.

"El Centro-Americano" era una arma poderosa y temible que San Martín hubiera querido romper; pero no le era posible hacerlo en una época en que la libertad de imprenta no era una palabra vana.

Por otra parte, Gálvez se hallaba dividido y atacado por los liberales.

Rivera Cabezas escribía contra él una crítica aguda y punzante.

Una circunstancia imprevista vino á poner mas complicada la situación de Gálvez y á hacerle volver sobre sus pasos.

En Octubre de 1833, Gálvez recibió una carta, en la que se le aseguraba que Arce se hallaba en Acapulco, buscando flete para trasportar 300 fusiles y otros elementos de guerra á uno de los puertos del Salvador.

Gálvez jamás se unió á los serviles ni al clero: sus ideas eran altamente liberales, y si se ponía en pugna con Morazán, era porque temía el excesivo poder de este: así es que cuando el enemigo común amenazaba á la República, el Jefe de Guatemala no vacilaba en unirse al Presidente y á su partido, para derrocar á todo trance el servilismo. (1)

---

(1) Gálvez era uno de los hombres más liberales y progresistas. La mayor parte de los adelantos realizados en nuestros días, tanto en el órden legislativo, como económico y social, fueron iniciados por él; pero cometió el mismo error político que ningún liberal de aquellos tiempos pudo evitar: produjo la división del partido: la anarquía

La política de Gálvez, además, fué un tanto egoista; él podía llamarse verdadero guatemalteco; pero no mereceria el nombre de centro-americano, tanto como Morazán y como Barrundia.

En los días en que el Jefe de Guatemala recibió la noticia de que Arce se preparaba para otra intentona, debía ratificar la Asamblea el tratado de que hemos hecho mención.

Gálvez influyó en la Asamblea y la ratificación fué negada.

San Martín se había hecho el centro del partido recalcitrante: sostenía correspondencia con Arce, había empleado á los partidarios y aun á los parientes de este: era, pues, necesario hacerle la guerra, principalmente en los momentos en que el servilismo se armaba de nuevo.

La situación de San Martín varió completamente con el Decreto emitido por la Asamblea de Guatemala, en que se declara traidor al que sostenga correspondencia con Arce.

San Martín estaba en este caso: luego, según aquel Decreto, era traidor á la patria.

El Jefe salvadoreño vió venir la tormenta y trató de conjurarla.

Escribió á Gálvez intentando probar que eran falsas las noticias relativas á Arce; pero no obtuvo otro resultado sino que Gálvez aparentase seguir una política conciliadora. San Martín se engañó, creyendo que podía contar con el apoyo del Jefe de Guatemala.

Morazán comprendía perfectamente la situación, y se aprovechaba de los mismos elementos combinados por Gálvez y San Martín, para hacer que el drama político se resolviese de una manera satisfactoria para la República.

Un hecho de fatales consecuencias para la causa liberal, contribuyó, no obstante, á la pérdida de San Martín y de los cornejistas: la traslación del Gobierno general al Salvador.

Gálvez había trabajado contínuamente, en conformidad con su política, para que las autoridades federales, que residían en Guatemala, se trasladasen á alguno de los otros Estados.

Durante la permanencia de Morazán en Comayagua, el Congreso acordó que el señor don Gregorio Salazar, quien entonces fun-

---

Guatemala debe muchos bienes al Doctor Galvez, no obstante sus errores. Centro-América no le debe gran cosa.

Morazán y Barrundia amaron á Centro-América sin predilección en una u otra de sus secciones. Gálvez pudo decir en diversas épocas "antes que todo soy guatemalteco."

El quería el engrandecimiento de Guatemala, aun cuando fuese á costa del sacrificio de los otros Estados.

Morazán quería el sostenimiento de la República, su prosperidad y su engrandecimiento, sin que en ella predominase una u otra sección.

Hemos tratado de definir la política de Gálvez, no porque sea ésta la oportunidad de juzgar sus hechos, sino para que sean mejor comprendidos los obstáculos contra los cuales tenía que luchar Morazán, y realce mas el mérito de este gran patriota.

gía como Vice-Presidente, señalase el lugar donde la Federación debía recidir.

Salazar eligió el Departamento de Sonsonate.

La traslación de las autoridades federales tuvo efecto, y el Congreso abrió sus sesiones el 15 de Junio de 1834.

Morazán volvió á hacerse cargo de la Presidencia de la República en tales circunstancias.

El Congreso había declarado ilegítimas á las autoridades del Salvador, creadas por la Asamblea que San Martín convocara contra el texto expreso de uno de los artículos del tratado de Jutiapa.

El Congreso se componía en su mayor parte de partidarios de Morazán.

Barrundia, su Presidente, era el redactor del "Centro-Americano" que tanto combatía á San Martín. Este, pues, tenía que ponerse en pugna con las autoridades federales, y la guerra era por lo tanto inevitable.

Las circunstancias que rodeaban á San Martín eran dificilísimas.

Los pueblos desde el año de 1833 se habían comenzado á pronunciar contra él.

San Miguel se había levantado en Diciembre, y el pueblo, asaltando la guarnición se apoderó de las armas.

Pidió un Cabildo abierto y en él hizo ver la ilegitimidad de las autoridades de San Martín. Luego ocurrió demandando amparo del Gobierno federal y se puso bajo la protección del Presidente.

Hallándose el órden amenazado, Morazán pidió fuerzas á Gálvez al mismo tiempo que lo hacia San Martín.

El Jefe de Guatemala envió á Sonsonate el Escuadrón permanente á la disposición de Morazán.

La mira secreta de Gálvez, era en nuestro concepto, favorecer la causa del Gobierno Nacional contra San Martín, pero de tal manera que este no pudiese echárselo en cara. Hé aquí la razón por lo que, en el acuerdo en que dispone dar el auxilio de fuerzas, dice, que es con el objeto de que el Gobierdo Nacional "pueda prestar auxílios al del Salvador, para conservar el órden público."

San Martín dió un decreto de amnistía y suspensión de armas, dijo que no podía entenderse con Morazán, pero sí con el Vice-Presidente Salazar y ofreció que se haría una renovación de las autoridades del Estado.

Morazán quería agotar los medios pacíficos y conciliatorios: ha-

cer ver á los que le calumniaban que no tenía miras ambiciosas, y no vaciló en dejar el mando del Ejército.

Salazar se hizo cargo de él, é hizo proposiciones generosas á San Martín, ofreciéndole que el mismo Jefe que mandaba las fuerzas salvadoreñas, mandaría las federales.

No podía hacer más Morazan; su intención era quitar á San Martín todo pretexto le discordia y hacer ver á las pueblos que estaba lejos de desear encender la guerra civil.

Morazán logró que el Congreso aprobara las proposiciones indicadas y otros medios pacíficos. El Vice-Presidente Salazar, con el fin de darlos á conocer á San Martín, envió un porta-pliegos á Cojutepeque, donde se hallaba el Jefe salvadoreño aumentando cada día más sus fuerzas.

El porta-pliegos dió á conocer el objeto de su misión; pero en vez de recibirlo, las tropas de San Martín le hicieron una descarga, á quema ropa, dejándole muerto.

Salazar pidió una satisfacción y la entrega de los culpables de aquel atentado, pero San Martín no los dió.

El Congreso se vió obligado á cerrar sus sesiones y á trasladarse á Santa Ana.

San Martín, rompiendo abiertamente con el Gobierno federal, marchó el 23 de Junio contra la capital del Salvador, con más de mil hombres, al mando del Coronel Castillo. (1)

Morazán, que había agotado los medios pacíficos, para evitar el rompimiento que San Martín buscaba, no podía permanecer indiferente cuando un nuevo golpe se dirigía á la República.

El defensor de la patria se puso al frente de sus fuerzas invencibles, y dirigió en persona la defensa de la capital, que no se fortificó por falta de tiempo.

Después de un combate sangriento de cinco horas, las fuerzas invasoras huyeron en todas direcciones, quedando el suelo de las calles regado de sangre.

Más de ochenta hombres de las tropas de San Martín murieron en la acción, entre ellos el Coronel don J. Dolores Castillo y cinco ó seis oficiales.

Las pérdidas del Ejército de Morazán ascendieron á más de treinta, entre oficiales y soldados, y como sesenta heridos, entre los cuales se hallaba el propio Morazán. Así vertía su sangre este ilustre patriota en defensa de la libertad.

San Martín huyó con 150 hombres, pero batido por el General

(1) Parte de Sajet al General en Jefe Cárlos Salazar, dado el 24 de Junio de 1834.

Espinoza, fué completamente derrotado en el pueblo de Jiquilisco.

Las fuerzas defensoras de la capital se componían de salvadoreños, hondurences y guatemaltecos, quienes mostraron una vez más que eran dignas del vencedor de Gualcho.

El Senador don Carlos Salazar, que había funjido durante la defensa como General en Jefe del Ejército, entregó el mando al Vice-Presidente, al terminar la acción.

Morazán puso en libertad á los prisioneros de guerra, y dispuso que los heridos fuesen curados sin distinción alguna.

El Vice-Presidente de la República tomó también el mando del Estado.

El señor Salazar, (don José G.) facultado por el Congreso, se ocupó en el acto en la reorganización del Estado.

El Presidente de la Asamblea en el discurso que pronunció en la apertura de las sesiones el 21 de Setiembre del mismo año de 1834, dijo, refiriéndose á los sucesos del mes de Junio anterior, después de describir el estado deplorable en que el Gobierno de San Martín colocara al Salvador:

"En circunstrancias tan penosas, los pueblos en masa se sublevaron contra la tiranía y la usurpación; el Benemérito Presidente de la República, C. General Francisco Morazín, libertó al Salvador por tercera vez y unido con todos los patriotas, obró hasta conseguirlo el 23 de Junio último, en que el Gobierno intruso cayó y abandonó su presa."

Morazán hizo un viaje á Guatemala, donde fué recibido con demostraciones de aprecio y se le colmó de honores por el nuevo triunfo obtenido á costa de su propia sangre, derramada en bien de la libertad y de la patria.

La Asamblea del Salvador emitió un Decreto nombrándolo Comandante del Ejército y declarándolo Benemérito.

El partido de Arce y Cornejo quedó de nuevo abatido y los serviles se hallaron por entonces en imposibilidad de operar una reacción.

X.

Los serviles han desprestigiado completamente el sistema federal, porque no pudo consolidarse en Centro-América, y pretenden hacer creer que el centralismo habría producido mejores resultados entre nosotros. Así es como piensan que pueden disculparse de los

trastornos causados por ellos desde 1826. No entraremos nosotros en argumentaciones para combatir el sistema de Gobierno que ellos querían se adoptase en 1824, porque creemos, que dadas las circunstancias en que el país se encontraba, cualquiera forma de Gobierno que no fuese la República federal, habría sido imposible, por muchas ventajas que presentase su adopción. Vamos á demostrarlo.

El Salvador, ese pueblo clásico de la libertad, es el primero en promover la independencia, y apénas proclamada esta, se le impone el yugo monárquico, por medio de la fuerza. Dos invasiones sufrió ántes de rendirse á la esclavitud, y aun cuando nos sea doloroso confesarlo, debemos manifestar que la aristocracia guatemalteca, representó en esta ocasión el infame papel de Caín. He aquí el principio del mal. Las divisiones sembradas por estas guerras fratricidas pesan aún sobre nosotros como una maldición del cielo.

Después de la muerte de Iturbide, Guatemala se proclama de nuevo independiente y se divide en dos partidos. Sin que sus tendencias dejaran de ser las mismas, el uno se llamó "Centralista" y el otro "Federal." De parte de aquel están los principales autores de la anexión á México, los enemigos de la independencia, los que hicieron talar los campos, incendiar los hogares y ensangrentar las ciudades de los salvadoreños. De esta parte están los amigos del pueblo, los independientes de 1811 y 18, los hijos de las provincias que recuerdan con horror los sucesos pasados. De aquella parte, la absorción del poder, el absolutismo, la tiranía: de ésta, la independencia y la soberanía de los Estados, unidos por la acción de un Gobierno general, protector y sostenedor de las libertades públicas.

Dados estos procedentes decid: ¿era posible que las provincias entrasen á formar parte de un Gobierno central, para perder esa autonomía y quedar dominadas por la orgullosa metrópoli que les acababa de hacer una guerra sangrienta, con el fin de imponerles la cadena de la esclavitud que ellas habían sido las primeras en romper? ¿Era posible que el pueblo que tanto sufriera desde 1811 por su emancipación de España, entrase á formar parte de una República que debía tener por capital al centro del servilismo, al centro de las preocupaciones noviliarias, al centro de los que, por conservar sus injustas preeminencias y sus ridículos blasones, habían anexado la patria á Méjico? Estas preguntas no tienen contestación.

Bien claro dejaron ver los salvadoreños, cuando vinieron á protejer á Guatemala, con motivo de la asonada de Ariza, que estaban muy mal dispuestos contra sus compatriotas, en quienes no veían

sino á los invasores de su país. Era, pues, necesario adoptar un sistema de Gobierno que consiliase esas dificultades: que manteniendo la unión de las provincias, dejase á estas su autonomía y cierta independencia de que no se querían desprender.

La lucha de los partidos fué terrible; pero triunfó el liberal y se adoptó el sistema federativo. Desgraciadamente el pacto que con el nombre de Constitución debía regir al país, fué obra del momento y no de la meditación, el estudio y la sabiduría. Este pacto no pudo hacerse con el debido detenimiento, porque era necesario aprovechar los días del triunfo y no dar tiempo á que los monárquicos se rehabilitasen.

De un país nuevo, que entra como ciego en la vida independiente, poblado de masas ignorantes y bien halladas con la esclavitud, dividido en bandos intolerantes y exijentes, y que va á ser rejido por una constitución imperfecta y por tiranos enemigos del sistema político odoptado; ¿qué podía resultar sino el trastorno, la anarquía, el despotismo? Así sucedió. Los liberales cometieron un grave error elevando al poder á Arce, porque este había sufrido mucho por la independencia y resistido la anexión á Méjico.

Arce, traicionando sus ideas, sus honrosos antecedentes, sus principios y á sus partidarios, se arrojó en brazos de los monárquicos y se erigió en un verdadero dictador encubierto con el velo de la constitución. Si Arce hubiera seguido una política firme y consecuente, si hubiera sido ejecutor estricto de la ley, si no hubiera pretendido la consiliación imposible de opuestos bandos, las profundas rivalidades y divisiones de los Estados, talvéz se habrían extinguido, los partidos con el tiempo hubiéranse fucionado, y el país progresando á la sombra benéfica de la paz, presentaría hoy un aspecto muy diverso.

Pero ya hemos visto que Arce, canvertido en un vil instrumento de los serviles, hizo todo lo contrario. No es malo que recordemos su conducta, pues así se vendrá en conocimiento de las causas por las cuales fué infructuosa la energía y abnegación, con que Morazán pretendió dar al país una marcha regular y ordenada, á fin de consolidar el sistema federal.

Apénas sube al mando Arce, convertido en instrumento del servilismo, sigue una política absorvente. Su autoridad no reconoce límites, se ingiere en los asuntos propios del régimen interior de los Estados, disuelve los cuerpos representativos, destruye las autoridades lejítimas de Guatemala, enciende la tea que produjo el asesinato de Flores, hace elegir á los principales autores de las guerras imperialistas y unido con éstos, no reconoce más constitución ni más ley que su capricho.

Aycinena, colocado por Arce en la Jefatura de Guatemala, dicta disposiciones inhumanas y sangrientas: asesina á Pierson y Velázquez, mata todas las garantías; destruye la libertad de imprenta, hace quemar por mano del verdugo todas las obras que pueden difundir la ilustración, porque no cuadran á su cómplice el Arzobispo conspirador y fanático; establece el espionaje, pone en manos del clero la ilustración del pueblo, á quien envilece y fanatiza, y al mismo tiempo que usurpa, asesina y destroza cuanto hay de más sagrado y respetable, invoca la religión, habla en nombre de Dios y recibe las bendiciones de los Obispos, para santificar á los ojos de los ignorantes, una causa contraria á los intereses y á la libertad del pueblo. (1)

En medio de tan odioso despotismo, se agita sordamente la revolución: los Estados se arman y traen la guerra á Guatemala antes de ser invadidos por tercera vez. Pero los guatemaltecos, engañados por los serviles y por sus sacerdotes, no ven en aquella invasión la lucha de la libertad contra la tiranía, sino la amenaza de destrucción de sus más caros intereses, los golpes de la herejía contra su religión y su Dios: entonces el patriotismo obra prodigiosamente y acuden hasta las mujeres y los niños al campo de Arrazola, donde las armas salvadoreñas quedan abatidas completamente. (2)

Este golpe fué de muerte, no solo contra el Salvador sino contra Centro-América, contra la libertad; porque los serviles vencedores ya no reconocieron límites á su ambición. Ya hemos visto que envalentonados con su triunfo, llevaron la guerra á Honduras, al Salvador y á Nicaragua. Pero cuando todo se hallaba al parecer dispuesto para dar el golpe de gracia á la Federación, cuando el partido liberal perseguido y acosado buscaba el refugio en los Estados del Salvador y Chiapas, cuando los serviles seguros de su obra y llevando su despotismo hasta un grado increíble, arrojaban de la presidencia á su propio instrumento, Arce; cuando el centralismo iba á establecerse para siempre y con él la dictadura perpétua, la oligarquía odiosa, cuando en fin nada faltaba para que se consumase la obra que el servilismo venía trabajando desde 1821: apareció en el horizonte de Centro-América una luz resplandecien-

(1) Don Miguel García Granados dice en sus Memorias, que Aycinena era ignorante y fanático, hasta el grado de que habria dejado atrás al mismo Torquemada. Página 80.

(2) Muchas mujeres andaban armadas y en cuerpo, vivando la religión: algunas tomaron parte en la acción de Arrazola, así como tambien niños y toda clase de gente. Véase el Bosquejo de Marure.

te que alentando á los libres, les señalaba el camino del triunfo. Esa luz, semejante á la que guiaba á los Israelitas en medio del desierto, era Morazán. Ya hemos visto como este grande hombre, caminando de victoria en victoria, logró restablecer la libertad. ¿Pero los malos elementos que Morazán venció en 1829, desaparecieron para siempre? No: los serviles vencidos, desterrados ó fugos, continuaron minando sordamente el edificio Nacional. Los hemos visto luchar infatigablemente y reaparecer por todas partes.

En su empeño por triunfar, no vacilaron en pedir protección á Méjico, lo mismo que á España, con quienes combinaron elementos contra el órden, contra la paz, contra el progreso, contra la independencia, contra el bien y la dicha de su patria.

Decid ahora, ¿quienes son los autores de la ruptura del pacto federal? ¿Será por defectos de este sistema que Centro-América no pudo estrechar los lazos de unión entre sus propias secciones? ¿Tendrán los liberales la culpa de que el país no haya adelantado tanto como se esperaba? Y sin embargo: ¿quién puede negar que bajo el mando de Morazán y su partido, Centro-América progresó cuanto le fué posible, dadas las circunstancias fatales en que los serviles la colocaron? Una lijera ojeada al pasado bastará para ver que sin la contínua acción de los serviles, el país presentaría hoy un aspecto semejante al de la gran República del Norte.

XI.

No obstante los trastornos contínuos, de que hemos hablado en las páginas anteriores, la República avanzaba á pasos presurosos en el camino de la vida democrática.

Abatida la nobleza y ensalsado el pueblo, este comenzaba á levantarse de la postración en que le había sumergido la teocracia: y el pan de la enseñanza, distribuido profusamente, daba golpes de muerte contra ese cáncer de nuestras sociedades llamado fanatismo religioso.

Leyes justas, sábias y humanas reemplazaron á las más crueles de la legislación penal que nos rigiera durante la Colonia, y no solo hubo en este órden una completa reforma, sino que en el civil se dictaron leyes más filosóficas y acordes con los adelantos modernos.

El Dr. Gálvez, ese genio emprendedor y progresista, sostenido por Morazán, llevó á cabo en Guatemala grandes adelantos.

El creó la célebre Academia de Estudios de donde salieron notables ciudadanos, estableció escuelas y difundió las luces mereced á un sistema de libre enseñanza. Bajo su influencia, fueron decretados el matrimonio civil y el divorcio absoluto; así como la libertad del comercio y de la industria; fomentó las principales fuentes de la riqueza pública y abrió ancha y dilatada vía al espíritu de empresa.

Las puertas de Centro-América fueron abiertas á la inmigración. Se celebraron algunos convenios para fundar colonias y dar vida á nuestros fértiles y despoblados campos. Se establecieron contribuciones acordes con los principios de la ciencia económica, distribuyéndolas con equidad y empleando su producto en sostener los gastos del Gobierno y en fomentar empresas verdaderamente útiles. Se fomentó la agricultura de una manera muy especial: se abolió el tributo que pesaba como ominoso yugo sobre la clase indíjena, sustituyéndolo con la contribución directa más general y ménos gravosa. Se abolieron las vinculaciones, los mayorasgos, etc.; se suprimieron los diezmos que tanto gravaban á los pueblos, principalmente al de Honduras, donde la principal fuente de riqueza consiste en las empresas ganaderas. Se abrieron nuevas vías de comunicación y se repararon las que ya existían. Se habilitaron algunos puertos para la exportación é importación de mercaderías. Se hizo un reconocimiento para la apertura del canal de Nicaragua, y se celebró un contrato en términos ventajosos con tal objeto. En fin, la República varió completamente de aspecto y adelantando con rapidez, hizo ver á las naciones de Europa que podía gobernarse por sí misma, bastándole sus propios elementos para sostenerse, sin necesidad de la protección extranjera.

Aquellos que anexaron la República de Centro-América, al efímero imperio de Iturbide, pretextando que un país pequeño y débil sería absorvido por otro más grande, quedaron desacreditados por completo, ante las pruebas que este país pequeño dió, bajo el mando de los liberales, de bastarse á sí mismo.

Desgraciadamente ese partido imperialista, ó aristócrata, ó servil, pues bajo estos diversos nombres ha sido y es el mismo, no descansó un momento en la empresa que se había propuesto para llevar á cabo la ruina del país.

Esas mismas reformas fueron el ariete con que lograron de derrocar el trono de la libertad, como veremos más adelante.

XII.

El Jefe del partido liberal, el caudillo republicano que abatiera en cien combates las armas serviles y que de victoria en victoria había marchado hasta restablecer el órden constitucional, y entronizar la libertad, arrojada de su solio por los tiranos de 1826. El patriota abnegado á cuyo valor y energía se debieran la existencia de la Federación y su creciente progreso, tenía más títulos que otro alguno para merecer de los pueblos los votos con que, por segunda vez, le honraron en 1834, para elevarlo á la categoría de Presidente.

En esta segunda campaña electoral, quién si no Morazán podía obtener por su prestigio la mayoría que se necesitaba para subir á la primera Magistratura de la República? Solo un hombre que ya en dos ocasiones había alcanzado el voto de los pueblos, podía competir en prestigio con él: y habría obtenido el cargo á que dos veces fué llamado, si la muerte no le hubiese herido en los días mismos en que se verificaban las elecciones.

Ese sábio, honra y gloria de Centro-América y en especial de Honduras que fué su cuna, era don José C. del Valle. (1)

Muerto este, el Congreso convocó á nuevas votaciones y fué popularmente electo el General Morazán, quien tomó posesión del mando el dia 15 de Febrero de 1835.

Ya hemos visto cual era la situación del país cuando Morazán se hizo cargo de la presidencia en 1830; vamos á ver ahora en qué condiciones se encontraba al entrar á ejercer este empleo, en 1835.

---

(1) Véase su biografía escrita y publicada por el doctor don Ramón Rosa, el año 1884.

"Perdió Centro-América con el fallecimiento del Ldo. José del Valle, uno de sus más distinguidos hijos. Conocido ya desde el tiempo del Gobierno Español por sus grandes talentos y extraordinario saber, luego que se proclamó la independencia fué elevado á los primeros destinos de la naciente República: fué individuo de la Junta gubernativa que se estableció en Guatemala en 1821; el siguiente año concurrió á las Cortes de Méjico, en donde sostuvo victoriosamente los derechos de su patria y sobresalió por su elocuencia y laboriosidad. Víctima de sus opiniones contra el Imperio, y preso por ellas de órden de Iturbide, fué poco después nombrado primer ministro por el mismo Iturbide, pasando así de la prisión á la primera silla del Gabinete imperial y debiendo únicamente su elevación, á su reconocido mérito. Después de la

XIII.

En los momentos en que Morazán iba á tomar el mando, era en extremo crítica la situación del país.

La Constitución, como hemos dicho, contiene notables omiciones. Entre ellas, la de no designar un distrito federal. Teniendo el Gobierno federal que vivir en el Estado de Guatemala, ni pudo evitar las prevensiones odiosas de los demás Estados, nacidas de las causas que hemos referido, ni armonizar su acción con la de los Gobiernos particulares, que le veían como á un huésped molesto y gravoso.

Arce no pudo vivir en paz con don Juan Barrundia: tuvieron disturbios hasta por cuestiones de mera forma y con un pretexto ridículo, y por medio de las armas, le arrojó de la Jefatura de Guatemala. Barrundia, don José Francisco, no estuvo en paz con el Jefe Molina y por medios más diplomáticos, lo arrojó también del mando. Ya hemos visto que Morazán y Gálvez tampoco estaban siempre en buena armonía; pero estos dos personajes más tolerantes que sus predecesores, evitaban á toda costa un rompimiento que debía ser funesto para la República y para el partido liberal.

Esto no impedía que Gálvez trabajase hábilmente para lograr que el Gobierno federal saliese de Guatemala: trabajos que están de acuerdo con su política, que tendía á neutralizar el excesivo poder del Presidente. Gálvez es disculpable por esta conducta, pues ya hemos dicho que no era fácil que en un mismo Estado

---

caída del héroe de Iguala, Valle regresó á su patria á desempeñar las altas funciones de individuo del Supremo Poder Ejecutivo de la Nación; y en seguida obtuvo la mayoría de los votos populares para primer Presidente de la República. Valle mereció de sus compatriotas el sobrenombre de "sabio," y sus escritos justifican este dictado. Bentham y otros ilustres escritores de Europa le honraron con su amistad, y la Academia de ciencias de París, le inscribió en el catálogo de sus miembros. La memoria de este distinguido centro-americano fué justamente honrada por sus compatriotas: la Asamblea de Guatemala declaró en 13 de Marzo del mismo año de 31 que su retrato fuese colocado en el salón de sesiones, y que en demostración de sentimiento por su muerte todos los funcionarios públicos vistiesen luto por tres días. En 9 de Abril siguiente, la Asamblea del Salvador decretó también los mismos honores á Valle. (Marure. "Efemérides," página 35.)

recidiesen dos poderes, cuyos límites no estaban bien determinados por la Constitución.

La reforma de esta era por tanto indispensable, y solo ella podía salvar el conflicto; pero la reforma no se hacía. ¿Por qué? Porque unos liberales querían que la dictase el pueblo por medio de una Constituyente; y otros nó.

¿Quién podía asegurar que la Constituyente se compondría solo de liberales? ¿No podían los serviles ganar en su mayoría las votaciones, atendida la ignorancia del pueblo, y explotando las divisiones de los liberales, el mal estar de los Estados, los desórdenes que habían descontentado á una parte de ese pueblo, desórdenes producidos por las maquinaciones de los mismos serviles? Y si esa Asamblea se componía de estos en su mayor parte, ¿no operarían un verdadero cambio en la organización de la República? Ambos partidos invocaban, pues, la reforma, aunque, como se deja ver, con muy distintas miras.

Permítasenos una lijera reflexión. El partido servil es cobarde: cuando desenvaina la espada para defender sus principios es vencido y humillado. Pero desgraciadamente tiene la unión, la sagacidad y la hipocresía del jesuita. Así, él no sabe batirse en los campos de batalla; pero hace la revolución dividiendo á los liberales, y luego que estos se han debilitado, se lanza sobre ellos por medio de algún instrumento que halla á la mano. Luego se presenta en los cuerpos legislativos y con una sola plumada, varía todo un sistema. Esto es lo que ha hecho siempre para vencer.....

Los trabajos de Gálvez no fueron infructuosos; pues el Salvador alhagado con la idea de que su capital fuese la cabeza de la República y deseando por otra parte disminuir por este medio la preponderancia de Guatemala sobre los demás Estados, decretó por medio de su Asamblea, que la capital con sus pueblos anexos, podía erigirse en distrito federal. [1]

Morazán recibió bien esta idea, no solo porque con tal medida se evitaría un rompimiento con Gálvez, sino porque alhagando al Salvador, se debilitarían la rivalidad y el odio nacidos del localismo. Además, el Gobierno federal no podía permanecer mucho tiempo en Sonsonate, á donde, como hemos dicho, se había trasladado desde 1834. El Congreso aprobó también esta resolución y en virtud del Decreto expedido en 25 de Junio de 1833, las autoridades federales hicieron su traslación al Salvador, que cambió su nombre por el primitivo de Cuscatlán.

---

[1] Véanse las "Efemérides" de Marure, página 34.

La ciudad de San Vicente fué declarada capital del Estado, y á ella se trasladó el Gobierno.

Esta medida influyó momentáneamente en la paz interior del Salvador, pues como se ha visto por la caída de San Martín, donde Morazán residiese, no podía levantarse la reacción. Pero por esto mismo tuvo funestas consecuencias. Aislado Morazán de Guatemala, centro del servilismo, no pudo sofocar las facciones promovidas por este partido, ni imponer silencio á los liberales de la oposición, que arrojando de la presidencia al doctor Gálvez en 1838, abrieron el camino del triunfo á los enemigos de la libertad.

En los días en que Morazán era reelecto, cediendo al clamor general, el Congreso decretó una nueva constitución en la que se hacían reformas á la de 1824; pero ella no satisfizo las aspiraciones de los partidos, ni los intereses de los Estados y solo Costa-Rica y Nicaragua la aceptaron. En consecuencia no tuvo efecto y el malestar creció de día en día.

Tal era la situación cuando Morazán entró á ejercer el cargo de Presidente por segunda vez en 1835.

El edificio nacional descansaba sobre bases tan frágiles y movedizas, que tenía que sufrir horribles convulsiones para caer al fin hecho pedazos, hundiendo bajo sus escombros al atleta infatigable que hasta entonces lo había sostenido.

XIV.

En medio de trastornos y penalidades trascurrieron los años de 1835 y 1836. El servilismo, aliado con el clero, no había cesado de trabajar en contra de las instituciones liberales. Tomando como ya hemos dicho, por pretexto, las reformas implantadas, hizo cundir el descontento por todas partes.

Las masas ignorantes, que no comprendían las ventajas de la nueva legislación adoptada en Guatemala, la rechazaban con tenacidad. El sistema de enjuiciar de España, al que estaban acostumbradas, les parecía mejor que el jurado. (1)

La exaustes del tesoro á causa de las contínuas guerras, creó la necesidad de imponer contribuciones que no se querían pagar.

Los progresos materiales emprendidos por Gálvez, fueron armas de que el clero y los serviles se apoderaron tambien.

(1) Véase la nota del Juez don Bernardino Lemus, publicada en Julio de 1847.

Gálvez promovió la creación de un mercado y ordenó se exhumasen los cadáveres que existían en la plaza del Sagrario para construirlo allí. El clero se opuso á esta medida que tendía á mejorar el estado sanitario de la población, y comenzaron á divulgarse los rumores más enojosos. "¡Extraer y profanar los restos venerandos de nuestros santos padres! ¡qué horror! ¡qué sacrilegio! ¡qué herejía!"

Así hablaba el clero, oponiéndose á los avances de la civilización, por medio de las mazas fanatizadas é inconcientes.

Para aumentar el desconcierto apareció entre nosotros por primera vez el cólera asiático. Entonces las especies más absurdas salieron del seno del clero y de los serviles. Se dijo que los liberales envenenaban las aguas y el pueblo lo creyó. Aparecieron las facciones. Carrera dió en Mataquescuintla el grito de insurrección, al que respondió todo el Oriente. El clero, alentado, señaló á Carrera como á su salvador. Le apellidó el Angel Rafael, y el rudo campesino vió desde entonces en él, al enviado del Señor que debía restituirle su religión y sus Obispos. Al angel vengador que debía acabar con la herejía y que había de salvarlos de los envenenadores de las aguas.

¡Cuánta tristeza causa ver un pueblo fraguando él mismo sus grillos, sus cadenas, el hierro de sus cárceles!

Nos acercamos al momento más doloroso de la historia. La pluma quisiera caerse de las manos y se resiste á narrar los sucesos de 1837. Pero la verdad exige referir estos sucesos por más que de ellos aparezca la responsabilidad de los liberales, á la par que la de los serviles.

¡Oh! los liberales que debían haber formado una masa compacta y unida, para destruir tanto elemento de discordia aglomerado por sus enemigos, estaban divididos. ¡Divididos, es decir, perdidos para siempre!

Ya hemos indicado que la política de Gálvez había hecho nacer la desconfianza entre sus coopartidarios. Rivera Cabezas, Molina, Barrundia, se hallaban mal dispuestos contra él.

Los pueblos insurrectos pedían que se aboliese el sistema de jurados, y Gálvez que veía marchar la insurrección á pasos veloces, accedió á tal demanda. Esto, así como algunos incidentes puramente particulares, produjo el descontento de Barrundia.

El choque fué violento. Empeñose una lucha periodística que debía inflamar la tea revolucionaria. (1)

---

(1) Véanse las cartas de no y otro, publicadas en 1837. Véase "Efemérides" de Marure, páginas 38 y 40; y el apéndice al fin de este trabajo.

Creóse el partido de la "Oposición" y el periódico que fué su órgano.

El prestigio de Gálvez fué minado y destruido al fin por completo.

El partido llamado ministerial le aconsejó medidas violentas para deshacer las facciones. En medio de mil dificultades, Gálvez convocó la Asamblea, dándole para reunirse un término breve. Los diputados se instalaron, pero faltaban algunos que no habían podido concurrir por el término corto que se señaló para su reunión. Esta Asamblea facultó extraordinariamente á Gálvez para repeler á los facciosos. En virtud de esta facultad Gálvez dictó algunas medidas violentas, por lo cual le increparon duramente los liberales de la "Oposición." (1)

Talvez no comprendieron que solo la violencia podía destruir las facciones, y culpando al Jefe del Estado, haciéndole una oposición ruda y sistemática, abrieron las puertas del triunfo al partido servil, que atiza siempre á los liberales con maña y sagacidad inconcebibles, para batirlos después en detal y vencerlos fácilmente.

Lección es, y muy amarga, la que nos da esta conducta impolítica de los liberales. ¿Hemos sabido aprovecharla con posterioridad? Quién sabe; el porvenir será á propósito para juzgar estos asuntos: hoy que la opinión se halla en contra de todo lo que parece despótico, no podríamos afirmar que Gálvez debía haberse puesto á la altura de la situación, obrando como un BARRIOS, sin el temor de que nos llamasen *panteristas*. Mas califíquesenos como se quiera: nosotros creemos que el rigor es necesario, indispensable algunas veces para salvar un sistema político.

El rigor, empleado con justicia y con necesidad; no la tiranía ejercida por crueldad ó por manifestar un poder que solo es lejítimo cuando se emplea en defensa de la sociedad amenazada.

Si Gálvez hubiese acallado la grita de la oposición, si Gálvez hubiera desplegado una energía semejante á la de Barrios en circunstancias penosas, contra los facciosos de Carrera, habría obrado con acierto, á nuestro modo de pensar. ¡Ah! no se habría entronizado entonces el nefando sistema que durante 30 años, mantuvo al país en un estado de atrazo lamentable.

---

(1) Veanse las cartas citadas. "Junio 16 de 1838. En esta fecha se reunió extraordinariamente la novena Legislatura de Guatemala. Esta reunión dió origen á una de las más ruidosas contiendas políticas que han alterado la paz del Estado, y en la cual dos partidos, el Ministerial y el de la Oposición, se disputaron el triunfo con encarnizamiento." (Efemérides, Marure, página 41.)

En cuanto á Morazán; ¿qué hacía? ¿qué podía hacer? Se hallaba en San Salvador al frente del Gobierno. Acababa de sofocar algunos movimientos revolucionarios que habían tenido lugar con motivo de la prevensión estúpida del envenenamiento de las aguas. El distrito federal y todo el Estado del Salvador se hallaban tranquilos. En el mes de Diciembre, recibió Morazán una exposición documentada de Gálvez. Este, olvidando sus antiguos manejos contra Morazán, le describe la situación deplorable del país y le pide sus auxilios para destruir la anarquía.

Esta situación no podía ser más horrible. Tratemos de dar una idea de ella.

Carrera, al frente de numerosas hordas, recorriendo los Departamentos de Oriente, donde sembró la muerte, la desolación, el infortunio. Parece mentira, pero es un hecho que sus huestes salvajes, violaban á las mujeres y les cortaban las orejas y cabellos, asesinaban á los ancianos y robaban á todo el que consideraban enemigo suyo.

Gálvez, acosado por todas partes, dictando medidas muchas veces inconducentes.

Los serviles en estrecha alianza con el clero, conspirando en el interior de la capital, en la Escuela de Cristo, á ciencia y paciencia de todo el mundo, y sin que Gálvez pudiese dictar ninguna medida enérgica contra ellos, porque los Jefes de la Oposición eran los más exaltados defensores de las garantías de los ciudadanos, en aquellos momentos en que solo se debió haber pensado en la salvación de la República, la salvación de las instituciones liberales, la salvación de ellos mismos!

Barrundia. ¡Oh Barrundia! el ilustre prócer de la independencia, el liberal exaltado que había combatido en las calles, entre las masas, en el Congreso, en las Asambleas, en el Gobierno, en el campo de la prensa y en todas partes, contra los amigos del Imperio, contra los déspotas de 1826, contra los serviles que rodeaban á Arce, contra Cornejo, contra San Martín, contra los Pavón, etc., etc., Barrundia, ¡oh dolor! unido también á un círculo servil, destruyendo con su pluma luminosa el Gobierno del Dr. Gálvez.

Molina, Rivera Cabezas, Escobar, Márquez y otros muchos liberales, siguiendo las huellas de Barrundia.

Enfrente de esta anarquía tan completa ¿que podía hacer Morazán? Al mismo tiempo que Gálvez le pedía auxílio, é increpaba el mal estar á los liberales de la "Oposición," estos le escribían culpando á Gálvez y pidiéndole le abandonase para derrocarlo,

¿Qué hacer? ¿A quién dar la razón? ¿Contra cuál de ambos partidos debía proceder Morazán?

Gálvez le pintaba á los facciosos con sus propios colores: es decir, como salvajes destructores de la humanidad. Entre tanto que Barrundia decía en una de sus cartas al mismo Dr. Gálvez, refiriéndose á esos facciosos, que eran "montoneros sin jefes, con treinta escopetas encendidas con tizones por armamento, sin un solo hombre á la cabeza que supiese leer, y sin más idea que la prevención estúpida del envenenamiento del cólera."

Y después agregaba Barrundia en otra de sus cartas en la cual se ve toda la intolerancia propia de su carácter: "prefiero al despotismo de Ud., á la dictadura disfrazada bajo el velo de facultades extraordinarias, todos los horrores de la sublevación de las masas."

¿A quién destruir entonces? ¿Era Gálvez el déspota neroniano á quien Morazán debía arrojar del mando, ó eran los facciosos destructores de la humanidad á quienes debía combatirse? El Presidente se hallaba en una verdadera dificultad. ¡Ah! si él hubiera vivido en Guatemala, si se hubiese hallado en el teatro de los sucesos habría podido apreciarlos con exactitud. Entonces, ni la Oposición hubiera atacado á Gálvez de una manera tan ruda, ni este hubiera dictado medidas inconducentes, ni los serviles hubieran podido conspirar, ni Carrera hubiera engrosado sus filas, ni el país se hubiera visto durante 30 años, bajo el reinado de la teocracia sumergido en el más lamentable y vergonzoso atraso.

Entonces debió arrepentirse Gálvez de sus maquinaciones para que el Presidente saliese fuera de Guatemala; entonces debió comprender que esa política vacilante y conciliadora que tiende á prestigiar al que la emplea con dos partidos enteramente opuestos en ideas y tendencias, es contraproducente, pues no se obtiene otro resultado que sembrar desconfianzas y mal estar en todos, preparando elementos de oposición, que combinados más ó menos tarde, han de dirigirse hácia un solo fin: la destrucción de aquel que no ha sabido ser bastante leal para arrojarse abiertamente en brazos de uno ó de otro. Y no es que Gálvez cambiase alguna vez de ideas. Ya hemos dicho que era liberal y liberal progresista, pero quiso mantenerse neutral en medio de los conflictos de los partidos; quiso avenir elementos que debían necesariamente chocar, quiso en una palabra estar bien con unos y con otros.

Recuérdese su alianza con San Martín contra Morazán, y su unión con este para perder á aquel. Gálvez recogía, pues, el fruto de su propia obra. Desgraciadamente los resultados fueron funestos para todos los liberales, para la patria toda. ¡Ojalá que estas

lecciones, en verdad bien amargas, estuviesen siempre grabadas en la mente de ciertos políticos de actualidad, que creen que se puede ser á un mismo tiempo liberal y cachureco.

XV.

No obstante el empeño de los liberales de la oposición porque Morazán negase á Gálvez sus auxilios, aquel, olvidando las inconsecuencias de este y fijo solo en la idea de salvar la República, reunió 600 hombres y dispuso enviarlos á Guatemala. Pero ántes quiso poner en juego los medios políticos y á tal efecto, comisionó á Barrundia para que asociado á los presbíteros José María Castilla, Vicente Orantes y Manuel María Zeceña, acudiese á hablar con Carrera, y tratase de reducirlo al órden por medio de la convicción.

Mal conocía Morazán al Jefe de los insurrectos, y este fué un error lamentable. Morazán debió marchar sin pérdida de tiempo contra el faccioso, y no dar á este una importancia legal, enviando para tratar con él una comisión. Pero lo repetimos, Morazán no podía apreciar debidamente y con exactitud los sucesos, que solo conocía por relaciones de las personas que se hallaban en oposición. Morazán tenía además suma confianza en el patriotismo y luces de Barrundia y sin duda creyó que este emplearía toda su habilidad en reducir á Carrera á la obediencia.

Morazán se engañó. Barrundia, léjos de apresurarse en el cumplimiento de su deber, hizo publicar la nota de Morazán, haciendo creer de esta manera á los serviles, que aquel Jefe temía entrar en abierta pugna con Carrera.

Barrundia hizo más. Entró en correspondencia con Carrera. Nosotros no nos atreveremos á interpretar las intenciones de Barrundia como favorables á los planes de Carrera; tampoco diremos que aquel sincero liberal estuviese de acuerdo con el guerrillero de Mataquescuintla; pero las apariencias dieron motivo á que el partido ministerial supusiese que realmente existía una liga entre los Jefes de la Oposición y los serviles. El hecho es que Barrundia fué altamente impolítico y la verdad histórica exige confesar, que unido á los serviles Arrivillagas y Cepedas, contribuyó poderosamente á que se verificasen todos los trastornos que el país lamentaba.

Un mes tardó Barrundia en dar cumplimiento á la nota de Morazán. La conflagración fué general contra el Jefe de Guatemala. Los serviles, viendo llegado el momento en que el partido liberal se hallaba dividido y destrozado, terciaron en las cuestiones. Organizóse una junta por disposición del Congreso representativo. Esta junta se componía de los serviles Francisco de Arrivillaga, (que estaba unido á Barrundia) Juan José de Aycinena, José M. de Castilla, y otros. Esta junta levantó una acta y propuso un proyecto de pacificación que fué aceptado por Gálvez. En consecuencia este nombró Ministro de de Gobernación y Justicia á don José de Aycinena; y de Hacienda á don Marcial Zebadúa. Aycinena, el que tanto había trabajado contra los liberales, el que llevó á cabo la anexión al Imperio de Méjico, el autor de los folletos contra Morazán, contra Barrundia, contra la Federación, ¿obraría de buena fé al entrar al ministerio? ¡Oh no! Aycinena era uno de los serviles que en aquellos días conspiraban contra el Jefe de Guatemala. (1) Todo fué entonces confusión y desórden: Gálvez acusaba á los liberales, estos á Gálvez y los serviles entre tanto, ya en el poder, triunfaban sin esfuerzo. La Antigua se sublevó contra Gálvez, tomando las armas más de 500 hombres.

A grandes rasgos vamos narrando estos sucesos porque creemos que no sería propio de este trabajo referirlos detalladamente.

El ejército antigüeño pronunciado contra Gálvez llegó á las puertas de la capital el 30 de Enero de 1838.

Gálvez tenía una fuerza poco menor; pero compuesta de soldados veteranos, dispuestos a morir antes que entregar la plaza y con Jefes como Preen, que era uno de los mas valientes y experimentados. Los antigüeños comprendieron que era imposible que vencieran solos y el círculo de la oposición, con beneplácito de todos los serviles, acordó pedir auxilio á Carrera. ¡Entonces fué cuando Barrundia, acompañado de don Manuel Arrivillaga, que con los Cepeda había tomado aquella resolución, marchó en busca del guerrillero! ¿A qué? á dar cumplimiento á la nota de Morazán, dice Montúfar. (2) Pero nosotros preguntamos: ¿Por qué Barundia espera para cumplir su delicada misión los momentos en que los antigüeños, en que los liberales de la oposición de quien era el alma, escriben á Carrera llamándolo? ¿Cómo es que Barrundia va en busca de Carrera, para trabajar porque este se reduzca á la obediencia, con el mismo Arrivillaga que ha acor-

(1) Véase la «Reseña Histórica,» tomo 2.º capítulo 33, página 404.

(2) Reseña página 275—Tomo 2.º

dado llamarlo en contra de Gálvez? Grande, profunda pena nos causa decirlo; pero Barrundia empañó en este día, los laureles acumulados á su frente, durante 20 años de luchas incesantes contra el partido de la aristocracia!

Carrera no se hizo esperar, y acudió al frente de sus hordas. Gálvez, después de cinco días de una resistencia heróica, resignó el mando en el Vice–Jefe Valenzuela, sin que sus enemigos hubiesen podido vencerlo.

Desde el momento en que Carrera ocupó la plaza con 600 hombres armados y con 5000 montoneros, que á los gritos de "viva la religión, vivan los santos padres," unía los de "mueran los herejes, mueran los fiebres, queremos saqueo etc., etc," el vesindario entero se extremeció de terror y el panico cundió en todos los círculos, disgustándose los mismos antigüeños.

Así terminó aquella lucha sangrienta entre el partido ministerial y el de la oposición. Entónces la sociedad aterrada ya no penso sino en verse libre de Carrera; y los liberales, al ver que el resultado de su obra iba á ser la destrucción de todos ellos y quizá de la sociedad entera, hicieron mil ofertas al caudillo de los rebeldes, que solo contuvo sus huestes, que deseaban vivamente entregarse al pillaje, cuando le dieron 11,000 pesos y lo halagaron con grados y destinos militares. (1)

Carrera salió al fin; pero seguido de sus hordas armadas, con dinero y elementos para volver bien pronto sobre la capital aterrada y presa del más horrible pánico.

Antes de pasar adelante, debemos indicar que los Departamentos de los Altos, aterrados también por la espantosa anarquía que deboraba al Estado, y aprovechando los momentos críticos en que el país se encontraba, dieron el grito de independencia y se erigieron en Estado libre y soberano, aunque sujeto a la Federasión.

He aquí otra de las consecuencias de la división de los liberales. Guatemala dividida de esta manera, había de poner menos obstáculos á los planes del partido servil, quien sin embargo destruyó el mismo Estado de los Altos, cuando creyó que su existencia podia servir de apoyo á lar reorganización del sistema federativo.

---

[1] El General Carrascosa, jefe de la fuerza antigüeña, quiso deshacerse de Carrera; pero los mismos liberales se lo impidieron, por temor de un rompimiento.

XVI.

Mientras tanto que tenían lugar estos sucesos, Morazán permanecía en el distrito federal al frente del Gobierno. Al saber el resultado de la división de los liberales, comprendió que era llegado el momento de obrar con más actividad. Carrera instigado por sus directores, los padres Durán, Lovo, Orellana y otros, volvió á sublevarse contra el Gobierno, y los pueblos de Oriente, respondiendo á sus proclamas, pretendían formar otro Estado como el de los Altos.

Entonces el Gobierno, la Asamblea, los liberales, llamaron á Morazán de quien esperaban salvación. El Presidente no se hizo esperar por esta vez, y entró á Guatemala el día 14 de Abril de 1838. El vecindario le recibió, dice Montúfar, "con muestras de entusiasmo y regocijo más grandes que las que le dieran al tomar el mando de la República después del triunfo de Opoteca y Olancho en 1830." Al momento se le presentaron los vecinos más notables, suplicándole se hiciese cargo del poder del Estado; pero Morazán no aceptó, sino hasta que lo acordó la Asamblea el 21 del mismo mes. Facultado extraordinariamente, Morazán dictó sus medidas con prontitud y energía, y estableció su cuartel general en Guatemala, esparciendo sus fuerzas por todo el Oriente.

Carrera fué perseguido y acosado por todas partes.

El 27 de Abril, 300 facciosos que al mando de Cesilio Lima (a) Sarco Gallo, atacaron el Batallón Jutiapa, y fueron derrotados completamente. Este triunfo lo obtubo el Teniente Coronel don Joaquín García Granados.

El 5 de Mayo otra partida como de 200 fué deshechada por el Comandante Esteban Ciero; y el 7, el Coronel Antonio Lazo, obtuvo otro triunfo completo contra más de 400 hombres que, con el propio Carrera á la cabeza, asaltaron la plaza de Amatitlán.

Morazán dirigió una proclama que dice:

"El Presidente de la República, General en Jefe del Ejército, á los vencedores en Amatitlán.

¡Soldados! Los caudillos de la facción que todo lo tala y destruye en Guatemala, habían decretado la ruina de la hermosa Amatitlán.

Carrera, Rueda, Herrera, Porras, Gallo, Mangandí y Santa Rosa, unieron sus partidas para sorprender aquella población y se habían ya repartido de antemano las grandes riquezas que se encuentran allí acumuladas por las manos del industrioso comerciante y del agricultor laborioso.

Desde las alturas que dominan el Valle de Guatemala se arrojaron sobre su presa como fieras salvajes, sedientas de sangre y de tesoro. Pero ellos ignoraban que allí existían los veteranos que en diez años de guerra, han adornado sus cabezas con los laureles de tantas viciorias, sin que jamás haya sido humillada su frente por la desgracia.

¡Soldados! Siempre os he apreciado como valientes, pero en la gloriosa jornada de ayer, en donde cada uno de vosotros tuvisteis que vencer á ocho enemigos armados y decididos á consumar su crímen, os habeis portado como héroes. Yo os saludo en nombre de la patria con este honroso título. Seguid mereciéndolo y evitareis que el nombre de nuestro hermoso país, sea para siempre borrado por la mano de los salvajes, del número de los pueblos civilizados.

Guatemala, Mayo 9 de 1838.

F. Morazán."

Compárense estas líneas del caudillo de la libertad, con los mal redactados escritos de Carrera, en los que á nombre de la religión, habla como enviado de Dios, é insita al saqueo, al asesinato, al esterminio de sus hermanos. Los pueblos que recorrían los facciosos eran talados y destruidos y en la historia de Montúfar, pueden leerse los números del Boletin Oficial, donde se refieren los crímenes verificados por aquellas hordas, crímenes que la pluma se resiste á referir.

Morazán ciñó su frente con nuevos y preciados laureles y habría concluido por completo con las facciones; pero asuntos urgentes le llamaron al distrito federal.

Parece que el servilismo había fraguado allí un plán contra la federación y era indispensabla la presencia de Morazán para cortarlo. Obsérvese que la escacés de medios de comunicación dificultaba á cada paso la marcha de la administración pública: si hubiese habido telégrafos, ferro-carriles, caminos y correos como hoy, la Federación se habría salvado acaso.

Morazán marchó en los primeros dias de Junio de 1838, dejando al frente del Ejército al Coronel José Antonio Carballo. Esto descontentó á algunos liberales, entre ellos al Doctor Pedro Mo-

lina, quien pidió á la Asamblea, en términos enojosos para el Presidente, que volviese al ejecutivo del Estado, el Gobierno que estaba encomendado á él. La Asamblea dictó el Decreto de 31 de Julio, en que despojando á Morazán de todo el poder de que le había investido, ni aun siquiera se le dan las gracias por sus importantes servicios.

"No había esperiencia capaz de unir á los liberales—dice Montúfar en la Reseña—El menor disgusto, la menor rencilla producía una grande explosión. Era preciso que el Presidente diera gusto á todos en todo y por todo, satisfaciendo todas las aspiraciones y todos los deseos y sin esceptuar ninguno, porque desde el momento en que un liberal no quedaba satisfecho, olvidando toda la historia y los grandes servicios que á su partido había prestado el General Morazán, se hería á este jefe ilustre como si fuera el primer recalcitrante."

Ya ha visto el Dr. Montúfar que en la actualidad no hemos sabido aprovechar aquellas lecciones y que por el contrario, estamos dando muestras de ménos cordura y sensatéz, que aquellos ilustres patriotas. ¿Por qué el partido liberal ha de ser siempre suicida? Porque es ingrato con los suyos.....

La insurrección continuaba, y Carrera, no escarmentado con los anteriores fracasos, apareció de nuevo en Setiembre de 1838. Más fuerte y más empeñado que nunca en llevar á cabo su obra de destrucción y de esterminio, atacó al Coronel Bonilla, al frente de dos mil salvajes armados. Los llanos de Jalapa se enrojecieron con la sangre de los valientes guatemaltecos, que en número de 500, re-istieron durante algunas horas aquella lucha desigual y terrible, contra un enemigo más fuerte por el número.

Carrera ciñó su frente con los laureles del triunfo y engreido de la fortuna, se aproximó á la Capital, creyendo llegado el momento de atacarla. Situó sus huestes en Petapa y desde allí comenzó á amenazar la Ciudad de Amatitlán, cuyos elementos de vida y de riqueza eran grande isentivo de su codicia.

En seguida se apodera de la indefensa Ciudad de la Antigua, donde sus hórdas se entregan al vandalismo.

Amenaza la Capital, pero el General Salazar, al frente de 800 valientes, le derrota completamente en la Villa. Este triunfo no desalentó á Carrera, quien en seguida apareció de nuevo. De nada sirvieron los esfuerzos del General Guzmán, pues el tratado del "Rinconcito," fué más bien un triunfo que una derrota para el guerillero.

XVII.

Arreglados los asuntos que Morazán había dejado pendientes en el Salvador y tranquilizado completamente en cuanto á los temores de una reacción en aquel Estado, volvió á Guatemala á donde le llamaron todas las clases sociales. El 20 de Octubre, á su paso por el Guapinol, aldea de Cuajiniquilapa, fué traidoramente sorprendido por una emboscada de asesinos carreristas. Le hicieron estos algunos disparos, muriendo el ayudante de Morazán, Juan Estévan Milla, que iva á su lado. Los asesinos huyeron y Morazán continuó tranquilo su marcha.

El Presidente entró á la capital á fines de Octubre del mismo año de 1838.

Hallábase al frente del Gobierno, por renuncia de Valenzuela, el Consejero don Mariano Rivera Paz, quien salido del seno del pueblo, se unió á los serviles, conspiró con ellos y llamó á Carrera contra los liberales, como se verá más adelante.

Las facciones habían tomado incremento y los horrores cometidos por ellas hacían estremecer á serviles y liberales.

Parece que en los angustiosos días de Octubre de 1838, un pensamiento común dominaba á la sociedad guatemalteca, y era el de destruir á Carrera. ¿Y quién sino Morazán era capaz de una obra tan humanitaria?

Pero si el partido servil deseaba la destrucción de Carrera, no era para que continuase en vigor el sistema democrático que Morazán sostenía. Así pues, él pensó unirse al Presidente y trabajar con él contra Carrera; pero seduciéndolo antes y haciéndolo cambiar de política y de ideas.

Si Morazán hubiese sido como Arce, como Rivera Paz y como algunos de nuestros presidentes que con posterioridad nos han gobernado, se habría convertido en un verdadero ultramontano, arrojándose en brazos de los serviles. Estos, aún ántes de que el caudillo liberal llegase á Guatemala, fijos en la idea de convertirlo á sus principios y erigirlo en dictador, y creyendo muy fácil realizar este pensamiento, presentaron una solicitud á la Asamblea, firmada por muchos vecinos, para que se depositase en Morazán el mando de los cuatro Departamentos que habían quedado unidos, autorizándolo ampliamente para que emplease en la defensa común todos sus elementos. Esta solicitud está firma

da por el Vicario Capitular don Antonio Larrazabal, recalcitrante *neto*, como se diría ahora, y uno de los más fervientes aduladores de Carrera.

Favorecían las miras del partido servil, las difíciles circunstancias que el país atravezaba y el cambio político que en los demás Estados de Centro-América había venido operándose. Los emigrados de 1829 habían vuelto en su mayor parte, merced á un Decreto de amnistía general.

Morazán se vió, pues, rodeado de todos sus enemigos, y acaso habría caído en el lazo que se le tendíera, si su perspicacia no le hubiese hecho ver el fondo de la trama. Todos los nobles, los clérigos y los más acérrimos enemigos del Presidente le rodearon, tributándole mil elogios. Se le obsequió en casa del hondureño don Pedro N. Arriaga, servil que tomaron como instrumento para proponer la dictadura al caudillo liberal, pero todo fué inútil.

"El General Morazan,—dice Barrundia don José F.— había aparecido en Guatemala para calmar las facciones y combatir á Carrera. El orgulloso partido se arrastró entonces á sus pies, lo recibió en triunfo, lo cubrió de flores, lo aduló hasta el fastidio, lo festejó y rodeó asiduamente, sufrió constante el desdén merecido á su bajeza y le pidió encarecidamente destruyera á los liberales, hiciera abolir las instituciones y aceptar la dictadura. Esta solicitud inaudita, esta adulación al hombre que detestaban en el fondo de su alma, que los había vencido, humillado y reprimido severamente, no tuvo más efecto que la vergüenza de los aduladores y caracterizar su abyección infame bajo todos los partidos."

Si Morazan hubiese aceptado la dictadura, haciendo recaer sobre los propios serviles todo su rigor ¿se habría salvado? Creemos que no; en primer lugar, los serviles se hubieran aprovechado del mismo poder omnímodo ofrecido á Morazán, para desprestigiarle y dividirle de los liberales, en cuyo caso ellos habrían sido siempre dueños de la situación. Barrundia, Molina, Escobar y todos los que derrocaron á Gálvez ¿sostendrían á un dictador? Y luego un cambio tan vergonzoso ¿era propio del vencedor de Gualcho? ¿De qué serviría á éste sostenerse en el mando sobre un trono de crímenes? ¡Ah! Morazán no ha sido tan grande en Gualcho, San Antonio, Charcas, etc., como en estos momentos aflictivos, en que prefiere luchar sólo, contra las tempestades que iban á descargarse sobre su cabeza, antes que empañar su reputación y su ilustre nombre, con el odioso título de dictador. No sé que autor ha dicho: "un gran genio se hace admirar; pero un gran

corazón se hace querer." Tal nos sucede á nosotros: Morazán nos inspira una admiración profunda y un vivo y sincero afecto; entre tanto que otros hombres al mismo tiempo que nos deslumbran por su genio, nos son odiosos por su carácter. Entre Washington y Napoleón hay una diferencia que á nadie se oculta. ¡Y sin embargo, ambos son grandes!

Morazán rechazó, como hemos dicho, las ofertas de los serviles, y aun que estos quedaron disgustados, continuaron prodigándole mil elogios por su conducta liberal. Después de esta última negativa, el Presidente expidió el Decreto de 24 de Octubre por el cual declara que Guatemala se halla bajo el réjimen militar.

"Estos momentos,—dice el Doctor Montúfar, (R. H.)—coinciden con la abierta pugna del conciliábulo servil, compuesto de don Pedro y don Juan José Aycinena, don Manuel Pavón y don Luis Bátres, contra el Presidente de la República y coincidian con la idea dominante de este conciliábulo de triunfar por medio de Carrera."

Los serviles que no habían podido seducir á Morazán, se propusieron educar á aquel faccioso para arrojarlo contra los liberales y destruir las instituciones democráticas. Con este fin, se pusieron en relación con los facciosos é hicieron que invadiesen los Departamentos de Santa Ana y Aguachapán, para llamar por estos puntos la atención del Presidente. Este marchó en el acto contra los facciosos y Carrera evacuó el territorio salvadoreño, pasando á Chiquimulilla, donde Morazán en convinación con el Coronel Carballo, le batió y derrotó completamente, haciéndole gran número de prisioneros, entre los cuales se hallaban los sacerdotes Aqueche, Girón y Aguirre. (1)

Mientras Morazán sofocaba en el Estado salvadoreño algunos desórdenes promovidos por la reacción fanática, después de la acción de Chiquimulilla, Carrera acosado por el General Guzmán, que al frente de una división de los Altos, había acudido al socorro de Guatemala, se veía próximo á rendirse. Pero el valiente Guzmán que se hallaba inspirado en los consejos de don Manuel Pavón, lejos de concluir para siempre con las hordas inhumanas que cortaban las orejas y los cabellos á las mujeres después de violarlas, entró en tratados con ellas.

Guzmán obraba de buena fé, siguiendo los consejos del servil Pavón, que le había dicho que hiciera la guerra á Carrera "por medios políticos y morales más bien que con las armas." (2) Esto

---

[1] "R. H."

(2) Biografía del Señor Pavón, escrita por don José Milla.

aconsejaba el que pocos días antes ofrecía á Morazán la dictadura: ¿podrá creerse que obraba el señor Pavón con sinceridad?

Guzmán y Carrera celebraron en 23 de Diciembre del mismo año de 1838, el tratado llamado del "Rinconcito," por el cual este debía continuar de Comandante en Mita, reconociendo al Gobierno y entregando las armas, lo que jamás cumplió.

Por segunda vez Carrera quedó en posisión de obrar contra el Gobierno, que le dió de nuevo un puesto militar, acaso llevando adelante la resolución del conciliábulo de que nos habla Montúfar.

Tal fué el resultado de aquella larga y penosa campaña, tal el castigo impuesto al hombre cuya cabeza se había puesto á precio pocos meses antes, según estas ridículas palabras del boletín oficial del 16 de Junio: "Ofrecimiento que se cumplirá religiosamente.—La persona ó personas que entregen al criminal Rafael Carrera, vivo ó muerto, si no se presenta voluntariamente, acogiéndose al último indulto, se le premiará con mil y quinientos pesos, en dinero efectivo, entregados al momento, y dos caballerías de tierra en el distrito que elija el aprehensor."

He aquí, pues, cómo se hacían infructuosos los esfuerzos y sacrificios de Morazán por pacificar el Estado. Estas inconsecuencias, estas contradicciónes en la política de los guatemaltecos, esas arterías del servilismo y devilidad de los liberales, no podían ménos de desagra larle. Sin embargo, volvió á Guatemala y apesar de la abierta pugna de los serviles, convocó la Asamblea ordinaria.

Este Alto Cuerpo se instaló el 30 de Enero de 1839 y el mismo día se expidió el Decreto en que hace cesar en el ejercicio del Poder Ejecutivo al Consejero Rivera Paz. Este fué un golpe para los serviles, pues como ya hemos dicho, Rivera se hallaba de acuerdo con ellos y en relaciones con Carrera. (1)

En el mismo Decreto se nombra á don Carlos Salazar para que sustituya en el mando á Rivera. Este nombramiento fué fatal para los liberales, pues Salazar, aunque leal á su partido, era de carácter débil é indeciso y no supo ponerse á la altura de las circunstancias. Muy pronto los serviles, con su táctica acostumbrada le rodearon, le adularon y le engañaron como á un niño.

Morazán teniendo que atender á todo, volvió al distrito federal. Entre tanto Salazar colocó al frente de los cuerpos militares

---

[1] "R. H."

á jefes de la aristocracia y los propios agentes de Carrera se sentaron á su mesa. Bien pronto vio este Jefe los resultados de su complacencia.

XVIII.

Morazán había perdido la confiianza en Salazar: veía que en Guatemala, centro del servilismo, se preparaba un golpe mortal contra la Federación: que Honduras y Nicaragua, en medio de tantos trastornos, se habían separado del pacto federativo y celebrado alianzas secretas con el *Consejo de los cuatro.*

Gobernaba el pueblo hondureño el General Francisco Ferrera, ultramontano exaltado y enemigo del sistema federal.

Había, pues, en los tres Estados una conflagración general contra Morazán y su partido. Esto le decidió á disolver las fuerzas de Guatemala, antes de partir, llevándose una cantidad considerable de fusiles. (1)

Para mayor conflicto, Morazán había cumplido su segundo período presidencial y dejado el mando en poder del Vice-Presidente Vijil. El pudo retener la presidencia: pero esa medida de hecho, era muy ajena é sus principios.

El Doctor Montúfar dice—"honor hace á la memoria de aquel ilustre General el que no se le haya podido arrojar del mando, en medio de una conflagración general contra la unidad Centro-Americana y contra su persona."

Ciertamente que es muy honroso, para el héroe cuya vida bosquejamos, el haberse sostenido en el mando, sin apelar jamás á esas medidas violentas y tiránicas, á que suelen recurrir los mandatarios, cuando han perdido el prestigio de los pueblos; y sin haber tampoco abandonado á su partido en días asiagos, débil y miserable recurso de los cobardes, que para sostenerse tambien, no vacilan en apostatar de sus principios. ¡Honor, sí, al héroe

(1) Los serviles afirman que si Carrera entró á Guatemala, fué porque el Estado se hallaba indefenso por haberse llevado Morazán las armas. ¿Por qué entonces, dieron á Carrera los 2, 000 fusiles que en 1829 escondieron en las bóvedas? ¿Por qué dieron á Carrera los 1,000 fusiles que los Altos tenían en Belice? Carrera no necesitaba de otras armas para entrar que el concúrso decidido del partido servil y la suma sonfianza del Jefe del Estado, Salazar, quien era un valiente en el combate, pero débil en la política.

de quien dice Marure, que en medio de lo espinoso de las circunstancias, supo mantener la respetabilidad del mando, haciéndolo al mismo tienpo *suave y apetecido de todos.*

Pero lo que más honra á Morazán, lo que le hace verdaderamente grande, es la abnegación sublime con que, después de dejar la presidencia el día mismo que se cumpliera su segundo período, se coloca al frente del Ejército, para resistir los ataques de un partido poderoso é implacable. Y no se diga que él podía engañarse respecto de la situación; y no se diga que el puesto de Comandante del Ejército podía ofrecerle mesquinos alhagos, pues bien se vé cuán grande era la exaustés de la Hacienda Publica y los peligros que amenazaban á los liberales. El podía retirarse al seno de su familia, restañar allí sus heridas, volver á la calma que necesitaba después de tantos años de incesantes fatigas: pero no creyó cumplida su misió, el partido liberal de que era Jefe, estaba destrozado y perseguido, la Federación, su sueño más hermoso, casi deshecha. Por esto renuncia á su bien estar, olvida sus intereses, su familia que le llama, y desafiando la tempestad que se desploma sobre su cabeza, conquista en vez de riquezas, en vez de goces y placeres que alhagan la materia, la corona luminosa y bendita de los mártires.

XIX.

El servilismo triunfante en Nicaragua, hace invadir el Salvador de acuerdo con Honduras y Guatemala.

Pero Morazán derrota á los invasores y les obliga á evacuar el territorio.

Entonces se levanta un ejército de más de 1,500 hombres compuesto de hondureños y nicaragüenses, que al mando del General Francisco Ferrera, invaden de nuevo por San Miguel.

Morazán llama a sus veteranos que le rodean sin hacerse esperar. Reune 600 hombres bien equipados, y generales como Cabañas, Rivas, Saravia, Benites, Lazo, etc., que habían inmortalizado su nombre en cien combates.

El General Morazán marcha hacia San Miguel, finge que va á disputar á Ferrera el paso del Lempa, le engaña por medio de marchas y contramárchas y el día 5 de Abril de 1839, ocupa la hacienda del "Espiritu Santo."

A las seis de la tarde del, mismo día, Ferrera lleno de confianza

en el número de sus fuerzas ataca las guerrías que Morazán había hecho destacar. Estas hacen fuego en retirada, replegándose al grueso del Ejército. Los aliados avanzan y atacan á los salvadoreños por los flancos, luego por el centro. La noche pliega sus alas y en medio de la oscuridad, los combatientes de una y otra parte se confunden. Ferrera hace esfuerzos inauditos por decidir el combate; pero envano, su infantería retrocede al empuje violento, irresistible de la reserva, que con Morazán al frente, le ataca y le rechaza. Envano Ferrera hace avanzar su caballería, pues esta se estrella inútilmente contra los corrales de piedra que sirven de fortificaciones á los salvadoreños. Al fin Ferrera, comprendiendo que la oscuridad de la noche entorpece sus maniobras, retrocede decidido á esperar el día. Los aliados se dividen en dos columnas, ocupando dos pequeñas colinas situadas al frente de Morazán. Esta retirada, verificada en buen órden hizo comprender á Morazán, que si bien el enemigo había retrocedido, se hallaba dispuesto á emprender de nuevo el combate. Además, la posición del ejército aliado era ventajosísima. Morazán recorre su campo y ve que el ejército se halla completamente desorganizado y disminuido en una tercera parte. El escuadrón de caballería se había estraviado con su Comandante, los heridos en número considerable se hallaban confundidos con los muertos: entre estos últimos el valiente General Benites que en aquella jornada encontró gloriosa muerte. Morazán al reconocer su campo, comprendió que estaba perdido si no empleaba la astucia. Era imposible que al día siguiente no le atacase Ferrera, con más ardor aún al ver las pérdidas considerables que había sufrido. Entonces concibió uno de esos planes que asombran por la audacia y valor que se requieren para llevarlos á cabo. Llamó en el acto al General Rivas y le ordenó que hiciera emboscar una parte de la fuerza en un cerrito cercano á la hacienda. Esta órden fué cumplida en el acto. A las tres de la mañana, Rivas volvió con la otra parte de las fuerzas y replegó á los emboscados, alistándolos para el combate. En esos momentos Morazán y Cabañas con una pequeña partida de tropa, se introducen en el espacio que mediaba entre los dos cerritos, ocupados por los leoneses y los hondureños que se habían dividido como hemos dicho. La oscuridad de la noche no permitió que los aliados descubriesen las fuerzas de Morazán y del General Cabañas, sino hasta el momento en que estos dos jefes con la intrepidez que acostumbraban, atacaron por derecha é izquierda. La sorpresa de los aliados fué momentánea y sin reflexionar, se lanzaron hondureños contra leoneses y se empeñaron en un combate formal, entre tanto que

Morazán y Cabañas, seguidos de unos pocos soldados, se replegaban al cerrito donde Rivas permanecía emboscado. Morazán y Cabañas fueron heridos en la refriega, y entre tanto que se curaban en el cerrito donde se hallaba Rivas, oían el fuego de la fusilería de los aliados que se destrozaban mútuamente, creyendo batirse con los salvadoreños. Antes de rayar el alba los hondureños retrocedieron y fueron arrojados por los leoneses, precisamente hacia el punto ocupado por Rivas. Entonces Morazán, al frente de sus denodados guerreros, se arroja contra aquellos desgraciados, les ataca por retaguardia y les hace volver caras y confundirse con los leoneses. Todo fué en aquel momento confusión y desórden en el Ejército de Ferrera, que al amanecer de aquel memorable día, se puso en precipitada fuga, sin pensar en salvar á sus heridos, que en número considerable, quedaron en el campo, entre trescientos diez y nueve cadáveres. Morazán prodigó á los heridos toda clase de cuidados y dió libertad y dinero á los prisioneros, á quienes arengó antes. Éstos respondieron con gritos de "Viva Morazán" y muchos de ellos engrosaron sus filas.

"La batalla del Espíritu Santo —dice Montúfar,—es una de las páginas más gloriosas de la historia del Salvador. El triunfo del 6 de Abril de 1839 nadie lo podrá empañar. Los serviles decantarán el triunfo obtenido por ellos en la Arada; pero jamás podrán mancillar el heroísmo, la disciplina y admirable valentía de los salvadoreños, en los campos gloriosos del Espíritu Santo."

Hemos dicho que la caballería de Morazán se había extraviado la noche anterior. Así fué: toda ella se dispersó y su Comandante con dos ó tres dragones, creyendo derrotado á Morazán, entró precipitadamente en San Salvador, produciendo allí su relato, una alarma que á poco se desvaneció con el parte del triunfo. Fué entonces que el célebre Doctor Pedro Molina, noble y venerable anciano, cuya suerte se hallaba estrechamente unida á la de Morazán, escribió en medio del júvilo estos memorables versos:

Se realza mucho y no es nada,
El triunfo de Morazán;
Los que quieran lo creerán:
Fué una mística alborada.
Un cura y un sacristán, (1)
Fingieron allá un espanto
De que se espantaron luego,
Y fué que en lenguas de fuego
Bajó el Espíritu Santo.

(1) Ferrera fué sacristán antes de ser soldado, según se dice.

XX.

Entre tanto que Morazán agregaba nuevos laureles á su frente, en el campo del Espíritu Santo ¿que pasaba en Guatemala? Carrera, instado por los serviles, se había vuelto á pronunciar contra el Gobierno, celebrando tratados con Ferrera, cuya derrota acabamos de referir. (1)

Casi se allaba en las puertas de la Capital cuando llegó la noticia del triunfo de Morazán.

El momento era oportuno para los liberales y pudieron aprovecharlo dando un golpe á los serviles: pero el Jefe Salazar con su eterna indicisión, no quizo oír los consejos de sus partidarios. Bien pronto pagó su devilidad, pues Carrera llamado por los nables que casi publicamente conspiraban, entró á la Capital el día 13 de Abril de 1839, diez años después de la toma de aquella plaza por Morazán. Entonces los liberales tuvieron que huir á salto de mata, como vulgarmente se dice, para librarse de las hordas salvajes, que jamás habrían triunfado si ellos no se hubiesen dividido.

Puesto Rivera Paz en el mando, expidió el 17 del mismo Abril el célebre Decreto en que se declara disuelto el pacto federal. La obra de los serviles estaba pues, consumada: ya no existía la federación, ya no había más que cinco pedazos débiles, pequeños, espuestos á las humillaciones extranjeras y sujetos á las leyes del mas fuerte. ¡Vergüenza eterna para la aristocracia centro-americana, que desde 1821 trabajó sin descanso contra la patria, hasta verla destrozada y envuelta en sangre de sus hijos! ¡Dolor eterno para los liberales que no supieron mantener su triunfo! El espectáculo que presenta Centro-Améria dividida, es risible y doloroso; pero talvez no esta lejano el día en que veamos ondear el pabellón que el 2 de Abril del año próximo pasado, ostentaban su hermosura en los campos de Chalchuapa.

Reanudemos el roto hilo de nuestra historia.

El Salvador debía elejir en estos días un Jefe, y Morazán fué electo popularmente. Morazán aceptó con la esperanza de reconstruir la República. Pero los serviles, que odiaban de muerte al Jefe que durante diez años había sostenido la nacionalidad, levan-

(1) Memoria que presentó el Consejero Jefe Rivera Paz, á la Asamblea C. en Mayo de 1839.

taron enérgicas protextas contra las elecciones, tachándolas de ilegales, y se armaron para llevar la guerra al Salvador. Morazán, sólo, iba á luchar contra Guatemala, Honduras y Nicaragua. El Estado de los Altos se hallaba dispuesto á ayudarlo en esta cruenta lucha contra los serviles. Estos pensaron entonces en desorganizarlo y á tal efecto comenzaron á maquinar, hasta que llegase el momento de emplear la fuerza. Siempre astutos y arteros, celebraron tratados hasta con el Salvador: tratados que muy pronto hicieron pedazos.

La guerra no tardó en reaparecer. Ferrera deseoso de obtener el desquite, levantó un nuevo ejército de 1300 hombres y se dispuso á invadir por segunda vez el Salvador.

Al mismo tiempo Carrera, con objeto de protejerlo, llamando la atención de Morazán, se situó en la frontera del río de Paz, con 1200 hombres. Bien pronto dió este Jefe á conocer su planes, haciendo circular una proclama impresa el 8 de Setiembre, en la cual exita á los salvadoreños á la revolución y colma de injurias al venerable de Gualcho. Este, por medio de su Ministro, General José Miguel Saravia, reclamó á Guatemala, por una violación tan patente del tratado de amistad y alianza, que un mes ántes se había firmado. Pero el Ministro de Guatemala, don Joaquín Durán, contestó: "La sangre del caudillo adorado de los pueblos, (Carrera) ha sido recogida por ellos que juran á gritos vengarla: el Gobierno privado por esta perfidia, hasta de la facultad de estimarlos, no puede ya hacer otra cosa que seguir su suerte y corresponder á la alta confianza que han puesto en él."

Ya todos sabemos, que la sangre del tal *caudillo adorado*, fué vertida en la escaramuza que él mismo preparó, á fin de robarse cierta joven salvadoreña que se hallaba en Atescatempa, y que logrado el rapto, lo atribuyó á fuerzas del otro Estado, para tener pretexto para hacer la guerra. (1)

Ferrera invadió de nuevo el Salvador, llegando sin dificultad hasta Suchitoto, con una fuerza de 2000 hombres, compuesta de hondureños y nicaragüenses.

Morazán, con solo 300 hombres, salió fuera de la capital para organizar sus fuerzas; pero no había llegado al referido pueblo, cuando el 16 de Setiembre, recibe la noticia de que una nueva facción salvadoreña se había sublevado, tomando presa á su esposa é hijos. Los comisionados que tal noticia le dieron, agregaron á nombre de los facciosos, que si no prometía dejarles el mando, su familia sería acuchillada. Al oír esta amenaza, Morazán que podía

(1) Véase la Reseña Histórica.

había temblado en medio del fragor de las batallas, no pudo dejar de estremecerse; pero dominando su justa impresión, respondió con voz firme, estas palabras que bastan por sí solas para inmortalizarlo: "Los rehenes que mis enemigos tienen, son para mí sagrados y hablan muy alto á mi corazón: pero soy el Jefe del Estado y mi deber es atacar. Pasaré sobre los cadáveres de mis hijos, escarmentaré á los rebeldes, y no sobreviviré un momento á tan horrible desgracia."

Dió órden de marcha, y ántes de que los comisionados hubiesen tenido tiempo de dar cuenta de su horroroso mensage, la victoria coronaba los esfuerzos del que merece figurar, por este hecho, al lado del héroe de Tarifa, como dice Montúfar.

La familia de Morazán fué libertada, y los asesinos huyeron despavoridos.

El 22, Ferrera ocupa Suchitoto y seguro de la victoria, expide un *ultimatum*, en que pide que se declaren nulas las elecciones hechas para Presidente en favor de Morazán: que este y el Presidente del que aun continuaba llamándose Gobierno general, desocupen San Salvador dentro de 24 horas, señalándoles el punto donde debían recidir. Estos son los principales artículos. Morazán que conocía perfectamente el carácter de los centro-americanos y que había visto en muchas ocasiones los prodigios de valor que sabe producir el patriotismo, hizo publicar el ultimatum de Ferrera. Los salvadoreños creyeron ofendido su amor patrio, sintiéronse heridos en lo más vivo de su alma y se reunieron á Morazán en número de 600. Entre ellos había muchos veteranos de Gualcho y del 13 de Abril de 1829. Morazán les arenga recordándoles las jornadas más gloriosas, y ellos al oír los nombres memorables de la Trinidad, Gualcho, San Antonio, Espíritu Santo, etc., se enardecen y aprestan al combate. Morazán sale al encuentro de Ferrera y este ocupa las alturas de San Pedro Perulapán. Morazán se dirige hacia aquel punto á marchas forzadas, y el día 25 de Setiembre, antes de rayar el alba, llega al frente del ejército enemigo.

Morazán no puede contener el entusiasmo de las tropas, en consecuencia da la órden de ataque, y aquellos valientes, se lanzan contra el enemigo que resiste á pié firme, sin abandonar sus posiciones. Bien pronto el combate se generaliza y antes de dos horas, el ejército aliado comienza á retroceder.

El valiente General Rivas, al frente de la vanguardia salvadoreña, se lanza hasta confundirse con el enemigo y cae herido de un bayonetazo, para levantarse envuelto en una nube de humo y continuar peleando.

Morazán, la frente erguida, la mirada centellante, como el genio

que brilló en Austerlits y Marengo, recorre incesantemente la línea de su ejército y aparece donde quiera que es necesaria su presencia, para animar al soldado y señalarle el camino de la gloria. Ferrera, herido también, huye con algunos oficiales, y todo el ejército se desbanda y abandona el campo. Solo un batallón de Yoro se sostiene parapetado en la iglesia, único testigo indiferente de aquella escena sangrienta. Por las ventanas de su campanario, envuelto aun entre las brumas de la noche, brotan ráfagas de fuego.

Lazo, Ciero, Del Río y Cordero, logran llegar hasta él y á sus esfuerzos se debe que el enemigo lo desaloge, dejando en poder del vencedor gran número de prisioneros. El sol iluminó aquel cuadro sangriento, donde se presentaron á los ojos de los vencedores más de doscientos cadáveres y como cien heridos. Al toque de diana se oían los gritos de "viva Morazán, viva el pueblo salvadoreño, muera la aristocracia."

Este triunfo, más glorioso acaso que el del "Espíritu Santo," debía ser el precursor de nuevas y sangrientas luchas, promovidas por los serviles que no descansaron hasta clavar su garra pertináz en todos los ámbitos de Centro-América.

XXI.

Honduras, sin respeto ninguno á los tratados, había invadido el Salvador por segunda vez, aliada con Nicaragua. Guatemala para protegerlas, llamando la atención de Morazán por la frontera, situaba fuerzas á la orilla del Paz, al mando del General Carrera, quien exitaba á los pueblos á la rebelión por medio de proclamas incendiarias. El Salvador tenía pues un derecho perfecto para invadir cualquiera de aquellos tres Estados. Además, la paz de los salvadoreños exigía la desaparición de Carrera y de los serviles de la escena política, y la reorganización de la República Centro-Americana no podría llevarse á cabo, mientras ellos dominasen la situación; porque con subterfugios y maquinaciones de todo género, impedían la reunión de los convencionados que debían tratar de tan delicado asunto. No era Morazán, como los serviles afirmaban, un obstáculo á la reconstrucción de la Nacionalidad, sino por el contrario, el más ardiente defensor de la Federación, y he aquí precisamente la causa del odio que aquellos le tenían.

Morazán, con la mira de mudar de un solo golpe la faz de Centro-América y de operar un cambio radical semejante al de 1829,

se propuso invadir Guatemala, para lo cual contaba con el apoyo de los Altos, donde se encontraban Barrundia, Gálvez, Rivera Cabezas y otros muchos de los liberales, que perseguidos por Carrera en 13 de Abril de 1839, se habían visto obligados á pedir hospitalidad á aquel Estado.

Los serviles de Guatemala, comprendiendo la alianza que existía entre el Salvador y los Altos, trataron de desorganizar á este último, enviando emisarios que sublevasen á los indios, al mismo tiempo que engañaban, por medio de una política maquiavélica, al Jefe del Estado don Marcelo Molina. (1) Pero viendo que sus maquinaciones no daban de una vez los resultados que se prometían, llamaron á Carrera, quien se preparó á invadir el territorio altense, cuando el Jefe Rivera Paz, "protextaba solemnemente, que no se atentaría contra los derechos de este Estado." Carrera no tardó en marchar al frente de sus fuerzas, expidiendo una proclama en que aseguraba que el objeto de la espedición, era perseguir á los enemigos públicos de Guatemala: (2) pero sin amenazar ni á la independencia ni á las autoridades de la nueva República. Todos sabemos ya como cumplieron los serviles esas promesas. En 15 días, Carrera disolvió todas las autoridades, é hizo desaparecer el Estado de los Altos, del número de los pueblos soberanos, reincorporándolo al de Guatemala.

Es imposible leer sin horror, los crímenes verificados por Carrera en la ciudad de Quezaltenango, donde fusiló á casi toda la Municipalidad, después de recibir el dinero que el tirano pidió como precio de su rescate. "Yo no puedo,—dice el señor Molina en la exposición citada,—detener mi memoria ni mi corazon en esta escena de inaudita barbarie, que aun despedaza mi alma, ni sobre la agresión del inerme pueblo, por los asesinatos, saqueo y violencia á las mujeres." Y en otro párrafo dice: "La historia del desaparecimiento de los Altos, es la de perfidias, la de iniquidades y la de atentados de parte de los conquistadores. La fuerza sometió aquel Estado; la fuerza quiere arrancar los votos quepalíen la violencia; y la intriga ha eludido la reunión de una Representación Nacional que juzgue, porque su fallo sería de libertad para aquellos pueblos."

Jamás opinaremos por la independencia de los Altos, si esta no es un medio eficaz para llevar á cabo la Unión Centro-Americana.

---

(1) Véase la exposición dirigida por el señor Molina á la Convención Nacional, é impresa en Méjico en 1841.

(2) Los enemigos de Guatemala, para él, eran los liberales que vivían bajo la protección de las leyes de los Altos.

Los que trabajan por la realización de aquella idea, ó son demasiado incáutos ú obran de mala fé. La división de Guatemala en dos Repúblicas independientes, creemos que sería, no solo el principio de una sangrienta guerra civil, sino el de la muerte total de nuestra patria. ¿Qué provechos recogerían los Departamentos de los Altos con su erección en pueblo soberano? Quedarían á merced de cualquier vecino poderoso, que no tardaría en *hacerles sentir los beneficios de su desinteresada protección*. Nosotros no culpamos, pues, á los serviles por haber reincorporado los Altos á Guatemala: los culpamos por los medios inícuos, atroces, de que se sirvieron para llevar á cabo aquel fin. Reprobamos los asesinatos, los robos, las violaciones cometidas por Carrera sin necesidad alguna. Y más que todo, reprobamos el despotismo que fué causa de que aquellos pueblos buscasen su salvación en su independencia.

Nos hemos detenido en esta aciaga época de nuestra historia, porque los sucesos referidos, tienen íntima relación con lo verificado por Morazán. ¿Qué confianza podía inspirar á los salvadoreños ni al Presidente, un gobierno como el de Rivera Paz, dominado al capricho de un déspota sin ejemplo? La destrucción de los Altos hizo comprender á los salvadoreños lo que debían esperar, si Carrera invadía su territorio. La guerra se hacía, pues, necesaria: ya no se trataba solamente de reconstruir la Nacionalidad, se trataba de la propia defensa, se trataba de la propia conservación, amenazada por Carrera. Muy justificado se encuentra, por lo mismo, el General Morazán, quien al invadir Guatemala, no hizo sino cumplir con el deber que su cargo de Presidente del Salvador le imponía, y con el deseo de reconstruir la patria Centro-Americana.

Con el objeto de llamar la atención de Honduras y poder operar libremente en Guatemala, había enviado con anterioridad al General Cabañas, quien por una coincidencia fatal acababa de sufrir una derrota en el lugar llamado "El Potrero." Morazán no contaba, pues, con ningún apoyo, y sólo, sin mas recursos que los que pudiera reunir en el Salvador, iba á emprender una lucha titánica contra Guatemala, Honduras y Nicaragua aliadas.

En los primeros días de Marzo de 1840, reunió un ejército de 900 hombres divididos de esta manera: cuatro secciones de 200 infantes cada una, y una caballería compuesta de 100 dragones. La primera sección de cazadores venía al mando de los Tenientes Coroneles Ignacio Pérez y Mariano del Río, guatemaltecos. La segunda al del Coronel Domingo Asturias y Mariano Prado, también guatemaltecos. La tercera al de Ignacio Malespín, salvadoreño y la cuarta al de Antonio y Bernardo Rivera Cabezas, guatemaltecos; comandando la caballería, los Tenientes Coroneles José An-

tonio Arias y Manuel Angel Molina, tambien guatemaltecos. Se ve, pues, que el pequeño ejército de Morazán, con el cual venía á invadir Guatemala, se hallaba mandado en su mayor parte por guatemaltecos, lo cual pone de manifiesto el prestigio de aquel caudillo y la honrosa confianza que este tenía en sus leales compañeros de armas.

En los primeros días del mes de Marzo citado, atravesó Morazán la frontera, ocupando el 16 del mismo el lugar llamado "Corral de piedra." La aristocracia guatemalteca, á la vista del gigante que durante diez años había pisado sus falsos títulos, no pensó sino en esconderse en el interior de los conventos.

El Jefe Rivera Paz, dictó decretos imponiendo penas severas á los que no acudiesen á tomar las armas. El mismo día expidió una proclama llamando al pueblo en defensa de su religión, y este pueblo, engañado como en 1826 por los serviles y por sus sacerdotes, acude en número de 2,000 hombres á reforzar la guarnición numerosa que existía en la plaza. Las campanas de los templos sonaban de una manera lúgubre, anunciando un gran peligro y por todas partes se hacían circular los rumores que tan buenos resultados dieron á los serviles cuando la batalla de Arrazola. La situación, como se vé, era distinta á la de 1829. Ya no estaban allí los liberales para auxiliar á Morazán. Este había perdido su prestigio entre las masas fanáticas que le creían hereje y envenenador de las aguas. Los curas habían vuelto á dominar al pueblo por medio del fanatismo. Este pueblo no veía en Carrera al enemigo de la civilización y del progreso, sino al angel encargado de salvarle. ¿Cómo no había de ser así cuando el mismo Arzobispo decía en una carta dirigida á Carrera desde la Habana, con fecha 21 de Julio de 1839 y publicada en esta Capital en el mismo año: "El Señor parece ha designado á Ud. para que redima de la opresión y de la impiedad á los pueblos de Guatemala, así como designó al Macabeo para que redimiera á Israel. Del cielo bajó la inspiración que movió á Ud. para hacer una resistencia al parecer desesperada y del cielo bajaron también los socorros para adelantar su empresa, hasta el estado presente....."(1)

Era, pues, muy natural que el pueblo ignorante y fanático acudiese á rodear á Carrera para oponerse al impío Morazán.

---

[1] Es digna de leerse esta carta del señor Obispo Casaus, por lo cual la insertamos al fin de este trabajo. Ella pone de manifiesto la liga del clero y de los serviles contra los liberales y disculpa á estos por haber arrojado á aquellos del país.

¡El pastor predicaba á sus obejas la santidad del lobo, para hacerlas caer entre sus garras!

Si nos detenemos en estas consideraciones, es porque no faltan ultramontanos que suspiren porque la iglesia recobre su predominio sobre el Estado; y porque creemos que 16 años de independencia absoluta entre esos dos poderes, no han bastado para extraer de las sombras del fanatismo á una gran parte de nuestro pueblo, y es necesario repetir continuamente á este sus desgracias, enseñarle quienes son los autores de sus infortunios, para que así comprenda cuan perniciosa influencia pueden ejercer en su ánimo los que, á nombre de Dios, no vacilan en cometer toda clase de crímenes.

La capital de Guatemala fué fortificada apresuradamente como en 1829, y Carrera, con una gran parte de sus fuerzas, se situó en la hacienda de Azeituno, á fin de realizar un plan de defensa combinado con los serviles.

El dia 17 por la noche, Morazán ocupó el llano de la Culebra y Villa de Guadalupe y al amanecer del 18 entró á la capital por el Guarda de Buena Vista. En seguida dividió sus fuerzas, tomando posiciones de esta manera: el General Cabañas con una división de infantería y toda la caballería, ocupó las alturas del Calvario y las inmediaciones de la Plaza de Toros. Una parte del escuadrón de caballería marchó al Cerro del Cármen, á fin de inspeccionar á Carrera, cuyo movimiento de avance hácia la Capital habia sido notado.

Morazán marchó hacia el Hospital de San Juan de Dios donde colocó el tren. Luego avanzó hasta el Santuario y mientras tanto que el General Rivas asaltaba la plaza mayor por la calle del Cuño, él permaneció en la plazuela de Guadalupe, á la espectativa de Carrera.

Las fuerzas de la plaza, al mando de don Vicente Cruz, hacen una vigorosa resistencia; pero al cabo de dos horas retroceden hasta la Catedral y luego hacen fuego en retirada. Rivas ocupa la plaza apoderándose de una gran cantidad de pólvora, plomo, armas y toda clase de municiones almacenadas en el Palacio. Se ha dicho que intencionalmente se desocupó la plaza para negar á Morazán la gloria de haberla tomado por asalto en dos horas; pero yo pregunto: si este era el plan de Carrera ¿por qué dejó en el Palacio tanto elemento de guerra? ¿A qué militar se le ocurre abandonar una plaza fortificada, dejando en ella todos los elementos suficientes para que el enemigo se defienda?

Nosotros creemos que Carrera pensaba reunir en Azeituno todos sus montoneros y ya con una fuerza numerosa, acudir á

atacar á Morazán antes de que este hubiese ocupado las trincheras: para esto Carrera debe haber contado con que la resistencia de las tropas que dejó en la ciudad, se prolongaría por largo tiempo. Mas sea como fuere, no podemos negar que el plan de Carrera dió el resultado que los serviles esperaban.

Morazán, vencedor por el momento y previendo acaso que muy pronto sería batido por nuevas fuerzas, se dirijió en el acto á las prisiones y puso en libertad á algunos liberales que se hallaban encerrados en inmundas masmorras. Entre ellos se encontraba el General Guzmán á quien Carrera tenia preso desde la destrucción de los Altos. Entre tanto Carrera llega de Azeituno y le ataca repentinamente por dos puntos: el Calvario y el Hospital. Don Vicente Cruz á la vanguardia de sus tropas, reforzadas con las de Carrera, ataca á Cabañas en la Plaza de Toros. La acción fué sangrienta y dilatada. Los salvadoreños hacen esfuerzos sobrehumanos; pero les es imposible resistir y al fin se replegan hacia el Calvario donde Morazán les apoya. Al mismo tiempo Sotero Carrera ataca el Hospital y lo toma, apoderándose del tren salvadoreño que había quedado allí. El General Cabañas y Morazan hacen esfuerzos inauditos por rechazar á los guatemaltecos; pero Carrera, cuyo valor y audacia no pueden hoy ponerse en duda, hace cubrir todas las bocacalles y animando á sus tropas con su intrepidéz y con su ejemplo, carga con energía digna de mejor causa.

Morazán es atacado por todas partes, por tropas más numerosas que las suyas; y al fin se ve obligado á retroceder hasta el recinto de la plaza. El combate generalizado completamente, se prolonga durante todo el día y el vencedor de Gualcho, que no ha perdido ni por un momento la serenidad que le es habitual, espera la noche para romper el sitio. A las seis de la tarde, hora en que las tropas de Carrera habían avanzado á distancia de dos cuadras de las trincheras, manda este suspender el ataque y su ejército á una voz, entona la *salve regina*. Entonces los salvadoreños no pudieron ménos de estremecerse, pues al oír aquellas voces que llenaban el espacio, conocieron que eran más de cinco mil los guatemaltecos. Realmente, las filas de Carrera aumentadas durante todo el día con los campesinos de los pueblos inmediatos, no bajaban de aquella suma, aunque no todos estaban armados de fusiles.

Para mayor ventura de los serviles, Carrera se apoderó, como hemos dicho, del parque que Morazán había dejado en el Hospital y así pudo prolongar el ataque durante la noche. El sitio se fué estrechando hasta llegar los guatemaltecos á media cuadra de las fortificaciones de la plaza, desde donde lanzaban sus gritos de "viva el Arzobispo, viva la religión, mueran los hereges;" gritos

que contestaban los salvadoreños con los de "mueran los chapines, muera la aristocracia, viva San Salvador, viva la libertad." Estos gritos ponen de Manifiesto los móviles á que cedían aquellos valientes soldados, que desafiaban la muerte sin temblar. Los guatemaltecos creyendo defender su religión, creyendo servir á su Dios, no son ménos intrépidos y abnegados que los salvadoreños defendiendo la libertad.

No culpamos, pues, por esta jornada gloriosa para ambos ejercitos, pero al mismo tiempo desastrosa y de consecuencias funestas para Centro-América toda, sino á los ultramontanos, á los retrógrados que disfrazando el motivo de la guerra, encendiendo en el corazón de los montañeces guatemaltecos el fanatismo y la pasión localista, les arrojan sin reparo á la matanza, mientras tanto que ellos ¡cobardes! desde el fondo de los claustros escondidos, oyen las detonaciones del arma fratricida.

A eso de las tres de la mañana Morazán de órden de que los insultos no se contesten y de que los fuegos se hagan más lentos á fin de no agotar el parque. En seguida reune sus jefes y oficiales más distinguidos y les consulta. En este consejo se hallaban Rivas, Cabañas, Gonzáles Saravia, Lazo, Rivera Cabezas y otros muchos valientes. Todos ellos decidieron que era necesario salir antes del amanecer, pues de lo contrario estaban perdidos; ¿cómo romper aquella línea compacta que les cercaba á semejanza de un anillo de hierro? La situación era espantosa; más de 300 entre muertos y heridos se hallaban fuera de combate. Con 500 hombres que próximamente habían, muchos de ellos inutilizados por la fatiga, no podían romper aquella línea de más de 5,000. ¿Y como salvar á aquellos valientes salvadoreños que quedaban, de una muerte segura?

Carrera era hombre que no daba cuartel á nadie, ellos habían visto en otros tiempos las mujeres sin orejas y sin cabellos, víctimas del faccioso. En esos instantes verdaderamente críticos, un pensamiento horroroso acudió á la mente de algunos. Uno de ellos dijo: "tomemos los barriles de pólvora que hay en Palacio, enterrémoslos en las bóvedas de Catedral y cuando Carrera esté en la plaza fusilando á nuestros soldados, hagámosla volar como una bomba." Algunos aceptaron esta idea y se dirigieron á ponerla en práctica; pero Morazán que no había perdido la calma ni su bondad natural, les detuvo diciéndoles "que abandonasen aquel pensamiento criminal hijo solo de la desesperación, pues un hecho semejante,—agregó,—no es digno de unos valientes como ustedes que pelean por la libertad de la patria." En seguida mandó arrojar al estanque de la plaza, doscientos barriles de pólvora que había en Palacio, inutilizándola así para él y para sus enemigos.

Después de esto reunió á todos los jefes y oficiales que se hallaban montados y los armó de lanzas, organizando como se pudo una caballería para poder salir. A esas horas los salvadoreños apenas contestaban el fuego de los guatemaltecos, obedeciendo las órdenes que Morazán había dado en ese sentido con objeto de que los sitiadores no notasen su salida. A las cuatro de la mañana Morazán hizo concentrar en la plaza más de cuatrocientos infantes, dejando unos pocos entre trincheras para contestar de una manera viva los disparos del enemigo, á fin de engañarle y se puso con Cabañas al frente de la caballería, que salió por la calle de Guadalupe. La infantería iba á la retaguardia, con el General Rivas á la cabeza. Todas las calles se hallaban cubiertas por los guatemaltecos, apostados tras de los balcones y en los tejados de las casas de ambos lados de la calle.

Al llegar á la esquina de la que ahora es imprenta de "El Progreso," la caballería se dividió en dos filas al mando de Morazán una, y al de Cabañas la otra. Aquel tomó á la derecha y éste á la izquierda, rompiendo con su empuje violento, irresistible, aquellas masas compactas de hombres que se oponían á su paso, y logrando de esta manera abrir aquellas calles cuajadas de gente, volvieron caras en el acto, para practicar igual maniobra en la cuadra siguiente.

Así fué como escapó la infantería salvadoreña, que de otra suerte habría perecido en poder de sus contrarios. Los estragos producidos por la caballería fueron espantosos. En cada encuentro con los guatemaltecos, una lluvia de balas la cubría, y en medio de las densas nubes de humo, desaparecían los combatientes; pero los caballos avanzaban sobre cadáveres, heridos y contusos, rompiendo con sus cascos los cráneos de los hombres.

Al llegar al santuario de Guadalupe, Morazán ya no encontró obstáculo alguno, y no viéndose perseguido pudo seguir en buen orden, saliendo fuera de la ciudad por la garita del Incienso. En medio del desórden en que quedaban los guatemaltecos, Rivera Cabezas, Manuel Angel Molina y otros cuantos valientes que habían quedado con unos pocos soldados sosteniendo el fuego, lograron escapar y algunos se incorporaron al ejército. Sin embargo quedaron aún muchos heridos que no fué posible salvar. Como desde las tres de la mañana apenas contestaban el fuego los salvadoreños, cumpliendo con las órdenes de Morazán, los guatemaltecos creyeron que aun continuaban ocupadas las trincheras; pero á los primeros fulgores del día, las saltaron viendo entonces que solo quedaban muertos y heridos. Entre los últimos se encontraban algunos jefes que fueron fusilados, entre estos el Coronel Antonio

Arias, Miguel Sanchez, Joaquín Perez, Mariano del Río, Salvador Padilla y Maximiliano Argüello cirujano que quedó en la calle de Guadalupe por haberle matado su caballo al salir.

Durante todo el día 19, las hordas de Carrera, enfurecidas, se entregaron á los mayores desórdenes, fusilando á cuantos se les antojó. El número de muertos salvadoreños asciende á más de cuatrocientos inclusive los fusilados; y el de heridos, á ciento veinte. De estos últimos muy pocos salvaron de la ferocidad de Carrera. Prisioneros quedaron como 200, inclusive los heridos.

No puede ménos de horrorizarnos la ferocidad de los serviles en esta ocasión. Apenas supieron que la plaza había sido tomada, aparecieron en las calles todos los nobles que habían estado escondidos en los conventos. "Se abrazaban,—dice Montúfar,—dándose cordiales enhorabuenas, y bendiciendo á señor San José:"—era 19 de Marzo.—En aquellos momentos creían que Morazán estaba prisionero ó había muerto; el padre Viteri, después Obispo del Salvador, les sacó de aquel error con estas palabras que don Mariano Aycinena escuchó estremeciéndose: "se escapó Morazán." Aycinena preguntó: "¿Y no se le persigue?" Viteri dijo: "Salió desde las cuatro de la mañana, ya es difícil cojerlo." El ánimo de los serviles en aquellos momentos decayó. En esos instantes una persona se acercó y dijo: "se escaparon Cabañas, Saravia y Rivas; ¡se han ido los principales!" Desde aquel momento solo se pensó en vengar en los que habían quedado la salvación de los ausentes."

Al mismo tiempo que los repiques anunciaban el triunfo de los serviles y que todos los frailes lo celebraban, se oían las descargas que hacían las hordas de Carrera fusilando á los prisioneros y heridos. A cada una de esas descargas, el mismo individuo que en 1837 recomendaba al General Guzmán "que hiciese la guerra á Carrera por medios políticos y morales, más bien que con las armas," decía ahora: "¡Bien, bien, cosecha de pícaros!" Otro servil tan religioso como este, al ver el cadáver del valiente Coronel José Antonio Arias, dijo contemplándole con ódio: "¡Cuánto nos atacó ayer este canalla!"

Pero nos cansaríamos refiriendo las muestras de impiedad con que estos hombres hicieron ver el 19 de Marzo de 1840 que al mismo tiempo que invocan la religión y la moral á cada paso, ofenden á Dios, hollando sin temor hasta lo más sagrado, lo más respetable y digno de veneración como son los cadáveres. Los serviles, después de su triunfo calumniaron á Morazán, en el parte que ellos mismos escribieron á nombre de Carrera, puesto que este no sabía leer ni escribir; pero la historia se ha encargado de desmentirlos y de poner en claro la verdad.

Carrera, después de hacer muchas fusilaciones y asesinatos, siguió las huellas de Morazán que llegó á la Antigua, descansó tres horas y continuó su marcha. Carrera pudo atacarle y no lo hizo. ¡El gigante vencido espantaba aún á los pigmeos!

XXII.

Morazán salió del Estado por la costa, llegó á los llanos de Aguachapán y al saber que cerca de esta ciudad se hallaban algunas fuerzas dispuestas á batirle, manda al General Cabañas al frente de los 400 hombres que le quedan. Este se lanza á atacar y al grito de "Viva Morazán" los insurrectos huyen abandonando el campo.

Al llegar á San Salvador, Morazán reune un consejo de vecinos notables, y estos interpretando la opinión pública, le dicen que deje el mando. Morazán comprendió que le sería imposible detener el torrente revolucionario. Guatemala, Honduras y Nicaragua unidas iban á invadir el Salvador, pretextando que su objeto era arrojarlo de la presidencia; entonces se decidió á expatriarse, colocando en el puesto á que le habían elevado los pueblos, al Consejero Antonio José Cañas. De esta manera creyó evitar al Salvador la guerra y sus calamidades.....

.....

.....

Al rayar el alba del día 5 de Abril de 1840, precisamante un año despues de la gloriosa batalla del "Espíritu Santo," se balanceaba en el puerto de la Libertad la Goleta Izalco.

La playa estaba colmada de gente y en la mar se veían algunas lanchas cruzando el espacio que mediaba entre la tierra y la embarcación próxima á partir.

Hombres, mujeres y niños agitaban sus pañuelos y sus manos como diciendo adios á una persona querida. Algunos de los espectadores sollosaban tristemente. Otros creyendo que la Goleta iba á zarpar ya, decían "no: todavía no; es muy pronto."

Esta escena duró como dos horas. Las brumas de la noche se despejaron y á los primeros fulgores del día, se vió la última lancha que volvía de la Goleta trayendo algunos pasajeros.

¿Quién era el viajero que así atraía tanta gente al puerto? Era Morazán.

Sobre cubierta estaba el héroe rodeado de sus amigos. Allí se hallaban el Vice-Presidente Vijil, Miguel Alvarez Castro,el dulce y sentido poeta migueleño, cuya biografía nos ha dado en el número 5 de "El Civismo" el Ldo. don Mariano Michéo; Generales José Miguel Saravia, Isidro Menendez, Carlos Salazar, Máximo Orellana, Nicolás Angulo, Trinidad Cabañas, Enrique Rivas, Gerardo Barrios, Felipe Molina, José Molina, Manuel Irungaray, Antonio Rivera Cabezas, Bernardo Rivera Cabezas, José María Silva, Máximo Cordero, Antonio Lazo y el noble anciano don Pedro Molina, con tres ó cuatro personas más. Todas estas iban á acompañar en su destierro al ilustre Jefe del partido liberal.

La Goleta estremeciose anunciando su marcha. Entonces todos aquellos valientes y leales ciudadanos comenzaron á agitar sus pañuelos contestando los adioses á sus amigos de la playa.

El Dr. Molina, el venerable y bondadoso anciano que no abandonó jamás á Morazán, dirigió sus ojos llenos de llanto hacia la playa y dijo tristemente: "Adios!.....Quiera el cielo que algún día vuelva á pisar estas hermosas playas".....Morazán, que sehallaba junto á él, volvió el rostro hácia otro lado para ocultar su emoción. En aquellos momentos resonó el cañonazo que anuncia la partida, y la Goleta, rompiendo las olas, partió velozmente para desaparecer bien pronto ante los ojos de los espectadores .....

.....

.....

La Goleta Izalco fondeó en Puntarenas y el General Morazán pidió hospitalidad al Jefe de Costa-Rica don Braulio Carrillo, pero este la negó, permitiendo no obstante á algunos de los prófugos que desembarcasen. El Dr. Molina, cuyos achaques le impidieron continuar con Morazán, fué con sus hijos á recidir á San José. Algunos imitaron su ejemplo como los Rivera, y los demás siguieron á Morazán que se dirigió á la América del Sur.

Morazán, con sus leales amigos, fijó su residencia en David, (Nueva Granada,) desde donde dirigió á los centro-americanos un manifiesto con fecha 16 de Julio de 1841, en que se leen estas palabras que el ex-Marquéz de Aycinena debe haber leído estremeciéndose: "Ni el oro del río Guayepe, ni las perlas del Golfo de Nicoya, volverán á adornar la corona del Marquéz Aycinena, ni el pueblo centro-americano verá más esta señal oprobiosa de su antigua esclavitud; pero si alguna vez brillase en su frente este símbolo de la aristocracia, será el blanco de los tiros del soldado republicano."

En David publicó también aquella parte de sus memorias que han visto la luz pública y que escribió él mismo para desvanecer las calumnias de sus enemigos, que como Arce, Montúfar y Aycinena, mojaron su pluma en el veneno de la injuria, para desgarrar el corazón del más grande de los centro-americanos. Estas memorias son la historia viva desde 1821 hasta 1829. En ellas realza la dulzura del carácter de Morazán, quien contesta los cargos que le hacen sus enemigos con un lenguaje comedido, digno y suave. En ellas se exhibe su autor como un gran patriota, como ameno é imparcial escritor, y como ilustrado publicista.....

.....

Morazán pasó con sus compañeros al Perú, donde se le recibió con inusitada pompa en el Palacio de los Incas. El Mariscal Gamarra y los Generales Bermudez y Echenique, le rogaron que aceptase el mando de una considerable división del ejército que debía operar contra los chilenos. También le ofrecieron un Ministerio; pero él rehusó modestamente, aceptando solo algunos recursos para volver á su patria, á fin de empeñar una nueva campaña contra la teocracia estendida por toda Centro-América.

XXIII.

Centro-América se hallaba dominada por el clero y por los nobles. Las leyes liberales de 1829, fueron sustituidas por las del año de 1826. Todo el sistema político cambió por completo, y la oligarquía imperaba en este desgraciado país.

Los serviles habían pretextado que Morazán era la causa de que la Nacionalidad no se reconstruyese. Morazán desapareció de la escena política y entonces se ratificó la disolución del pacto federal. La Convención Nacional de 1841, fué, como todas las de su género, una ridícula farza.

Costa-Rica se hallaba á la sazón gobernada por don Braulio Carrillo, quien se había erigido en Dictador perpetuo, no reconociendo más ley que su capricho.

Carrillo era cruel, intransigente, autocrático. Los costarricenses lo odiaban y estaban dispuestos á derrocarlo en la primera oportunidad. Muchos de los liberales de este Estado llamaron á Morazán, así como el gran número de partidarios que aún tenía en toda la República.

Morazán no se hizo esperar, y se embarcó para la Unión á donde llegó con 22 jefes y oficiales. Reunió allí 200 hombres, luego se dirigió á Acajutla, llegando hasta Sonsonate. Se enteró de la situación del Estado y se puso en relación con sus principales partidarios. Sus amigos le presentaron varios planes; pero alucinado con las cartas de los costaricenses, que le llamaban, se embarcó de nuevo con dirección á la isla de Martín Pérez, en el Golfo de Fonseca, donde organizó una fuerza de 500 hombres. "Su escuadra se componía de cinco buques: el Cruzador, la Asunción Granadina, la Josefa, la Isabel II y el Cosmopolita. Sus Generales eran Saget, Saravia, Cabañas y Rascón."

El 7 de Abril, esta flota ancló en el puerto de Caldera, desembarcando el ejército nacional sin dificultad.

Al tener noticia Carrillo del desembarque de Morazán, expidió un Decreto llamando á los costaricences á las armas; pero estos que deseaban vivamente la caída del tirano, no acudieron con la prontitud que él deseaba. Al fin logró organizar 700 hombres que marcharon al mando del Coronel Vicente Villaseñor.

Morazán expidió una proclama y los costaricenses no disimularon su alegría.

Villaseñor se aproximó á Morazán con sus fuerzas; pero al llegar á la Aldea del Jocote, arengó á sus tropas diciéndoles: "Costaricenses: la suerte del Estado está en vuestras manos: el General Morazán asegura que desea el órden, el progreso, la libertad y que aspira á que de la escena pública desaparezca don Braulio Carrillo, cuyo gobierno vosotros habeis experimentado. Nuestras fuerzas son superiores á las que trae el ex-Presidente de Centro-América. Decid si se da la órden de ataque ó si se hace un tratado de paz." Los jefes y oficiales contestaron: "que se haga un tratado." Así recibieron los costaricenses á Morazán, con los brazos abiertos y sin disparar un solo tiro, como los franceses á Napoleón 1.° á su vuelta de la isla de Elva. Villaseñor habia ido á atacar á Morazán y abrió sus brazos al héroe de Gualcho.

El 11 de Abril, Morazán y Villaseñor, con todos los jefes y oficiales de ambos ejércitos, hicieron un convenio por el cual debia establecerse un Gobierno provisorio al mando de Morazán, y convocarse una Asamblea Constituyente. Este convenio fué ratificado por el propio Carrillo, que vió que no contaba con ningún partidario. La opinión pública estaba contra él. ¡Merecido premio con que los pueblos pagan á los tiranos!

Morazán entró en San José al frente de un ejército compuesto, en su mayor parte, de costaricences: allí se le recibió con muestras

de un júbilo extraordinario y las autoridades y el vecindario todo, le aclamaron como á su salvador.

"Los triunfos de Gualcho, San Antonio, San Miguelito, Charcas, Guatemala, Olancho, Opoteca, Espíritu Santo, Perulapán, los debió Morazán á su pericia militar; el triunfo de Costa-Rica se lo debió á su nombre, á su prestigio, á su crédito y al odio que abrumaba á Carrillo."

XXIV.

Morazán, al hacerse cargo de la Presidencia de Costa-Rica, nombró Ministro General, al Brigadier don José Miguel Saravia, ilustre guatemalteco que como legislador, como militar y como amigo, fué siempre útil á su Jefe.

En el acto dió un Decreto de amnistía general, abriendo las puertas del Estado á todos los centro-americanos sin distinción de clases ni de partidos.

Nombró una junta para revisar las leyes de Carrillo y derogó todas aquellas que estaban èn desacuerdo con la equidad y con los progresos de la ciencia. Luego, convocó una Asamblea Constituyente y esta lo nombró por unanimidad, Jefe provisorio del Estado. Este Alto Cuerpo decretó honores en favor de Morazán declarando que se llamaría "Libertador de Costa-Rica." El Jefe liberal, que como hemos dicho, era modesto, se negó á publicar ese Decreto; pero la Asamblea lo compelió á hacerlo.

Bajo su mando Costa-Rica tomó un impulso rápido hácia el progreso y los pueblos que, después de la tiranía de Carrillo, gozaban de todas sus garantías, se hallaban contentos y satisfechos. Morazán no lo estaba. El quería reconstruir la Nacionalidad, fijo en esta idea, no pensaba en otra cosa. Si había marchado á Costa-Rica, no era porque ambicionase la Jefatura de este Estado, sino porque creía facil levantar allí un ejército, dirigirse á los centro-americanos y auxiliado por ellos, establecer la unidad de la patria basada en una constitución que no tuviese los defectos de la de 1824.

A tal efecto, la Asamblea le invistió de facultadas extraordinarias, y usando de ellas, levantó un ejército, perfectamente equipado. Arreglado su plan de campaña, se proponía realizarlo cuando surgieron algunas dificultades. Los costaricenses no esta-

ban de acuerdo con Morazán. Ellos le habían recibido en sus brazos para librarse de Carrillo, estaban satisfechos con ser gobernados por él, pero no querían salir de su patria para empeñarse en una guerra cuyos resultados eran oscuros. Por otra parte, la Nacionalidad estaba desacreditada á los ojos de ese Estado, que siempre se distinguió por su política de aislamiento y separación. Fué, pues, grande la renuencia de los costaricenses para agregarse á las filas del ejército nacional. Si á esto se agregan algunos desórdenes producidos por las tropas del Salvador, se verá que Morazán se hallaba sobre el cráter de un volcán que no tardaría en producir una catástrofe. De todos esos elementos de desórden combinados, se aprovechaba el partido separatista, que estaba en relaciones con Carrera y con los nobles de Guatemala. Este Estado al saber los sucesos de Abril de 1841, cerró sus relaciones con Costa-Rica, imitándolo el Salvador y Honduras. Nicaragua amenazaba la frontera para mayor conflicto, por el lado del Guanacaste.

La situación de Morazán era en extremo peligrosa, pero no lo conoció; fijo en los vastos planes que había concebido, absorta su mente en una idea, la Nacionalidad, y pensando solo en realizarla, no vió que estaba á los bordes de un abismo. Morazán recibe partes del Comandante del Guanacaste en que se le asegura que las fuerzas nicaragüenses, se hallaban prontas á invadirlo. Esto le obligó á reclutar algunas tropas, lo cual descontentó aun más á los josefinos.

Un episodio sangriento, la muerte del General Rivas, Jefe de la vanguardia del ejército expedicionario y el fusilamiento de Manuel Angel Molina, aumentó el desórden y contribuyó á la horrible catástrofe que condujo á la tumba al caudillo de la Nacionalidad.

Manuel Angel Molina, por una cuestion de puros celos, reune en el pueblo de Bagaces unos cuantos soldados y se dirige al Guanacaste, donde se hallaba su jefe Rivas, quien según la creencia de Molina, había impedido su matrimonio con una jóven llamada Josefa Elisondo, por favorecer á Eduvijes Guiyén, oficial del ejército que también la pretendía. Molina ataca á Rivas la noche del 2 de Agosto de 1842, y en la refriega, este queda muerto lo mismo que el oficial Guiyén. Molina, convertido en criminal por la fiebre de los celos, no huye ni se resiste á sus aprehensores. Este delito, á todas luces, merecía la muerte según las leyes militares. Molina era Coronel y Rivas su General y su Jefe. ¿quien podrá negar la legalidad con que Molina fué fusilado? Sin embargo, Mo-

razán pudo salvarlo y debió haberlo hecho, en recompensa de los inmensos servicios prestados á la patria por el Dr. Pedro Molina, padre de aquel desventurado joven. Pero Morazán no escuchó entonces más voz que la de su deber, y Manuel Angel fué fusilado en Puntarenas, después de ser juzgado y condenado por un Consejo de Guerra. Este episodio doloroso conmovió de una manera violenta los ánimos, pues Molina tenía un gran prestigio.

Los serviles y separatistas aprovecharon equella ocación, y el 11 de Setiembre, el Jefe de las fuerzas de Alajuela, que se habían reclutado para custodiar una cantidad de pólvora y otros pertrechos que Saget debía embarcar para la expedición nacionalista, dió el grito de isurrección, instado por los enemigos del General Morazán, que pocos meses antes había sido recibido con arcos triunfales.

Don Florentín Alfaro, Jefe insurrecto, marcha hácia San José con cerca de 400 hombres; los barrios se conmueven y estalla la revolución. Los insurrectos buscan un jefe y don Antonio Pinto, en cuya casa se reunían los principales enemigos de Morazan, se pone á su cabeza. Morazán es atacado en un cuartel donde apenas tenía una guardia de 40 salvadoreños. Esta guardia heróica, digna de los tiempos de Leónidas, rechazó tres veces el ataque, pero aumentadas las fuerzas de Pinto á más de 1000 hombres, tuvo que retirarse al cuartel principal, quedando muerto el valiente Coronel J. Antonio Lazo, y heridos José Antonio Ruiz, hijo natural de Morazán y algunos oficiales. El fuego continuó por la noche con menos viveza. Al día siguiente, 12 de Setiembre, Morazán, Cabañas, Saravia y Cordero, al frente de 80 hombres, sostuvieron un nuevo combate. Durante todo este día las filas de Pinto se aumentaron hasta el número de cinco mil. Morazán estaba perdido. El furor de los sitiadores aumentaba de momento en momento. Los víveres faltaban; la esposa de Morazán con algunos de sus hijos, había sido presa al atravezar la calle en medio de un fuego mortífero. Angulo se hallaba también arrestado; de ninguna parte podían llegar recursos. En esos instantes el Capellán Antonio Castro fué enviado al cuartel para hacer proposiciones á Morazán. Castro le propuso una capitulación ofreciéndole garantías para su persona y para sus intereses, con tal de que saliese del país. Pero el vencedor de Gualcho no había capitulado jamás: creyó que con aquel acto de debilidad mancharía sus glorias militares y rechazó las proposiciones de Castro. Este sacerdote llegó con los insurrectos y les dijo que Morazán estaba empeñado en derramar la sangre costaricense, lo que irritó más al pueblo.

El 13 de Setiembre Morazán apenas contaba con un puñado de valientes, que de una manera heróica resistieron aquel combate desigual, muertos de hambre, de sed y de fatiga. No tenían esperanza alguna de auxílio. Saget no llegaba nunca, no obstante que Morazán le había prevenido que cuando dejase de recibir noticias suyas acudiese con su fuerza á San José. Angulo estaba preso, Mayorga había sido derrotado y dejado de ser amigo de su Jefe. Para desconcertar más á los sitiados, Morazán cayó herido y bañado en sangre. Pero el héroe tenía un temple de acero y continuó peleando como si la muerte fuese su única esperanza. En esos instantes el Capellán Castro y don Juan Mora se presentaron en el campo de los sitiados, suspendiéndose el fuego entre tanto. De nuevo hicieron proposiciones á Morazán, de nuevo le ofrecieron la seguridad de respetar su vida y sus intereses á trueque de que se rindiera. Pero todo fué inútil. Las condiciones eran depresivas y Morazán las rechazó. ¿Que le importaba la vida si había de manchar sus laureles? Antes que todo estaba su honra.

¡Cuán admirable debe haber parecido á los costaricenses el valor heróico de aquel puñado de hombres, solo comparables con los defensores de las Termópilas!

El 14 de Setiembre entre una y dos de la mañana se rompió de nuevo el fuego, que había cesado por algun tiempo y de nuevo tambien aquellos héroes rechazaron las masas que los acometían. Pero de repente se oyó una voz desesperada, espantosa, que hizo estremecer los corazones—"parque, se acaba el parque, es necesario economisarlo." Esta fué la señal de "sálvese quien pueda." Entonces aquel grupo de valientes, se lanzó desesperado, rompiendo la gruesa fila de los sitiadores.

Morazán que no perdía nunca su serenidad, pensó dirijirse á Tárcoles, en cuyo camino creyó que debía encontrar al General Saget. Pero Villaseñor y otros jefes le disuadieron esta idea, induciéndolo á que se dirigiese á Cartago. ¡Oh! si Morazán hubiese escuchado solo la voz de sus consejos, acaso se habría salvado; pero parece que el ángel de la fortuna que hasta entonces le había guiado en el sendero del triunfo, le abandonaba ya.

Envueltos en las sombras de la noche aquellos héroes rendidos por el hambre, por la sed, por la fatiga, se dirigieron á Cartago.

Entretanto que Morazán y Villaseñor huían, Cabañas sostenía el fuego en retirada, con unos veinte ó treinta salvadoreños. Al llegar á Cartago, Morazan tuvo otra idea salvadora: quiso esperar á su hijo que con Cabañas y Saravia venía á la retaguardia, pero Villaseñor en quien parece que se había reencarnado el des-

tino, le hizo reflecciones y lo convenció de que debían ir á casa de Mayorga, para buscar allí un cirujano que le vendase y le curase la herida que estaba sangrando. La intención de Villaseñor era muy sana y muy laudable su cuidado por Morazán pero esto les perdió. Mayorga, cuya derrota ignoraba Morazán, recibió al ilustre huesped en su casa; pero temeroso de perder su fortuna si le protegía, salió el mismo á dar parte de que Morazán y Villaseñor estaban allí alojados. ¡Así manchó aquel miserable su frente, con el estigma eterno de la traición! Su esposa mas digna que él, avisó á los fugitivos del peligro que les amenazaba. Morazán y los suyos montaron á caballo para huir; pero era demasiado tarde, pues la casa estaba cercada, y en el acto fueron prehendidos.

Saravia y el hijo de Morazán llegaron cuando este se hallaba preso y se entregaron espontaneamente.

¡Cuanto contrasta la honradéz, la lealtad, la abnegación del General Saravia, con la prefidia, la traición y la cobardia del Coronel Mayorga!

En aquella noche fatal del 14 de Setiembre, el destino había de valerse de medios extraordinarios para consumar la ruina del que, durante 14 años de incesantes peligros, había sido el hijo mimado de la fortuna. A la traición de Mayorga, siguió la del español don Buenaventura Espinach. Este temía que á la llegada de Cabañas los muchos partidarios que aún tenía Morazán en Cartago, le protegiesen y le salvasen. Para evitarlo acudió con Morazán y ofresiéndole que su vida no correría ningún peligro, le pidió una órden para que Cabañas entregase las armas y otra para Saget que estaba en Putarenas. Trató de convencerlo de que su situación se agravaría si Cabañas promovía un nuevo rompimiento. Pero Morazán no cayó en el lazo que el malvado le tendiera; y este, sin órden alguna, corrió al encuentro de Cabañas, á quien convenció de que Morazán había huido por el camino de Matina y que debía disolver sus fuerzas. Cabañas lo hizo así y cuando llegó á aquel pueblo, sólo, se le hizo prisionero. El judas había logrado su objeto.

Morazán, Saravia y Villaseñor, estaban presos en un mismo sitio. El día 15 al amanecer, se presentó un oficial para ponerles grillos. Ante aquella humillación espantosa, el joven Saravia prefirió la muerte. Primero quiso tomar una pistola y dispararla en su cabeza; Morazán se lo impidió; pero mientras ponían á este las esposas, el leal y valiente joven, apuró un veneno que llevaba oculto, según se dice, entre la plancha de un anillo. Cuando el

verdugo le remachaba los instrumentos de tortura, Saravia cayó con una convulción y su cadáver quedó asegurado. Así terminó su brillante carrera, á la edad de 38 años, uno de los más ilustres de los más valientes y de los más leales amigos de Morazán.

Villaseñor quiso seguir el ejemplo de Saravia y cuando el oficial se dirigía á él para ponerle los grillos, sacó un puñal, se dió una herida y cayó bañado en sangre. La estocada era grave pero no mortal. El verdugo le vendó la herida y después le puso los grillos. Solo Morazán, con la sublime resignación de un mártir, presentó sus piés y sus brazos, enrojecidos con su propia sangre, para que lo atasen como se ata á los malvados.

XXV.

Desde el momento en qne Morazán cayó preso, sus enemigos comenzaron á trabajar en el ánimo de Pinto para que en el acto fuese trasladado á San José y fusilado. Entre estos enemigos se hallaban don Luz Blanco y el joven secretario de Pinto, Vicente Herrera, de triste celebridad. (1) Al fin estos lograron ahogar las voces de algunas personas honradas, que pedian se procediese con calma y legalidad y la órden de traslación se ejecutó el mismo día 15. Morazán fué conducido á caballo y Villaseñor en una hamaca. Pero Al llegar á cierto punto donde les esperaba una fuerza armada, se obligó á desmontar á Morazán, quien acompañado de Pardo y de Vijil, entró á San José en medio de un inmenso gentío. Era el XXI aniversario de nuestra emancipación política. Al recordarlo Morazán dijo á Vijil: "¡Con qué solemnidad celebramos la Independencia!" zarcasmo que envuelve un doloroso reproche contra aquel pueblo versátil, que le asesinaba el día mismo en que debiera haberse entregado á la celebración del mas grandioso de nuestros acontecimientos políticos. Una inmensa muchedumbre rodeaba á los prisioneros. Morazán no veía en torno más que semblantes horribles que revelaban el odio y el deseo de venganza, ni escuchaba otras vocez que las amenazas é imprecaciones de aquel populacho ébrio y trastornado por las más innobles pasiones. Sin embargo, no le abandonaron un instante la calma y serenidad que le eran habituales. Con la frente levantada al cielo, los ojos resplandecientes, la sonrisa de los justos en los labios,

[1] Véase su Biografía. R. H. pág. 649. tomo 3.°

volvía á todas partes su rostro tranquilo como desafiando con su serenidad la tormenta que bramaba sobre su cabeza.

Entre tanto luchaban al lado de Pinto, unos porque se juzgase á Morazán, otros para que se le fusilase en el acto. Herrera hizo valer en este último sentido todo su pernicioso ingenio, aduciendo cuantas razones pudo, hasta que Pinto, ahogando la voz de su conciencia y la de muchas personas honradas, dictó la órden de muerte. Morazán y Villaseñor la oyeron con calma. Y entonces, en medio de los soldados, y á la vista de aquel pueblo enfurecido, Morazán dictó á su hijo, con voz clara, segura y perceptible, su testamento, en el cual, como dice Barrundia, se ve diáfana el alma, noble, tranquila y generosa, del héroe que descendia á la tumba. Ese testamento dice así:

"San José, Setiembre 15 de 1842, día del aniversario de la Independencia cuya integridad he procurado mantener.

"En nombre del Autor del Universo en cuya religión muero.

"Declaro que soy casado y dejo á mi mujer por única Albacea.

"Declaro que todos los intereses que poseía míos y de mi esposa, los he gastado en dar un Gobierno de leyes á Costa-Rica, lo mismo que diez y ocho mil pesos y sus réditos que adeudo al Sr. General Pedro Bermúdes.

"Declaro que no he merecido la muerte porque no he cometido más crímen que dar libertad á Costa-Rica y procurar la paz de la República. Por consiguiente mi muerte es un asesinato tanto más agravante, cuanto que no se me ha juzgado ni oído. Yo no he hecho más que cumplir las órdenes de la Asamblea en consonancia con mis deseos de reorganizar la República

"Protexto que la reunión de Soldados que hoy ocasiona mi muerte, la he hecho únicamente para defender el Departamento del Guanacaste, perteneciente al Estado amenazado, según las comunicaciones del Comandante de dicho Departamento, por fuerzas del Estado de Nicaragua. Que si ha tenido lugar en mis deseos el usar después de algunas de estas fuerzas para pacificar á la República, solo era, tomado de aquellas que voluntariamente quisieran marchar, porque jamás se emprende una obra semejante con hombres forzados.

"Declaro que al asesinato se ha unido la falta de palabra que me dió el comisionado Espinach de Cartago, de salvarme la vida.

"Declaro que mi amor á Centro-América muere conmigo. Exito á la juventud que es llamada á dar vida á este país, que dejo con sentimiento por quedar anarquizado, y deseo que imiten mi ejemplo de morir con firmeza, antes que dejarlo abandonado al desórden en que desgraciadamente hoy se encuentra.

"Declaro que no tengo enemigos ni el menor rencor llevo al sepulcro contra mis asesinos: que los perdono y les deseo el mayor bien posible. Muero con el sentimiento de haber causado algunos males á mi país, aunque con el justo deseo de procurarle su bien y este sentimiento se aumenta por que, cuando había rectificado mis opiniones en política en la carrera de la revolución y creía hacerle el bien que me había prometido para subsanar de este modo aquellas faltas, se me quita la vida injustamente.

"Quiero que este testamento se imprima en la parte que tiene relación con mi muerte y los negocios públicos."

"*Francisco Morazán*"

Después de firmado este testamento, Morazán conferenció algunos momentos con don Mariano Montealegre, entregándole un pañuelo y algunos otros objetos para que los llevase á su esposa. En seguida se esforzó en alejar á su hijo que se empeñaba en morir con él, y cuando lo hubo retirado, se preparó para marchar al suplicio. ¡Quien no se conmueve al referir esta escena dolorosa! ¡Y sin embargo, aquellos de los enemigos de Morazán que estaban allí presentes, la contemplaban con la sonrisa del júvilo en los lábios!

Morazán marchó con paso firme y seguro: al llegar al cadalzo abrazó á Villaseñor y le dijo: "Querido amigo: la posteridad nos hará justicia," y pasándole la mano por la frente, le ordenó los cabellos con la solicitud de un hermano. En seguida,—dice Barrundia—mando preparar las armas, se descubrió, mando apuntar, rorrigió la puntería, dió la voz de fuego y calló. Aún levantó su cabeza sangrienta y dijo: "estoy vivo." Una nueva descarga lo hizo espirar.

¡Así murió, el XXI aniversario de nuestra Independencia, el más grande, el más valiente, el más noble, el más generoso, el más ilustre de los defensores del pueblo Centro-Americano para renacer en la vida de la Historia que le consagra páginas inmortales!

XXVI.

Después de la muerte del General Morazán, no se volvió á intentar de buena fé la reconstrucción de la Patria, pues el despotismo ejercido por el bando triunfante, alejaba toda consiliación

con el otro. Guerras crueles y sangrientas continuaron fomentando la rivalidad de los Estados y léjos de desarraigarse los vicios primitivos, se arraigaron más y más cada día.

La eterna noche del oscurantismo, esa noche de 30 años, convirtió á Centro-América en un sepulcro, para enserrar en él toda idea noble, toda aspiración generosa y elevada. Y siempre que se manifestó algún pensamiento innovador, fué pronto sofocado por las maldiciones del clero y el látigo de los tiranos.

Guatemala, con razón llamada la pequeña Roma, fué convertida en un vasto monasterio, donde solo se escuchaban los destemplados cantos que supo inspirar el jesuitismo; jamás las armoniosas notas que hace brotar el amor á la libertad y á la patria.

Empero la simiente del bien, regada con la sangre de Morazán y de otros ilustres próceres, no estaba del todo muerta. Ella, aunque lentamente, fué brotando y venciendo las dificultades. Llegó el hermoso día del 71, y aparecieron los primeros frutos. Entonces se inició una época distinta: el torrente revolucionario arrazó todo lo viejo; la reforma política no fué infructuosa por que á la par se hacia la reforma social: el pueblo fué elevado, la nobleza abatida, el clero derrocado más que con el ostrasismo, con el formidable ariete de la instrucción pública; y hoy, la palabra religión, empleada para levantar ejércitos, ni conmueve á las masas ni despierta el entusiasmo.

Retrógrados y separatistas, reaccionarios y fanáticos: temblad si pretendeis hacer retrogradar al pueblo centro-americano; por que el impulso está dado y no es ya posible volver atrás. Ni los tormentos de las bartolinas, ni la perspectiva del cadalzo, podrán entibiar ese fuego sagrado que hace arder los corazones juveniles y aún aquellos ya helados por la nieve de los años, cuando se escuchan estas mágicas palabras: "Libertad, Unión." Sobre las ruinas de la patria despedazada por vosotros, yace hoy olvidado y triste el pabellón entre cuyos pliegues se evuelven las sangrientas cabezas de Morazán y de Barrios; pero del círculo que vierte sobre esos escombros sus lágrimas desconsoladas, brotará talvéz la mano poderosa, que elevando ese estandarte á la altura en que le contenplaron nuestros padres, os confunda como al buho entre las sombras de la vergüenza y del olvido eternos!

FIN.

DOCUMENTO NÚMERO 1.

Carta del Jefe de Guatemala, don Mariano Aycinena á don Antonio del mismo apellido, publicada en 1828.

"Guatemala, Diciembre 9 de 1827.

Muy reservada.

Mi querido Antonio:

He recibido tu grata del 6 que equivocadamente me diriges con esta fecha. Por ella veo las ocurrencias acaecidas en el ejército. Veo también las observaciones que me haces con respecto á su Jefe, y te aseguro que me mortifica en extremo la sola consideración de no haber encontrado hasta aquí un extranjero que nos sirva con fidelidad. Tú sabes mejor que ninguno los buenos oficios que nos debe este hombre á quien nunca creí tan ingrato como me lo pintas y él es en efecto. Piensas muy bien sobre su ineptitud para mandar el ejército diciéndome que corre parejas con el imbécil é ignorante de Arce. Pero es conveniente el disimulo y prudencia mientras tengamos enemigos que combatir y dificultades que vencer. Hemos sacrificado los pueblos para librarnos de la férula de los guanacos y fiebres. Ellos están irritados contra nosotros, no sé si con justicia, y debemos prevenir su rencor á fuerza de firmeza y de una política desconocida aún de Maquiavelo. Las dificultades que hasta ahora se han cruzado no deben arredrarnos. El centralismo se establecerá, yo te lo aseguro, sobre bases muy sólidas; y deja que el fantasmón de Cáscara gaste su humor jesuítico y dominante á las veces contigo, que llegará tiempo de hacerle sentir, muy á pesar suyo, que él no es más que un italiano encerrado en su corbatín. Vamos á otra cosa.

No puedo ocultarte mi cuidado por la suerte que podrán correr Uds. y esa columna en el caso de que el botarate colombiano se atreva á atacarlos. Yo sé que él no es capaz de nada y lo convencen las noticias fidedignas que comuniqué á ese General en 13 del

pasado. Pero cuando se acercan los instantes en que uno espera ver el desenlace feliz de una ardua empresa, se agolpan mil ideas y mil presentimientos todos funestos. Yo confío, sin embargo, en la Providencia que tanto nos proteje, en la buena disciplina y entusiasmo del ejército, en tí y nuestro Montúfar que sabrá dirigir á ese autómata en jefe. Creo que no dejarán arrollarse en Santa Ana como en Milingo Arce, y en Honduras Milla. Es un dolor pensar sobre todo esto. Voy á comunicarte mis proyectos para el caso en que experimentemos un revez, lo que Dios no permita.

Tú sabes lo bien que nos salieron nuestras extratajemas y enredos en Marzo anterior. Los salvadoreños peleando tontamente, de buena fé, con un jefe militar en aquella época todo nuestro, reconocen las ventajas que les hacemos. Ellos son muy niños, se llevan de teorías, sueñan en abstracciones y se olvidan de la ignorancia de lus pueblos, de sus preocupaciones y creencia religiosa. Pues bien. Si perdemos con las armas, desplegaremos aquí las del fanatismo para exaltar este pueblo devoto y levantar de nuevo un famoso ejército. Dirésmosle en nuestras proclamas que los enemigos no respetan la honestidad de las doncellas; los lazos conyugales ni la inocente infancia; que todo lo asolan y destruyen, que todo lo violan y pisan, hasta los mas sagrado. Que su elemento es el robo, las depredaciones; sus deseos hartarse de sangre guatemalteca; que los religiosos van á perecer en sus manos, las monjas, los santos y los templos. Que todo será perdido si los pueblos no salen á la defensa de su religión y de su patria y otras mil cosas semejantes.

No dejo de temer que el entusiasmo de la multitud no sea como el que vimos con tanto placer nuestro, allá por el mes citado de Marzo, porque los malos han minado mucho y no cesan de minar; pero tampoco cesaré yo de perseguirlos y sobre todo que nuestros frailesitos con sus exhortaciones, nuestras monjitas con sus rogativas y nuestro ilustrísimo con su incomparable destreza en esta clase de negocios, serán los instrumentos que dirijan al pueblo en nuestra nueva campaña.

Ayer te ha escrito Juan José una muy larga carta. Tambien yo escribo ahora á Montúfar pero nada le digo sobre política. Tú puedes mostrarle esta y quemarla al momento.—A Dios pide te guarde de los fiebres tu Mariano Aycinena.

Adición.—Salúdame á ese General por pura política y dile que mis grandes atenciones no me permiten escribirle, que lo haré en la primera oportunidad.

Mariano de Aycinena."

DOCUMENTO NÚMERO 2.

Carta dirigida por el Ilustrísimo señor Arzobispo al Brigadier Rafael Carrera en contestación á la suya fecha 24 de Junio de 1839.

"Ciudadano General de Brigada Rafael Carrera.

HABANA, JULIO 31 DE 1839.

Con particular gusto he recibido y leído la carta oficio que Ud. se ha servido dirigirme en 24 del próximo pasado Junio, instándome para que regrese luego á reasumir mi silla metropolitana, y ofreciéndome custodiarme con la fuerza de su mando en todo el tránsito terrestre.

El Señor parece ha designado á Ud. para que redima de la opresión y de la impiedad á los pueblos de Guatemala, así como designó al Macabeo para que redimiera á Israel. Del cielo bajó la inspiración que movió á Ud. para hacer una resistencia al parecer desesperada, y del cielo bajaron también los socorros para adelantar su empresa hasta el estado presente. Dios ha premiado los sentimientos religiosos de su corazón, y perseverando Ud. firme en ellos, Dios también será fiel en sus designios y consumará su obra.

Nada deseo más que volver al seno de mi familia espiritual para bendecir á mis hijos en Jesu-Cristo antes de mi fallecimiento; pero todavía no he logrado descargarme de la administración Episcopal: luego que me descargue trataré oportunamente de disponer mi marcha.

Doy á Ud. expresivas gracias por su ofrecimiento de escoltar mi persona en el camino; pero Ud. no llevará á mal que no lo acepte y que le responda lo que respondió Santo Tomás de Cantorbery: "Los Obispos y la Iglesia no se han de defender con fuerzas y armas." Si muriera por cumplir mi ministerio, sería verdaderamente dichoso.

Suplico á Ud. encarecidamente que sus compañeros de armas, en su conducta y moderación, acrediten que sostienen la buena causa, la de Dios. No cese Ud. de predicarles con el Bautista: "Soldados, contentaos con vuestro estipendio."

Espero en Dios que me concederá el gusto de recibir entre mis brazos trémulos al Macabeo de mi rebaño, y que Su Majestad conservará á Ud. muchos años como se lo pide su A. S. y Capellán

Fray Ramón.
Arzobispo de Guatemala.

Imprenta del Gobierno, á cargo de A. España."

ERRATAS NOTABLES.

Página	línea	dice	léase
12	1	lgunas	algunas
„	3	presto	prestó
13	2	os	los
16	36	intusión	intuición
16	14	Mexicanos	Mejicanos
19	31	quién	quien
30	37	midiese	rindiese
30	40	munícación	comunicación
30	40	cocebida	concebida
45	8	transtornos	trastornos
45	43	rriunfos	triunfos
46	11	Entre sí	Estados entre sí
47	28	Juan	José María
54	15	Menédez	Menéndez.
63	29	procedentes	precedentes
63	20	México	Méjico.
78	11	una	unían.
85	15	entregen	entreguen.
89	31	unidad	unida.
90	12	nables	nobles.
99	16	de	da.
110	26	ofresiéndole	ofreciéndole.
110	28	Putarenas	Puntarenas.